

REVOLUCIÓN

¡PARA ABOLIR EL VIEJO MUNDO DEL TRABAJO Y LA MERCANCÍA!

Proletarios internacionalistas – Diciembre 2025

4

Catástrofe, guerra y negación

Ucrania. Resistencia desde las entrañas de la guerra

Antimilitarismo anarquista y mitos sobre la guerra en Ucrania

Insurrección proletaria en Ucrania (1918-1921)



SUMARIO

Catástrofe, guerra y negación	1
Algunas reflexiones sobre el papel de las revueltas de nuestro tiempo	8
Ucrania. Resistencia desde las entrañas de la guerra	11
Comunidad de lucha contra la guerra y sus defensores izquierdistas	15
• Antimilitarismo anarquista y mitos sobre la guerra en Ucrania	16
• ¡Proletarios en el “frente interno”! ¡Camaradas!	45
Insurrección proletaria en Ucrania (1918-1921)	47
• Guerra y revolución	53
• Guerra revolucionaria contra la paz de Brest-Litovsk	61
• Límites del movimiento insurreccional	80

Proletarios Internacionistas

Proletarios internacionistas es una pequeña expresión internacional que trata de centralizar la actividad de militantes y grupos de diversas partes del mundo. Si algo caracteriza y delimita a nuestro proceso organizativo es por un lado nuestra contraposición radical a la democracia, al parlamentarismo, al sindicalismo, al nacionalismo, al oportunismo y a todo tipo de fuerzas que neutralizan y liquidan la potencia subversiva del proletariado; por otro, intentar asumir la totalidad de tareas que consideramos imprescindibles en la lucha por la destrucción del capitalismo, las clases sociales y el Estado.

Esta revista es un producto de la lucha y para la lucha. Por lo tanto, alentamos la reproducción, difusión, impresión, copia, discusión, traducción, etc. de su contenido. Su fortificación como herramienta de la lucha proletaria va ligada a las contribuciones críticas, aportes, envío de materiales e informaciones que los diversos lectores y compañeros de lucha nos hagan llegar.

CATÁSTROFE, GUERRA Y NEGACIÓN

Como señalábamos en la presentación del número anterior de *Revolución*, la dinámica terrorista y catastrófica del capital continúa desplegando su progreso a lo largo y ancho del planeta. Cada día hay más territorios bombardeados, más seres humanos masacrados, más operaciones de gendarmería, más militares, más esfuerzos de guerra por todas partes, más carne humana convertida en munición por la clase dominante para sostener su competencia en el mercado mundial, más miseria, hambre y devastación.

El sacrificio permanente de la vida, cada vez más generalizado y destructivo, aparece como la única perspectiva que este sistema social ofrece a la especie humana. La dictadura de la tasa de ganancia es una picadora de carne y recursos naturales que ni siquiera los más fervientes apologetas de esta sociedad se atreven ya a negar, pues su evidencia se manifiesta de forma palpable en todos los ámbitos de la existencia planetaria.

Esta situación no tiene nada que ver, evidentemente, con la buena o mala voluntad de los distintos dirigentes políticos. Pero tampoco puede reducirse a una cuestión geopolítica, ni a la encarnizada competencia interburguesa que conforma el mercado mundial. Si, por el contrario, excavamos bajo la superficie, encontramos la raíz que explica las causas de esta coyuntura: el proceso de producción y reproducción capitalista, que revela con una brutalidad creciente su antagonismo con la producción y reproducción de la vida.

La esencia del capital en tanto que valor valorizándose está determinada por unas exigencias reproductivas que trazan una espiral en constante ampliación. Cada ciclo de acumulación intensifica ese antagonismo, planteando la catástrofe, el terrorismo de Estado y la guerra como el único programa político y económico a aplicar por todas partes.

Pero que no se nos entienda mal: no hay nada nuevo bajo el sol negro de la sociedad burguesa. El capitalismo nació de un proceso internacional de expropiación violenta de los medios de vida de los seres humanos. Progresó a través de su propia lógica de valorización, ejerciendo una guerra permanente para someter al naciente proletariado a la explotación e integrar cualquier recurso planetario útil para las arcas del beneficio. Ese desarrollo histórico, asentado en el mercado mundial, subsumió

los distintos modos de producción existentes en un proceso mundial de acumulación de capital.

La sed insaciable de ganancia que caracteriza el capital y su forma específica de producirla generó una tendencia histórica en la que los productores revientan trabajando más allá de todo límite, mientras que aquellos que no son necesarios son apartados de los medios de vida como población superflua.

La acumulación capitalista, en su proceso cíclico e histórico de reproducción hasta el presente, con sus fases expansivas, de estancamiento y crisis, no sólo no ha contenido esta naturaleza devastadora, sino que ha perpetrado saltos cualitativos cada vez mayores. La tendencia descendiente de la tasa de ganancia, inherente al desarrollo de las fuerzas productivas del capital, lleva la contraposición entre las necesidades de valorización y las necesidades de la vida sobre la tierra hacia niveles cada vez más extremos.

Esos es justamente lo que queremos apuntar en nuestros materiales cuando insistimos en el salto cualitativo que venimos sufriendo desde hace décadas, un salto que, lejos de haberse detenido, continúa escribiendo nuevas páginas en la historia negra de la humanidad.

La guerra desvela sin filtros la verdadera naturaleza del Estado capitalista y de su aparato armado, que asegura por todos los medios necesarios la reproducción del capital. Allí donde las dificultades crecientes de integrar al proletariado en un proceso estable de acumulación generan una amenaza infranqueable para la clase dominante; allí donde las fuerzas hegemónicas del capital les urge imponer una reconfiguración en las transferencias de ganancia entre capitales; o simplemente, allí donde resulta un imperativo aumentar los niveles de explotación y la expliación de los recursos naturales y se presentan resistencias, los cañones se alzan cada vez con más frecuencia como horizonte. Ya sea como operación de gendarmería, ejército de ocupación o encuadramiento en una guerra de frentes entre fuerzas burguesas, la imposición armada aparece como un pilar de la política económica capitalista.

Los motivos concretos que los voceros del orden social presentan como sustanciales en cada intervención o conflicto militar, reproducidos por doquier y tomados como base del razonamiento general, no

hacen sino explicar lo que sucede desde la conciencia de la clase dominante. Para nosotros, de lo que se trata es de conocer lo que realmente sucede desde una posición antagónica, la del proletariado. No bajo interpretaciones sino en base a nuestra propia existencia y su despliegue.

Más allá de las justificaciones que nos ofrecen los expertos económicos y geopolíticos —que pueden ajustarse más o menos a ciertos aspectos fenoménicos y a los intereses de tal o cual fracción de nuestro

enemigo—, lo que realmente es importante para nosotros es el contenido de la guerra. El capital convierte la existencia cotidiana en un campo de batalla: exterminio de vidas, enrolamiento masivo en carnicerías, desplazamientos forzados, estados de sitio, inflación desbocada, restricción brutal de las necesidades humanas más básicas, prolongación de la jornada laboral, servicios básicos destruidos, hospitales colapsados, viviendas demolidas. Cada apagón eléctrico, cada angustiosa fila para conseguir

EL CAPITALISMO MUNDIAL

Para comprender el proceso histórico de desarrollo del capitalismo —y, en consecuencia, nuestras posiciones— hay que romper con las diferentes visiones eurocéntricas dominantes del proletariado y el capitalismo, no sólo en el plano “conceptual”, sino también en el histórico. La reducción del capitalismo a la gran industria surgida durante la revolución industrial inglesa es una construcción típicamente eurocéntrica —no está de más recordar que formas de gran industria ya habían aparecido en focos de acumulación de capital en oriente mucho antes—, estrechamente vinculada a la asimilación reduccionista del proletariado con el obrero surgido en esa industria concreta y localizada.

Desde esa concepción se desconoce que el capitalismo nace del mercado mundial, de la colonización americana y la subsunción de los modos de producción inmediatos a la producción mundial de plusvalor que comenzaba a unificar el mundo. *“El botín conquistado fuera de Europa mediante el saqueo descarado, la esclavización y la matanza refluyan a la metrópoli para convertirse aquí en capital”* (Marx, *El capital*).

Sí, siempre hemos insistido a contracorriente que el capitalismo mundial ya existía en el siglo XVI, por mucho que sus polos de desarrollo se encontraran en fase incipiente dispersos por el planeta, tejiendo redes para su reproducción. Pero resulta fundamental comprender que el capitalismo no surgió de la nación, sino del mercado mundial, que antecede históricamente a las formas nacionales. El absurdo de las visiones dominantes es de tal calibre que hoy sigue siendo dominante la afirmación de que la conquista de América fue feudal, ocultando que el feudalismo se caracteriza por encorsetar al mercado a través de sus límites señoriales, sus feudos. No se entiende, por tanto, que la monarquía absoluta europea fue una *personificación antediluviana* del capital, expresión de la necesidad de unificar los feudos bajo un mismo señor permitiendo que el comercio rompiera los grilletes feudales y se constituyera un pilar de la acumulación originaria.

Desde el esquema eurocéntrico dominante se vuelve imposible captar las formas particulares que adopta esta sociedad como partes orgánicas de una totalidad, como momentos del mismo ser capitalista. Por eso no se puede reconocer cómo, en el pasado, el producto arrancado al indígena reventado a trabajar en América o al negro llevado a palos a ese continente como esclavo, formaban parte integral de la reproducción social del capital e iba determinando a esos productores —por el lugar que ocupan en las relaciones de producción— no como esclavos, campesinos o siervos (sujetos pertenecientes indiscutiblemente a sociedades precapitalistas donde domina el valor de uso y las relaciones de dependencia personal), sino como proletarios, es decir, creadores de valor en el proceso de valorización global.

La persistencia actual de la interpretación eurocéntrica no es una simple concepción teórica: es el reflejo en la conciencia de una fragmentación real. Al perder la comprensión de la totalidad que articula las partes, esta visión se convierte en una fortaleza del capital frente al proceso de constitución del proletariado como clase mundial. En ese sentido, la ideología marxista (que no Marx) ha demostrado ser especialmente coherente con este esquema ideológico del capitalismo, del proletariado y, en última instancia, de la historia humana en su conjunto.

pan, cada control militar, cada sonido cercano de la bota militar, cada “desaparecido”, cada noche sin calefacción en invierno, representan operaciones de guerra que no figuran en los partes militares. Carne de cañón en el frente, esfuerzo de guerra en la retaguardia: así se reproduce la vida de gran parte de la humanidad. La guerra imperialista atraviesa, organiza y devora de forma íntegra la vida social, llevando al paroxismo la dictadura democrática del valor y la explotación sobre el proletariado.

En Gaza, Yemen, Sudán, Kiev, el Sahel o cualquiera de las decenas de territorios asolados por las armas de destrucción masivas del capital, se manifiesta, con sus especificidades, la misma tendencia general: la gestión terrorista de un modo de producción que, en su dinámica de acumulación, genera contradicciones que erosionan las bases de su propia reproducción y descarga sus consecuencias sobre la espalda del proletariado. La burguesía es coherente en su práctica ejecutando, a través de sectores que expresan las necesidades globales de valorización —seleccionados por la competencia y por la fuerza de las armas—, la política a la que le determina inexorablemente el capital. No hemos de olvidar que la burguesía, los Estados y las diversas instancias centrales de esta sociedad sólo son momentos de existencia del sujeto capitalista, que somete la vida a la tasa de ganancia.

Claro que, la guerra —y la perspectiva de intensificación que anuncia la fase actual del capitalismo— no se limita a las balas, ni a los países donde el uniforme militar siembra el terror. La economía mundial se torna con decisión hacia una economía de guerra que exige sacrificios cada vez mayores a los proletarios. Los Estados reestructuran sus presupuestos para responder a las exigencias de la reproducción capitalista. Al cierre del año pasado, el gasto militar mundial alcanzó la cifra récord de 2,718 billones de dólares, un incremento cercano al 10% respecto al año anterior —la subida más drástica desde el final de la llamada Guerra Fría—, acercándose al 3% del PIB global¹. Algo que el gendarme mundial, en total coherencia con las necesidades actuales, ve como totalmente insuficiente exigiendo a cada uno de los Estados que agrupa en su constelación a que asuman sus responsabilidades, imponiendo un aumento general en todos los Estados.

Este proceso creciente de concentración de átomos de valor en torno al aparato militar revela con claridad los planes actuales y de futuro del capitalismo mundial, y pone de manifiesto el antagonismo entre las necesidades humanas y las del capital. Para la burguesía la producción de una bomba atómica puede presentarse como una necesidad humana, pues concibe la necesidad humana como un atributo de una exterioridad que determina lo que es o no necesario. Bajo esta forma enajenada, el empeoramiento global de las condiciones de vida de la mayoría de la humanidad también se le aparece como una necesidad humana que se acelera, imponiéndose la lógica de la guerra como prioridad absoluta.

La realidad de nuestra clase destruye las miradas fragmentadas. En Espinar (Perú), sectores de la población que la sociología denomina “campesinos” son expulsados violentamente de territorios para abrir minas de extracción de cobre destinadas a alimentar las fábricas de armas en Estados Unidos y Europa, las mismas que abastecen al ejército del Estado de Israel para sostener la masacre en Gaza. La contraposición de intereses en la cadena logística de la guerra se muestra con nitidez: los expulsados al basurero en Espinar, los que dejan su vida en las minas de cobre o en las fábricas de armamento, y, por supuesto, los que son aniquilados bajo esas mismas armas, comparten el sacrificio de sus vidas en nombre de las necesidades del capital.

Si el látigo que golpea a los explotados no se emplea con la misma fuerza ni adopta la misma forma en todas partes, ello obedece exclusivamente a la forma en que la acumulación capitalista articula los distintos momentos de la explotación en la división internacional del trabajo, una realidad que la burguesía aprovecha para descomponer la comunidad de intereses de nuestra clase y presentarnos como sujetos diferentes.

La fragmentación del proletariado mundial no es una construcción ideológica, constituye una realidad material sin la que sería imposible la explotación capitalista. Pero esa misma fragmentación es también el terreno sobre el cual germinan identidades particulares que convierten a cada fragmento en una instancia autónoma, escindida de la unidad de la que forma parte. Cuando el proletariado deja

1 Utilizamos estas cifras para ilustrar el aumento admitido desde el propio punto de vista de la contabilidad capitalista, pues es la única cuantificación existente del movimiento del capital, sabiendo sus enormes límites tanto por el concepto limitado que otorga a lo “militar” esa contabilidad, como porque no tiene en cuenta las partidas que bajo diversas rúbricas alejadas de ese concepto lo nutren indirectamente.

de reconocer su condición genérica a través de las distintas especificidades que lo conforman, esas especificidades se le presentan como el punto de partida de las identidades.

Un enjambre de ideologías y mediaciones reproduce esa lógica del capital haciendo de las naciones, los pueblos, el llamado sur global, la mujer, las razas, los campesinos o el obrero industrial, sujetos escindidos de la realidad unitaria que determinan esa forma particular. Así se desfigura el contenido mismo de la explotación y de la lucha contra ella. No se trata de partir de un universal abstracto para explicar lo particular, sino comprender que lo particular es un producto de la abstracción cuando no se reconoce como momento de una totalidad concreta. Por eso, la reivindicación de la identidad expresa y reproduce la debilidad del proletariado mundial.

Podríamos seguir dando ejemplos que nos remiten a esa totalidad. En Bangladesh, las jornadas laborales en las fábricas textiles se extienden hasta niveles infernales para asumir las demandas crecientes de vestimenta militar. En Naivasha (Kenia) la guerra en Ucrania ha quebrado la cadena logística de im-

portaciones de alimentos hambreando a amplios sectores de la población que no pueden pagar los precios inflaccionados que impone el mercado. Las fábricas de armas en Alemania —como la nueva planta de Rheinmetall—, los contratos de drones, las inversiones en munición... La red productiva del capitalismo está tejida con la sangre del proletariado que objetiviza su vida para alimentar la ganancia y la guerra imperialista.

En todas partes coge fuerza un mensaje implícito incuestionable: las vidas proletarias pasan a depender del esfuerzo de guerra. Cada misil que cae sobre Gaza o Bajmut, dejando cientos de cadáveres y reduciendo a escombros infraestructuras y recursos, no solo engorda las ganancias de la industria militar y de los carroñeros que actúan en la reconfiguración y reconstrucción del territorio devastado —generando a su vez nuevos flujos de energía, espacios comerciales y políticas monetarias—, no solo encarna una jugada en el gran casino de los amos del mundo, sino que ante todo mejora las condiciones de explotación en todas partes para jolgorio de la clase dominante. El frente ucraniano, la devastación

4

EL PLUSVALOR

La ganancia capitalista emana de la extracción de plusvalor del proletariado como resultado de prolongar la jornada de trabajo más allá del tiempo socialmente necesario para reproducir el valor de su fuerza de trabajo. El desarrollo del capitalismo se sintetiza en el desarrollo del movimiento del plusvalor, de la explotación de la fuerza de trabajo.

En *El Capital*, Marx hace una exposición analítica para explicar ese movimiento del plusvalor a través del plusvalor absoluto y el relativo. El primero expresaría la prolongación de la jornada de trabajo más allá de la necesaria. El segundo, el movimiento por el cual, a través de un aumento de la productividad, ese plusvalor aumenta al reducirse el tiempo de la jornada dedicado a reproducir el valor de la fuerza de trabajo.

Es importante retener que su materialización no es posible como dos movimientos diferentes, y menos aún como períodos históricos excluyentes que caracterizarían el modo de producción capitalista. En su exposición, Marx toma como punto de partida un cambio en la productividad derivado del aumento en la composición orgánica de un capital que obtiene así un plusvalor extraordinario —respecto a sus competidores—, y como punto de llegada la extensión de esta productividad a las ramas que producen las mercancías que componen el valor de la fuerza de trabajo. Describe un movimiento que hace que el valor de la fuerza de trabajo descienda, y ese movimiento es el plusvalor relativo. Una vez que ha descendido, el movimiento y su forma de manifestarse desaparecen en espera de reiniciar el movimiento. El plusvalor relativo se transforma entonces en plusvalor absoluto, independientemente de que ahora exista una composición orgánica distinta de la que se tenía al comienzo del movimiento.

Intentar periodizar o regionalizar el capitalismo en función de si predomina la producción de plusvalor absoluto o relativo —atribuyendo al proletariado tareas distintas según el caso— es el resultado de una construcción ideológica que hace un recorte en el movimiento del plusvalor, recreando sobre el mismo la realidad social.

de Gaza o Yemen —por citar algunos casos— están conectados directamente con las condiciones de reproducción del proletariado mundial.

Eso es lo sustancial del escenario mundial partiendo de nuestra prosaica realidad: el capital reorganiza la producción para alimentar la guerra rompiéndonos el espinazo. No existe una política de Estado como esfera escindida del capital que puede intervenir para decidir una política económica diferente a las exigencias de la tasa de ganancia. El Estado es la concentración en fuerza colectiva de concreciones particulares de la acumulación del capital. No hace más que reflejar e imponer las necesidades del capital. De ahí que veamos a los más fervientes liberalistas volverse en otros momentos los mayores apologetas del proteccionismo y viceversa. Lo mismo podríamos decir de las llamadas políticas “socialistas”.

Bajo el ruido interburgués y las diversas formas fenoménicas que asume la escalada bélica y catastrófica actual, se realiza la liquidación física del proletariado, el aumento de su explotación, la devastación de sus condiciones de existencia. La guerra es la expresión más acabada de la tendencia del capital a concentrarse y centralizarse, destruyendo el capital sobrante y exacerbando la explotación. Es la dictadura de la tasa ganancia la que provoca que de una punta a otra del planeta suframos esta ofensiva bélica en permanente ampliación. Es una guerra contra el proletariado mundial.

Negación de la catástrofe

La guerra contra el proletariado por sí sola, descriptiva, aislada del antagonismo que le acompaña, quedaría en un relato victimista, un lamento de los oprimidos, una mirada de la escuela filantrópica que —como advertía Marx— pretende conservar las categorías que expresan las relaciones burguesas, pero despojadas del antagonismo que constituye su esencia. *No ven en la miseria más que la miseria, sin advertir su aspecto revolucionario, destructor,*

que terminará por derrocar a la vieja sociedad. Ese humanismo que se desenvuelve entre las mediaciones burguesas, se manifiesta en aquellos que imploran a los Estados la paz y suplican a las instituciones terroristas del capital que “*cese la violencia frente a las víctimas inocentes*”.

Pero la ofensiva total que impone la guerra imperialista genera contradicciones explosivas. Para reproducirse, el capital necesita valorizarse, y en la fase actual esto supone un salto en la política de destruir, matar, mutilar y hambrear. La ley general de la acumulación capitalista es la acumulación de miseria en un polo en proporción a la acumulación de capital en otro. El sacrificio cae del lado del proletariado, llegando a niveles que le hacen reaccionar.

En los últimos años hemos visto reanudarse lentamente las luchas internacionales que habían irrumpido en 2019 y que la declaración pandémica logró paralizar². Y en los meses más recientes esta tendencia no ha hecho sino confirmarse. En el número anterior señalábamos precisamente cómo la operación terrorista del Estado de Israel constituía una guerra de gendarmería destinada a reorganizar la región³. Indicábamos también cómo desde las entrañas de las distintas guerras se desarrolla el rechazo a la carnicería y emplazábamos al lector a la presente revista para profundizar en su correlato en Ucrania. Desde entonces, nuevos focos de protesta han ido sumándose a la oleada de protestas contra la guerra y el agravamiento de las condiciones de vida.

En Indonesia, Nepal, Kenia, Sri Lanka, Timor Oriental, Estados Unidos, Marruecos, Manila, Ecuador, Francia, Italia o Paraguay han estallado protestas como respuesta a la lógica implacable del capital. El estómago vacío, la expulsión de migrantes, el rechazo al reclutamiento militar, la política tendiente a generalizar el desastre y la guerra, han sido detonantes en algunos casos. En otros, bastó una vueltita de tuerca más, una pequeña gota de sangre más para colmar el vaso: un aumento de tarifas, una subida de los precios de alimentos, una ley represiva, un nuevo impuesto, la extensión de la

2 Ver al respecto el texto que lanzamos en 2019, *Revuelta internacional contra el capitalismo mundial*.

3 A bombo y platillo, sobre un mar de cadáveres que puede satisfacer relativamente los objetivos del capital, la burguesía aplaude la paz firmada entre el Estado de Israel y Hamás con la mediación de Trump. Faltó la foto en el jardín de la casa blanca como sucedió con Rabin y Arafath tras la llamada primera intifada para clonar a sus antecesores. Hegel y Marx ya habían aclarado, cada uno a su manera, que la historia se repite. Más allá de eso, aunque no hay que menospreciar en el proceso actual la influencia que ha tenido en estas negociaciones el ascenso de protestas a nivel internacional contra la misma, como la fuertísima protesta en Italia bajo la consigna “¡Bloqueemos todo!”, no podemos perder de vista por un momento que los acuerdos de paz son siempre contra el proletariado y responden exclusivamente a las necesidades reproductivas del capital y su guerra permanente contra el proletariado.

jornada laboral, la supresión de un subsidio estatal, un alarde de lujo de los funcionarios del capital, una nueva operación policial. El capital confiesa abiertamente que no puede ofrecer otra cosa que su propia perpetuación como catástrofe organizada. Frente a ello estalla la protesta, no como episodio nacional aislado, sino como manifestación local de un mismo rechazo global, una misma negación en movimiento de la sociedad actual.

Esa negación no es ideológica, es vital. No nace de libros, sino de las condiciones materiales inmediatas. Por eso reaparecen como banderas internacionales símbolos ajenos a la tradición histórica del proletariado como la bandera de *One Peace*. No se trata de folklore: son signos de un rechazo que se expresa bajo el lenguaje que conoce —el de la clase dominante—, pero que actúa fuera del rol al que ese mismo lenguaje pertenece. Claro que no se trata de celebrar una espontaneidad vacía, ni de idealizar la revuelta por la revuelta, sino de comprender las diversas formas bajo las que reaparece nuestra comunidad de lucha contra el capital.

Por supuesto que nos gustaría que nuestra clase fuese mucho más clara al expresar su lucha, que fuera mucho más decidida a romper los cimientos de esta sociedad, que hiciera recular el despliegue militar que viene a reprimirla, que no cediera ante las pequeñas migajas que la burguesía se ve obligada a conceder para preservar su dominación. También nos gustaría que la lucha no se fragmentara bajo las fronteras que permiten una contrainsurgencia que nos liquida paquete por paquete, o que las numerosas ideologías que colaboran en la conservación de nuestras cadenas saltaran por los aires.

Los límites de la respuesta a la catástrofe capitalista son cuantiosos y evidentes. Pero los mismos no hacen sino poner de relieve algunas de las características de las luchas proletarias actuales, determinadas —como siempre— por la correlación de fuerzas vigente, determinada a su vez por un conjunto de factores decisivos de la evolución histórica de la lucha de clases. La superación de esos límites no es un deseo, sino una posibilidad real contenida en la existencia misma del proletariado, en sus determinaciones concretas. Por consiguiente, no proviene de una exterioridad, sino del desarrollo propio de la lucha existente, del despliegue de las potencialidades que contiene el movimiento.

La lucha del proletariado estalla como respuesta inevitable a los latigazos del capital. Esta reacción

no es imprevista, es una determinación incrustada en la naturaleza misma del proletariado que, por el lugar que ocupa en la reproducción del capital, está condenado a recibir los latigazos —cada vez más devastadores— y, al mismo tiempo, a responder a ellos. Por eso, el interés de todo proletario, y en particular de sus sectores más resueltos —los revolucionarios— es organizar, estructurar y dirigir esa respuesta hacia el lugar donde se forjan las cadenas que le aprisionan al “esclavista”, hacia el núcleo de su reproducción. La historia, sin embargo, demuestra la formidable capacidad del capital para absorber los golpes, adaptarse, fagocitar la protesta proletaria y seguir reproduciendo la explotación.

El conocimiento de los factores y condiciones que determinan el avance en el proceso de transformación social es una actividad a la que se ve empujado el sujeto de la revolución. Para el proletariado, el conocimiento de su propia acción no es una actividad exterior, pues el conocimiento no puede ser apropiado desde la exterioridad, generando una separación entre teoría y práctica, entre el conocimiento y la actividad. Lenin, discípulo de Kautsky, es un ejemplo luminoso de esa exterioridad: la teoría de que al proletariado debe “aportársele” la conciencia desde fuera para que actúe según ideas previamente elaboradas. Pero la capacidad de conocer proviene exclusivamente del hecho de que el conocimiento es un momento de la actividad. La transformación social implica el conocimiento de lo que hay que transformar, pero sólo como parte del acto mismo de transformación se puede generar y apropiar ese conocimiento. Desde la exterioridad sólo se puede interpretar, pero no conocer, no transformar. El proletariado no conoce primero y luego actúa, sino que actúa y conoce a través de sus actos.

En ese terreno práctico de confrontación —de actividad viva— se dan las condiciones para que la comunidad de lucha contra el capital profundice en su conocimiento, en la evaluación de sus fuerzas y debilidades, en la crítica a la sociedad actual. Este conocimiento parte de la experiencia inmediata, pero esa inmediatez está ligada a un proceso social de conocimiento, de actividad, de aprendizaje y reapropiación. Es un producto histórico. El proletariado no mira al pasado con nostalgia, sino para conocer lo ya conocido, para reconocerse a sí mismo, para reapropiarse del conocimiento transformador acumulado, para entender en profundidad su lucha actual y el proceso de transformación. Para no

tener que partir de la nada y repetir ciegamente los caminos ya recorridos, retoma los procesos de actividad y conocimiento ya adquiridos, se reapropia de su propia crítica teórico-práctica y se pregunta qué ocurrió, por qué su actividad de transformación reprodujo en el pasado las viejas formas que quería negar y superar con la transformación, cómo esas viejas formas erigieron sobre la derrota nuevas materializaciones de integración para la reproducción y el desarrollo del capital. El pasado nos interesa en cuanto a determinación del presente.

Hay que tener en cuenta que la respuesta del capital siempre es la misma: represión directa, muerte, censura, militarización, manipulación informativa, división, criminalización masiva. Pero también aplica al mismo tiempo una operación de fagocitación a través de “diálogo”, “vozceros”, “alternancia”. Para esto último necesita tener vínculos que le permitan regenerarse. La socialdemocracia es ese vínculo: el hilo que conecta el capital con el movimiento social de los explotados e impide la ruptura revolucionaria. Es un agente esencial sobre el que se regenera la paz social manifestándose de múltiples formas y cuya determinación esencial es actuar como un jugo gástrico que digiere el antagonismo para mantener la reproducción capitalista.

Parafraseando a Marx, a las reivindicaciones revolucionarias del proletariado se le lima la punta revolucionaria para permitir su transformación en demandas integrables en la lógica del capital, conciliando el antagonismo al extirparle su carácter revolucionario.

Denunciar y profundizar en el programa de la socialdemocracia —su modo de actuar, sus fundamentos y las razones de su presencia en el seno del proletariado— es esencial para destruir esos vínculos invisibles que atan a nuestra clase a su propia reproducción como objeto de explotación. La reapropiación de la historia de nuestra lucha, el

balance crítico de las luchas pasadas y presentes, encuentra en el estudio de la socialdemocracia un punto decisivo para comprender los mecanismos de neutralización nuestras fuerzas⁴. Aporta respuestas decisivas para destruir los vínculos que obstaculizan el proceso de afirmación en clase autónoma, en partido, en fuerza social fuera y contra de las mediaciones que reproduce el capital.

Las protestas que hoy recorren el mundo afrontan la necesidad ineludible de conocerse a sí mismas, reconocer lo que la lucha teórico-práctica del proletariado contra la explotación ha producido históricamente. En ese punto se sitúan las minorías que desde el fragor de la batalla defienden las necesidades e intereses materiales del proletariado, contraponiéndose a las ideologías y fuerzas que nuestro movimiento histórico va identificando como representantes del capital. No actúan desde una exterioridad, ni interpretan la realidad o formulan un *deber ser* al que debería ajustarse la misma: son, aunque minoritarias en el momento actual, la expresión de una clase que porta en su interior la negación de la sociedad actual.



⁴ Denunciar esta cuestión como un problema subjetivista y concebir que la revolución depende del desarrollo de la objetividad, pues ella determina unilateralmente la actividad humana, es propio del materialismo vulgar que no capta que la objetividad es al mismo tiempo el resultado de la actividad humana.

TEXTO DE LA COMUNIDAD DE LUCHA

Mientras cerrábamos el número actual de *Revolución* circulaban diversos materiales de nuestra comunidad de lucha sobre las revueltas actuales. Entre ellos decidimos difundir y traducir al español el texto compañero que reproducimos a continuación, tanto por la claridad con la que se defiende el carácter proletario, unitario y mundial de las revueltas en curso, como por la crítica que realiza a las fuerzas que tratan de neutralizarlas. Del texto sólo queremos distanciarnos de la concepción dualista que hacen los compañeros cuando diferencian a la *clase en sí* de la *clase para sí*, que implica una separación entre el ser y su conciencia (ver en nuestro texto anterior la exposición sobre el conocimiento).

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE EL PAPEL DE LAS REVUELTAS DE NUESTRO TIEMPO

Levantamientos que mantienen en vilo a la burguesía

Lo que podría haber sido el título de una película de Luis Buñuel es, en realidad, una imagen recurrente: una realidad que reaparece una y otra vez contra el mundo del dinero, del capitalismo, así como contra el orden y la paz social de la clase dominante escritos con sangre. Esta expresión es llevada a cabo por el proletariado, en su mayoría joven. Desde Filipinas hasta Ecuador, Marruecos, Madagascar, Nepal y Perú, se están produciendo enfrentamientos violentos entre los insurrectos y el monopolio de la violencia del Estado, último bastión de la clase dominante.

Sobre la revuelta en Marruecos, pero no solo eso, y por qué debemos seguir defendiendo las revueltas

Desde el 27 de septiembre, Marruecos se ve ha visto sacudido por una ola de manifestaciones y enfrentamientos en las calles que tienen un carácter y una dimensión insurreccional.

La gota que colmó el vaso fue el pauperismo generalizado (35% de desempleo entre los jóvenes), el estado catastrófico del sistema sanitario (según la Organización Mundial de la Salud, en Marruecos solo hay 7,7 médicos por cada 10 000 habitantes, mientras que, en comparación, la vecina Argelia tiene 16,6, España 46 y Alemania 45 —lo cual también está relacionado con la revuelta, ya que en agosto murieron ocho mujeres embarazadas en el hospital tras someterse a una cesárea— y además los enormes gastos que el Estado marroquí está destinando a la

Copa Mundial de Fútbol de 2030 (que también se celebrará en España, Portugal, Argentina, Uruguay y Paraguay, aunque estos tres últimos solo acogerán unos pocos partidos, como homenaje al primer campeonato mundial que tuvo lugar hace 100 años en Uruguay) y a la Copa Africana de Naciones que se celebra este año.

La pobreza, la desesperanza, el analfabetismo, la represión, la corrupción y el gobierno del país según la voluntad y los intereses de la clase dominante (como en otros lugares) han dado lugar a un movimiento en las calles todavía mayor que el que se produjo durante las protestas de 2011-2012. La vida de los jóvenes proletarios se hunde en la pobreza causada por el capitalismo, mientras se gastan al mismo tiempo miles de millones en estadios de fútbol y turismo. El estadio de fútbol más grande del mundo estará también pronto en Casablanca, un recinto espectacular con capacidad para 115 000 personas.

No sería la primera ni la última vez que se gastan enormes sumas de dinero en eventos deportivos, por las cuales un Estado capitalista acaba enormemente endeudado. Ya se sabe quién suele pagar esas deudas. También en Italia, Grecia o España se pretendía ganar mucho dinero con los Juegos Olímpicos, los Mundiales de fútbol... y modernizar el país, pero al final solo se trata de obtener grandes beneficios a costa del proletariado. Enormes estadios deportivos decoran las metrópolis, junto a barrios marginales, mientras que estos últimos son barridos por la policía y el ejército para que los turistas no se sientan inquietos por la pobreza generalizada.

Por eso, entre otras cosas, miles de proletarios llevan más de dos semanas saliendo a las calles en Marruecos. Ha habido enfrentamientos callejeros en casi todas las ciudades, se han saqueado tiendas, se han atacado y asaltado comisarías, se han quemado retratos del rey. Pero también se ha detenido y torturado a miles de proletarios rebeldes. La policía

dispara con munición real contra la multitud, hay noticias de varios muertos, como el joven atropellado por un coche patrulla de la policía...

Sin embargo, es importante destacar una vez más que esto está sucediendo simultáneamente en varios países de todo el mundo.

Sobre la llamada “generación Z” y las reivindicaciones reformistas

Al igual que en Indonesia o Nepal, se habla de que la llamada “generación Z” es la que se está rebelando. Nos importa un comino estas tipificaciones y categorizaciones de las personas, carentes absolutamente de contenido, o las llamadas características que se imponen a cada “generación”.

Aunque los proletarios rebeldes y revolucionarios se apropien precisamente de estos conceptos —lo que demuestra una vez más lo eficaz que es el adoc-trinamiento y las ideologías de la clase dominante—, la mayoría de los explotados prefieren reconocerse en términos de identidad nacional, subcultural, identitaria o de otro tipo, y por lo tanto piensan en términos de tales categorías/ideologías, pero rara vez como lo que siempre son: personas que, en el proceso de creación de plusvalor (es decir, ganancia/beneficio), son despojadas de su vida y de los productos que fabrican, para tener que realizar esta actividad (explotación) una y otra vez, porque de lo contrario morirían de hambre, ya que no poseen nada más que la fuerza de trabajo que vendemos, porque somos proletarios.

Rechazamos rotundamente este enfoque que solo pretende distraer la atención de las consecuencias y las causas del capitalismo (única razón de la pobreza, la guerra y la destrucción del mundo y de todas las especies que lo habitan). Las identidades, las categorías identitarias, etc., pretenden explicar de una forma completamente vacía y sin contenido una sociedad que en realidad está dividida en clases, desviando la atención del antagonismo irreconciliable entre las clases hacia otros focos. El conflicto se explica como un conflicto entre generaciones (que deben tener ciertas características) y no entre clases. Solo podemos entender la sociedad a través de las condiciones impuestas y forzadas por el capitalismo, y no si esta o aquella generación tiene o ha tenido más o menos acceso a las tecnologías, o cualquiera otra diferencia. Y estas condiciones no solo son mundiales, sino que conectan a todas las personas

del planeta y eliminan cualquier forma de identidad (por ejemplo, la nacional). La clase dominante (la burguesía) libra a diario una guerra de clases para proteger sus intereses, su posición de poder y sus propiedades (los medios de producción), ¿por qué no iban a librarse también una guerra de clases aquellos que la sufren bajo su yugo para poner fin de una vez por todas a esta situación?

Por lo tanto, guste o no, los rebeldes e insurrectos de Indonesia, Nepal, Marruecos —o cualquier otro lugar— no son miembros de esta o aquella generación. Esta categorización tiene como objetivo robarles su potencialidad debido a las condiciones capitalistas que se les imponen e impedir que puedan tomar conciencia de sí mismos y que, precisamente, sean conscientes de su condición impuesta como explotados, como proletarios, y que, precisamente POR ESO, luchen contra las condiciones dominantes. Porque ya no quieren ser proletarios. Porque el objetivo NO es convertirse en burgueses, sino abolir de una vez por todas la causa de la pobreza y la riqueza (que solo pueden entenderse como condiciones materiales del capitalismo, ya que ambas existen únicamente porque son condiciones de la otra). Lo que vemos una vez más es que todas estas revueltas son expresiones de la tendencia a la negación de uno mismo. No definir claramente a todas estas personas como proletarias conduce inevitablemente a su caricaturización y al vaciamiento de su praxis.

Como podemos deducir de los textos que hemos traducido, las reivindicaciones que se conocen, y que nunca pueden ni podrán hablar en nombre de un movimiento, son de naturaleza reformista. Aquí nos enfrentamos de nuevo a varios problemas y acontecimientos. Como anarquistas, no tenemos ninguna reivindicación que hacer al Estado-nación, al capitalismo y a todas sus instituciones, salvo su abolición inmediata, pero esto no es una reivindicación en el sentido de una reforma, ni tampoco una petición. El Estado-nación, el capitalismo, etc., no se abolirán por sí mismos.

Una revuelta no es solo una ruptura de la paz social, sino que puede ser el detonante que ponga patas arriba todas las relaciones capitalistas dominantes, es decir, la revolución social. Esto no tiene por qué suceder necesariamente, pero en ese momento se está produciendo un proceso de enorme importancia: el proletariado ya no es una clase en sí misma, sino una clase para sí misma, es decir, a través de la experiencia de su propia práctica puede

tomar conciencia de su capacidad para abolir —y solo él puede hacerlo— el capitalismo y todas las naciones-estado.

Sin embargo, las revueltas rara vez son erupciones monolíticas, siempre habrá fuerzas y elementos que quieran guiarlas, liderarlas y dirigirlas. Plantear demandas en nombre del levantamiento sería un ejemplo clásico, al igual que los sindicatos quieren situarse a la cabeza del proletariado mediante las mismas tácticas, porque su función es representarlo y negociar en su nombre. Por muy radicales o incluso revolucionarias que puedan parecer las demandas, al movimiento se le pone automáticamente una soga al cuello, ya que solo él, sin intermediarios ni mediaciones, puede articular sus propios intereses. Pero sigamos un poco más con los ejemplos de representación, ya sean sindicatos, vanguardias/partidos marxistas-leninistas, organizaciones anarquistas que se autoproclaman salvadoras del «pueblo», partidos de todo tipo. En realidad, da igual de qué tendencia/corriente dentro de la izquierda (radical) se trate, ya que todos cumplen la misma función: entienden la transformación social bajo la forma de representación del proletariado, que, en su opinión, DEBE ser dirigido, ya que no puede romper sus propias cadenas ni forjar su propia liberación. Lo mismo se aplica, por supuesto, a todos los grupos u organizaciones nacionalistas y fundamentalistas religiosos, aunque sus objetivos puedan ser diferentes, ya que solo pueden alcanzarlos a través de la representación. Plantear reivindicaciones en nombre del proletariado no solo significa que este no puede tener conciencia, que debe ser dirigido, sino también que, en última instancia, los intereses y reivindicaciones de todas las organizaciones son los mismos que los del proletariado. Por eso, todas ellas compiten entre sí unas contra otras. Esto ocurre a diario, pero se agudiza en las revueltas. La izquierda (radical) del capital forma parte de los partidos del orden, no aspira a la destrucción del capital, sino a su gestión. Lo que en última instancia siempre significa domesticación, integración, psicologización, patologización, infantilización, sociologización y adormecimiento de todos los proletarios.

La tarea de todos los anarquistas que se toman en serio el objetivo de una sociedad sin clases, y la abolición del Estado en sí misma, es denunciar a estos partidos del orden como lo que son: profetas del orden y fuerzas de la contrarrevolución. Cual-

quier intento de representación política (que es la tarea de todos los partidos, sindicatos, etc.) debe ser atacado directamente.

En situaciones de revuelta, hemos visto a menudo cómo, ante esta situación incontrolable, los partidos y las fuerzas del orden intentan una y otra vez, como bomberos, apagar el fuego de la revuelta. Porque esto deja claro sobre todo una cosa: ellos controlan el levantamiento, por lo que la clase dominante los considera automáticamente como interlocutores y pueden tener lugar las negociaciones (por ejemplo, para reformas). Lo mismo vemos en las huelgas.

Un muy buen ejemplo fue la revuelta en Chile en 2019. Cuando una revuelta alcanza cierto límite, por ejemplo, tener que extenderse internacionalmente, esta contradicción se resuelve o el movimiento se ahoga en ella y las fuerzas reformistas y contrarrevolucionarias sacan provecho de esta situación desesperada. Abogarán por la democracia (el gobierno debe ser democrático, sea lo que sea lo que eso signifique) y abogarán por la democracia (todas las injusticias de este mundo se resolverán con más democracia). En el caso de Chile, la revuelta se sofocó porque el movimiento ya no podía resolver ciertas contradicciones: la expansión de la revuelta, la toma de los medios de producción, la destrucción de la sociedad de consumo, es decir, iniciar una revolución social. Las fuerzas reformistas y contrarrevolucionarias —es decir, la izquierda (radical) del capital— desplazaron el foco de los contenidos de la revuelta al ámbito parlamentario, al peligro de un auge de la derecha (una vez más se invoca el fantasma del fascismo) y entonces no solo se trataba de acabar con la revuelta, sino de trasladarla obedientemente de las calles a las urnas para las próximas elecciones. Esto significó el fin definitivo de la revuelta.

Todas estas son cuestiones que debemos abordar con mucha seriedad, ya que defender la autonomía del proletariado (la liberación del proletariado solo puede ser obra del proletariado, ergo no de tal o cual partido de vanguardia o sindicato) significa apoyar las propias herramientas de liberación —núcleos de base, nuclei di base (Bonanno)—, así como recrear constantemente la autoorganización según las propias necesidades y no abandonar nunca la crítica a la falsa oposición del capital.

*Comité para la Defensa de la Práctica
Insurreccional del Proletariado
(a veces conocido como Grupo
de Solidaridad con los Presos)*

UCRANIA. RESISTENCIA DESDE LAS ENTRAÑAS DE LA GUERRA

La entrada de los tanques rusos en Ucrania en 2022 marcó el momento en que Rusia asumió abiertamente su papel en la confrontación con la OTAN, una pugna que se había intensificado desde el llamado Euromaidán, con la amenaza por parte de funcionarios del capital y sus voceros de la generalización internacional del conflicto.

Desde ese mismo día, existieron sectores del proletariado en Ucrania que comprendieron que no les unía ningún interés a “su propia” burguesía, a “su propio” Estado, a “su propio” ejército. Mientras los lacayos del capital nos mostraban escenas de voluntarios civiles fabricando cócteles molotov o cavando trincheras, alimentando así la narrativa heroica del “pueblo en armas” ente el “agresor ruso”, silenciaban una realidad menos romántica: denuncias de reclutamientos forzados en plena calle y castigos a quienes intentaban evitar un sistema de alistamiento que enviaba directamente a los soldados recién reclutados a operaciones suicidas.

En Rusia, la historia no fue muy distinta. Las protestas contra la guerra, que estallaron tempranamente, fueron sofocadas mediante detenciones masivas —más de 15.000 arrestos en los dos primeros meses— y con nuevas sanciones legales que criminalizaban incluso el uso del término *guerra* para describir la situación.

Pese a ello, es innegable que durante los primeros meses del conflicto ambos bandos lograron mantener un consenso social considerable, suficiente para sellar la unidad nacional y acometer la carnicería. En ese marco, la movilización civil en ambos bandos funcionó como un complemento esencial para el esfuerzo militar: redes de voluntariado se encargaron de suplir los huecos logísticos en el suministro de ropa, alimentos, medicinas y transporte.

Pero a medida que la catástrofe de la guerra avanzaba, las grietas en la unidad nacional se hacían visibles y aumentaban. La evasión y la resistencia cotidiana al engranaje de la movilización se generalizaron. En numerosas ciudades se reprodujeron protestas contra el enrolamiento, encabezadas en la mayoría de las ocasiones por madres de jóvenes reclutas. En Ucrania, la creación de tipos penales específicos contra las “obstrucciones y evasiones al ejército” fijaron un cerco legal: en agosto de 2022 la

objeción de conciencia quedó *de facto* suspendida, y la simple difusión de mensajes en chats advirtiendo sobre redadas de reclutamiento, empezó a ser procesada como “obstrucción de la actividad militar”. Paralelamente, se abrieron miles de causas judiciales por rechazo al llamamiento.

El Kremlin, por su parte, liquidaba la apariencia de la guerra como “política exterior” con la movilización parcial en septiembre de 2022, desencadenando redadas militares de enrolamiento para alimentar el frente. En las regiones rurales de Daguestán, Chechenia o Briansk, las oficinas de reclutamiento se convirtieron en auténticos ejércitos de ocupación que arrancaban por la fuerza a jóvenes proletarios de sus hogares y los envían al combate. Como reacción se produjo una ola de éxodos hacia países limítrofes estimándose que, en solo nueve días, 117.000 automóviles cruzaron puntos fronterizos, particularmente hacia Georgia, Kazajistán y Finlandia. En ciertos pasos fronterizos como Verkhny Lars se formaron atascos de hasta 15 km, y algunos cruzaron a pie tras abandonar sus vehículos. En esa primera ola, cerca de 300.000 personas huyeron del país, con estimaciones que alcanzan los 700.000 en pocas semanas, consolidando un rechazo masivo al reclutamiento.

Moscú aplicó el martillo: la deserción en combate pasó a penalizarse con hasta quince años de prisión, la represión de las protestas se intensificó y los arrestos masivos se convirtieron en una cotidianidad.

El año 2022 dejó así establecidos algunos lineamientos prácticos sobre los que se agudizará la contraposición de intereses entre clases. De un lado, control estatal férreo, militarización de la vida cotidiana, economía subordinada a las necesidades bélicas y unidad nacional sostenida por el miedo y la represión. Del otro, protestas, resistencias, evasión y sabotaje.

Aunque las expresiones de rechazo aun eran incipientes en esos meses, su mera existencia demuestra que, incluso cuando la *unidad sagrada* es ampliamente dominante, la guerra no puede eliminar por completo el rechazo que genera en el proletariado, lo que augura un destino incierto para la burguesía en el desarrollo catastrófico que nos depara el capital.

Guerra prolongada

La promesa inicial de una guerra rápida y decisiva, sostenida tanto en Moscú como en Kiev, se desvaneció con rapidez. Los bombardeos, el constante fuego de artillería y los ataques de drones se volvieron rutinarios. Cada mes traía consigo más muertos, más mutilados, más ciudades reducidas a escombros. En Bajmut, Avdiivka y Mariínka, la devastación fue total. Familias enteras se hacinaban en gimnasios escolares, estaciones de tren o sótanos inundados reconvertidos en refugios, muchos de ellos carentes de luz y calefacción.

En Járkov, las sirenas se convirtieron en el sonido habitual del día y la noche, interrumpiendo cualquier atisbo de normalidad. En Zaporiyia, las explosiones dañaron redes eléctricas y dejaron sin suministro de agua a más de un millón y medio de personas. Frente a este colapso, la solidaridad proletaria defendía la vida: se conseguían generadores, se recogía leña en los bosques, se compartía la comida y el techo. No eran actos para defender a la economía nacional, sino de la comunidad de vida que se defendía del sacrificio impuesto por el capital.

12 Mientras el frente agilizaba la maquinaria de picar carne y la retaguardia asfixiaba al proletariado, el gobierno ucraniano fortalecía su aparato legal y militar: ampliación del reclutamiento, restricciones al movimiento y expansión de las sanciones por ausencias. Entre 2023 y 2024, las citaciones en los domicilios y las batidas de reclutamiento se multiplicaron, documentándose casos de hombres interceptados en mercados, tiendas o transportes públicos, sometidos a interrogatorios y enviados directamente a centros de instrucción.

El esfuerzo bélico fue absorbiendo todos los recursos. Los salarios en Ucrania quedaban congelados —incluso se eliminaron pensiones como la de los veteranos de la segunda guerra mundial que seguían vivos—, mientras los precios de los alimentos básicos se disparaban un 30 %. El gas y la electricidad se encarecieron más de un 70 %, y los hogares que disponían de ciertos recursos debían elegir entre comer o calentar sus casas. El gobierno exigía sacrificios, pero la realidad era elocuente: mientras los explotados veían negadas sus necesidades más elementales en nombre de la defensa de la nación, las empresas energéticas, las constructoras y las instituciones bancarias acumulaban beneficios

históricos gracias a contratos de reconstrucción y especulación inmobiliaria. En Kiev, el contraste entre los cafés de lujo abarrotados de ejecutivos y la miseria creciente de los explotados hacía imposible ocultar la contradicción de clases.

En Rusia, el proletariado pagaba un precio similar. La inflación alcanzó el 14 %, los productos básicos escaseaban en muchas regiones y los presupuestos sociales se desviaban hacia el gasto militar. La represión se intensificaba: nuevas leyes imponían hasta quince años de prisión por “desacreditar al ejército”, mientras se implementaban controles más férreos en las universidades, los centros de trabajo y las redes sociales.

Sin embargo, la resistencia crecía en paralelo. Entre 2023 y 2024, los sabotajes contra infraestructuras militares rusas se multiplicaron: explosiones en depósitos de combustible, incendios en oficinas de reclutamiento, cortes en líneas ferroviarias estratégicas. En Moscú, grupos anónimos pintaban consignas antimilitaristas en pasos subterráneos y difundían manuales cifrados de sabotaje. En Daguestán y Yakutia, las protestas contra el reclutamiento se repetían, desafiando abiertamente la leva impuesta a esas regiones.

El exilio masivo se convirtió en fenómeno social. En Ucrania, se forjaron redes clandestinas que facilitaban la huida: casas seguras en Leópolis, guías que atravesaban los Cárpatos de noche, camionetas improvisadas cruzando la frontera húngara con proletarios escondidos bajo lonas de madera. Los corredores clandestinos hacia Polonia, Rumanía y Eslovaquia lograron trasladar a decenas de miles de jóvenes en 2023, pese al endurecimiento de los controles fronterizos. Georgia y Armenia, por su parte, se convirtieron en epicentros de recepción para quien huía de Rusia: Tiflis pasó de 30.000 refugiados en 2022 a más de 120.000 en 2024.

Los efectos de este rechazo a ser carne de cañón eran notorios. En 2024, varios informes internos filtrados desde Kiev reconocían que más del 15% de las órdenes de movilización quedaban sin cumplir. En Rusia, las deserciones alcanzaron cifras alarmantes para el Estado Mayor: unidades enteras —especialmente las reclutadas en Siberia y Daguestán— desertaban o se rendían sin combatir. Los servicios de inteligencia hablaban de “falta de cohesión y moral” en los frentes de Bajmut y Avdiivka.

El rechazo a la guerra también comenzó a expresarse mediante la extensión de sabotajes directos.

Los incendios en depósitos de combustible provocaron sucesivos retrasos críticos en el suministro de artillería. Entre octubre de 2022 y junio de 2025, más de 80 oficinas de reclutamiento en Rusia fueron incendiadas; decenas de catenarias en vías ferroviarias que transportaban material militar fueron cortadas; decenas de torres de comunicaciones y estaciones fueron atacadas. A través de canales cifrados se difundían instrucciones sobre cómo inutilizar maquinaria bélica o cortar suministros eléctricos.

Por supuesto, esta lucha del proletariado contra la guerra se asimiló por la propaganda de cada bloque como actos organizados por el bando rival, como mercenarios pagados. Por ejemplo, lo que se conoce de las oleadas de los vehículos quemados de reclutadores, o de incendios de oficinas de reclutamiento en Ucrania, está mediatisado por la propaganda de guerra, hasta niveles delirantes.

Complementariamente, el martillo y la propaganda se abatió con fuerza contra los “traidores que abandonan a sus hermanos en el frente” —en palabras de Zelenski— y “contra las ratas y cobardes que huyen del deber patriótico” como proclamó Putin. En Ucrania, desertar o no presentarse al reclutamiento sin causa justificada comenzó a castigarse con hasta 12 años de prisión. En Rusia, además de largas penas de prisión, se impusieron trabajos forzados y se recibieron denuncias de ejecuciones sumarias perpetradas en zonas de combate.

Aun así, la magnitud de las deserciones ha seguido en aumento hasta el presente. A fecha de julio de 2025, la Oficina del Fiscal General de Ucrania había abierto más de doscientas mil causas por *abandono no autorizado*, aunque sobre el terreno se estima que las cifras reales con considerablemente más altas. En cuanto a Rusia, es muy difícil aproximar cifras, pero se manejan que superan a los 60.000, produciéndose deserciones cada vez más en la primera línea del frente o en los centros de atención médica. Pero no sólo hay deserción en las primeras filas del combate, sino que un número creciente de soldados y reclutas camino al frente inutilizan armas, sabotean

vehículos y retrasa deliberadamente la ejecución de las órdenes de los oficiales.

El fantasma del derrotismo revolucionario

La concatenación de estas fracturas comenzó a inquietar a los Estados. El aumento de la contratación de empresas militares privadas no ha logrado compensar la necesidad de reclutamiento que exige una guerra de tales dimensiones, ni tampoco impedir que las contradicciones alcance a la carne de cañón que nutre esas empresas, sometida a condiciones cada vez más brutales.

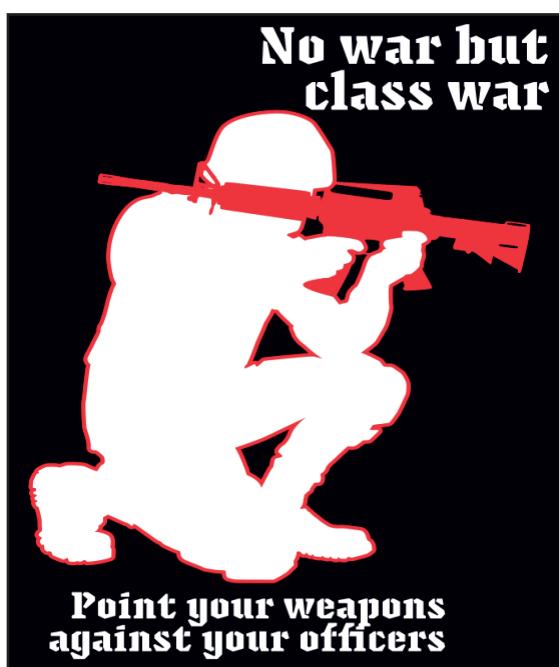
Las conversaciones exploratorias mediadas por Turquía, China, EE.UU., o la ONU no responden a un repentino deseo de paz, sino al reconocimiento, por parte de la burguesía, del resquebrajamiento de la unidad nacional y sus crecientes dificultades

para mantener la cohesión de los ejércitos. La economía de guerra asfixia al proletariado, y los altos mandos del ejército comprenden lo que implica que ese proletariado comience a rebelarse.

El fantasma del derrotismo revolucionario emerge contra la carnicería imperialista cuando los proletarios, en lugar de alistarse en defensa de la nación —de un bando imperialista contra otro—, comienzan a cuestionar el sacrificio nacional y a organizarse para defender sus necesidades materiales. No hablamos de un ideal, de un

deber moral que todo proletario en guerra tendría que asumir, hablamos de una praxis real de contraposición a la guerra derivada de la experiencia diaria de quien, privado de necesidades elementales como alimentos, agua, electricidad, salud, etc., reconoce que sólo es carne de cañón de intereses ajenos a los suyos.

Lo que emerge desde Ucrania y Rusia son manifestaciones incipientes del proceso derrotista en la práctica concreta: la negativa a seguir alimentando la máquina del capital, favoreciendo así la descomposición y derrota de “su propio” ejército, de “su



propio” Estado, de “su propia” burguesía. Más allá de lo que piensen o reivindiquen los protagonistas de esta práctica social, no estamos ante un mero rechazo a la guerra: su contenido social es mucho más profundo, pues se opone directamente a la lógica del capital que engendra la carnicería y al sacrificio que exige la reproducción del valor valorizándose.

El proletariado descubre, en esos momentos, que no puede defender su vida y sus necesidades sin enfrentarse a su propia condición como explotado, a su reproducción como fuerza productiva del capital que le reclama inmolarse. Cada gesto de resistencia a la movilización, cada sabotaje contra la logística militar, cada huelga que desafía la reconversión bélica, representa un cuestionamiento del orden social dominante que se inscribe en una perspectiva histórica.

No puede pasarse por alto cómo la práctica del proletariado ha comenzado a tejer pequeños hilos internacionalistas, aunque de forma muy fragmentaria y puntual. En distintas ciudades europeas, estructuras autónomas acogen desertores; se organizan cajas de resistencia para sostener económicamente las necesidades de la práctica de deserción; en Alemania, los estibadores de Hamburgo y Bremen bloquearon trenes cargados de armamento, exigiendo que los puertos no sean “engranajes de la máquina de guerra”; en Marsella, los trabajadores portuarios se negaron a cargar barcos militares estadounidenses; en Italia, en Puglia y Tarento, sabotajes coordinados interrumpieron convoyes logísticos de la OTAN. Incluso en Estados Unidos, huelgas en las fábricas de armamento de Texas y Virginia retrasaron entregas críticas de misiles destinados a Ucrania.

Aunque la mayoría de estas acciones no responde a una coordinación explícita, expresan la tendencia material del proletariado a su centralización orgánica. Pese a su heterogeneidad y a los múltiples límites que las atraviesan, representan un momento del reconocimiento del proletariado como clase fuera y contra fronteras y banderas.

Es importante aclarar que los esfuerzos internacionalistas que hoy organizan redes materiales de asistencia, refugio y propaganda no son una cuestión humanitaria; son una tarea prioritaria en nuestra comunidad de lucha. Como lo son la articulación de prácticas de sabotaje y bloqueo al entramado militar

—como han hecho los trabajadores portuarios—; las diversas críticas difundidas contra las distintas fuerzas y grupos que promueven el alineamiento imperialista; la profundización de aspectos esenciales del derrotismo revolucionario; o la discusión de nuestro propio pasado de lucha.

La historia ilumina estas experiencias. Durante la llamada primera guerra mundial, redes clandestinas de evasión conectaron proletarios en Francia y Alemania, facilitando pasos fronterizos y ocultando desertores en granjas y talleres. En 1917, marineros del Báltico se negaron a zarpar para nuevas ofensivas y sabotearon buques de guerra. En la guerra Irán-Irak, durante la década de 1980, la región sureña de los pantanos se convirtió en refugio de miles de desertores. Cada una de estas prácticas cimentó las bases del derrotismo que erosionó la capacidad de los Estados para sostener el conflicto e inició procesos insurreccionales que hicieron temblar el orden burgués.

Lo que hoy emerge de forma dispersa y aún incipiente desde Ucrania, Rusia y otros escenarios, es una negativa práctica al alineamiento imperialista y a la catástrofe de esta sociedad¹. No se trata de ser optimista o pesimista sobre el desarrollo de nuestro movimiento, sino de asumir las necesidades organizativas que exige, comprendiendo su integración con la praxis que el proletariado está obligado a asumir en todas partes para enfrentarse al capitalismo.

Es evidente que necesitamos ir más allá, dar un salto en la articulación de la práctica derrotista y asumir acciones más decididas contra el ejército y los centros de represión. El desarrollo de los antagonismos potenciará esas necesidades y hará ineludible afrontarlas. A día de hoy, sectores nada despreciables del proletariado en Ucrania y Rusia caminan en esa dirección y en su corazón late la misma consigna formulada hace más de un siglo:

**¡EL ENEMIGO ESTÁ EN TU PROPIO PAÍS;
ES TU PROPIA BURGUESÍA!**

**¡TRANSFORMEMOS LA GUERRA
IMPERIALISTA EN GUERRA DE CLASES!**

¹ Queremos subrayar el caso de Yemen y la brutal masacre desatada desde hace más de una década donde la resistencia proletaria al alineamiento imperialista —totalmente silenciada— es aniquilada y torturada en prisiones clandestinas de las milicias islámicas financiadas por Occidente.

COMUNIDAD DE LUCHA CONTRA LA GUERRA Y SUS DEFENSORES IZQUIERDISTAS

El texto que publicamos a continuación fue escrito a finales del año 2022 por *Algunos anarquistas de la región de Europa central*. Consideramos que constituye una excelente crítica a los mitos generales que sostienen el enrolamiento en la guerra imperialista bajo la bandera “revolucionaria”, formulada en el contexto de la guerra en Ucrania. No solo tiene la virtud de sintetizar las necesidades materiales del proletariado de oponerse a esos mitos que encubren el contenido real de la guerra, sino que, al desarrollar esta crítica teniendo en cuenta los esfuerzos y reflexiones teóricas de grupos militantes de diversas regiones del mundo, expresa la riqueza de la fuerza orgánica de nuestra comunidad de lucha.

Efectivamente, como puede comprobarse en su lectura, el mismo texto muestra cómo, a pesar de la existencia de heterogeneidades y de familias ideológicas que operan en la división de nuestro movimiento unitario, la práctica social tiende a disolver esas fronteras. Bajo diferentes etiquetas —que a menudo parecen definir posiciones contrapuestas— se revelan los contornos de un mismo movimiento que se contrapone a las necesidades capitalistas de reclutamiento en la carnicería imperialista, situándose en los hechos en la transformación de la guerra imperialista en guerra de clases.

En ese sentido, el texto de los compañeros hace de la crítica a los “anarquistas militaristas” una cuestión material, práctica, y no un debate ideológico. Su eje no es doctrinario: es la contraposición de intereses materiales entre el proletariado y la guerra.

Si bien este contenido se percibe claramente en el desarrollo del texto, en la forma de presentarlo no es tan claro. Ya en la introducción, nos encontramos con este problema cuando los compañeros definen su texto como “*un intento de reflexión crítica sobre las tendencias militaristas contemporáneas en el movimiento anarquista*”. Puede parecer un detalle menor, pero constituye una concesión a la ideología. Como si el movimiento de sabotear la guerra pudiera ser el mismo que el movimiento que llama a participar en ella. No puede ser el mismo, aunque ambos se presenten con el mismo nombre, usen la misma estética, coincidan en la divulgación y reivindicación de ciertos materiales, o se compartan espacios en nombre de la anarquía o la revolución.

El encuentro realizado en Suiza para conmemorar los 150 años de la llamada “Internacional Antiautoritaria”, donde se produjeron enfrentamientos, desmontando el tenderete de unos y otros, ilustra perfectamente esta realidad. Aquí se plantea una pregunta esencial: ¿hasta qué punto pueden compartirse espacios con quienes representan, en los hechos, posiciones de la contrarrevolución?

En este marco queremos destacar —independientemente de nuestros desacuerdos y de los problemas organizativos que presentó— el “*Encuentro internacional contra la guerra*” celebrado en Praga en 2024. Este encuentro trató de dar respuesta a la necesidad de dar un espacio público a la comunidad de lucha contra la guerra y dotarnos de herramientas para combatir el aislamiento y el cerco que nos lanza el capital. Sin embargo, a nuestro criterio, el marco planteado conducía el encuentro hacia un terreno ajeno al que le correspondía.

Volviendo al texto, su eje contiene una reflexión mucho más profunda y afilada que la que los propios compañeros declaran en la introducción. Su verdadero punto de partida es la contraposición a la guerra como delimitación de clase entre quienes se niegan a ser carne de cañón y quienes se prestan a servir a la carnicería bajo los más diversos pretextos. Una cuestión que no tiene nada que ver con las etiquetas e ideologías que cuelgan sobre los distintos protagonistas. No se trata de lo que se dice que se hace, sino de lo que realmente se hace.

No es una novedad ver cómo bajo la bandera de la anarquía, del comunismo o el socialismo se baten los tambores que nos conducen, no hacia la guerra de clases, sino hacia la matanza imperialista. La contrarrevolución actúa en numerosas ocasiones escondida bajo los pliegues de la bandera de la revolución. Tras la etiqueta “anarquista” o “comunista” pueden ocultarse algunos de los peores enemigos

del anarquismo y el comunismo. Y, del mismo modo, el capital demuestra una enorme capacidad de absorber para sus intereses a sectores que antes se colocaban en los hechos en el campo de la revolución. Destacados militantes históricos han acabado siendo fervientes defensores del orden capitalista.

Por lo tanto, no se trata de un debate entre tendencias en el movimiento anarquista, ni de una defensa de los “principios anarquistas” frente al “oportunismo anarquista”, sino de una delimitación frente a agentes específicos de la contrarrevolución, cuyo objetivo es encuadrar en la carnicería a los sectores más refractarios del proletariado.

Por otro lado, aclaremos que el término antimilitarismo, utilizado por los compañeros para afirmar su contraposición al aparato bélico del capital, no tiene nada que ver con el pacifismo —tal como ellos mismos subrayan—. Citando a Bonano señalan que: *“Los anarquistas no están en contra del militarismo porque sean pacifistas. No aborrecen el símbolo del arma ni tampoco pueden aceptar una condena general de la lucha armada, por usar ese término estrictamente técnico que merecería una consideración más extensa. Por el contrario, están totalmente de acuerdo con un determinado uso de las armas.”*

Queremos, además, resaltar un aspecto que en el texto no se desarrolla plenamente, aunque constituye una cuestión central: el imperialismo. El imperialismo no es un concepto teórico, no es una fase particular del capitalismo, ni siquiera una característica exclusiva de ciertos Estados; es un atributo esencial del capital. No puede reducirse a las diferentes interpretaciones de Kautsky, Hobson, Hilferding, o Lenin.

El imperialismo es la denominación de una determinación del capital, propia de cada átomo de valor valorizándose. La necesidad inmanente del capital de reproducirse de forma ampliada, de expandirse para mantener su existencia, es una condición que atraviesa tanto al capital individual más pequeño como a la constelación mundial de Estados más grande. Ningún imperio precapitalista tuvo esa necesidad de vida o muerte de ampliar incesantemente su propio ser para seguir existiendo. Por lo tanto, es tan absurdo creer que pueda haber un Estado que no sea imperialista —o peor aún, uno antiimperialista—, como creer que pueda existir un capital que no se base en la explotación. De la misma forma que el interés del proletariado no es defender a un burgués frente a otro, aunque uno concentre más capital que el otro, tampoco tiene ningún interés en elegir entre Estados. Su interés es destruir la explotación y, con ellos, a la burguesía y sus Estados.

En cuanto a las diferencias menores que podamos tener con los compañeros en algunos pasajes, y aunque en algún caso consideramos como ajenas a nuestra comunidad de lucha alguna de las agrupaciones referenciadas, esto queda en un segundo plano ante la comunidad de intereses y necesidades que expresa el texto y nos coloca en la lucha contra la guerra y sus defensores de izquierda.

16

ANTIMILITARISMO ANARQUISTA Y MITOS SOBRE LA GUERRA EN UCRANIA

«Los anarquistas, dondequiera que vivamos y cualquiera que sea nuestro idioma, nos solidarizamos con los explotados dondequiera que estén y con aquellos que viven las terribles condiciones de la guerra. Sentimos que es nuestro deber apoyar y solidarizarnos con las voces civiles y libertarias, pero no con los partidos políticos, los gobiernos y los Estados»¹.

Este texto es un intento de reflexión crítica sobre las tendencias militaristas contemporáneas en el movimiento anarquista. Al mismo tiempo, presenta

perspectivas antimilitaristas como una forma de enfrentar la guerra no solo teóricamente, sino también para sabotearla en la práctica. Llama la atención cuántas personas que reivindican el anarquismo han abrazado la propaganda democrático-burguesa con el estallido de la guerra en Ucrania y apoyan la movilización bélica coordinada por el Estado ucraniano. Compartimos plenamente la preocupación de los anarquistas en Oakland, San Francisco, Nueva York y Pittsburgh, quienes dijeron en su declaración que no deseaban “escuchar más llamados militaristas a la escalada de guerras interimperialistas entre los anarquistas”. Nos complace que esta voz indignada también se escuche desde otras partes del mundo,

1 Kurdish-speaking Anarchist Forum (KAF), <https://www.anarchistcommunism.org/2019/10/20/kurdish-speaking-anarchist-forum-kaf-statement/>

incluidas regiones de Europa central y oriental. Los propagandistas de la guerra tratan de invisibilizar esta voz, de ahogarla, de marginarla, pero siempre resurge, como muestra nuestro aporte.

“Una guerra convencional de frentes entre ejércitos opuestos [...] es el tipo de combate que los Estados emprenden y, al requerir la réplica de formas organizativas estatistas, no convive bien con la lucha revolucionaria”, como afirma el grupo Antagonismo en uno de sus análisis². Estamos de acuerdo y en ese sentido queremos desarrollar nuestra crítica hacia quienes apoyan a una de las partes beligerantes, sin por ello perder de vista a las personas afectadas por la guerra.

Nuestra reuencia a apoyar cualquier tipo de ejército y guerra no es una postura moralista pasiva. El rechazo es también una participación activa en formas de lucha distintas a la militar, que ve los problemas desde una perspectiva de clase y no patriótica, nacionalista o liberal democrática. No renunciamos a apoyar a las personas masacradas, traumatizadas y privadas de sus hogares por la guerra. Simplemente no compartimos la propaganda militarista que hace pasar la guerra como una forma constructiva de apoyar a estas personas. No tratamos de alentar a la gente a no resistir la agresión imperialista, pero les advertimos de que en la guerra siempre se trata de luchar contra algunos agresores mientras se toma partido por otros y se proveen los medios para futuras agresiones.

En este texto tratamos de aclarar nuestros argumentos refutando polémicamente los mitos que leemos y escuchamos cuando se habla sobre la guerra en Ucrania. Lamentablemente, estos mitos son alimentados por algunos de los que dicen ser anarquistas. Por otro lado, es gratificante ver que también hay quienes comparten nuestras posiciones antimilitaristas, internacionalistas y derrotistas revolucionarias. Citamos algunos de ellos en nuestro artículo para subrayar el hecho de que el antimilitarismo sigue siendo relevante hoy y no es sólo la visión obsoleta de los teóricos anarquistas muertos hace mucho tiempo.

**Algunos anarquistas de la
región de Europa Central.**

Septiembre de 2022.

*«La teoría sin la práctica está muerta
y la práctica sin teoría es ciega».*

Mito 1: No luchamos por el Estado, sino en defensa del pueblo bajo el fuego del ejército imperial.

Es interesante cómo la argumentación que apoya la movilización militar está cambiando gradualmente, aunque el contenido sigue siendo el mismo. Primero escuchamos que los anarquistas en el ejército ucraniano solo protegen la vida de los civiles, pero no defienden a ningún Estado. Al cabo de unas semanas ya se hablaba de una alianza táctica temporal con las fuerzas del Estado, sin la cual se decía que sería imposible proteger a la población civil. Ahora vuelven a hablar abiertamente de luchar por la democracia liberal, es decir, por una determinada forma de Estado.



Todas estas formulaciones pretenden convencernos de que es posible hacer una guerra burguesa coordinada por las estructuras del Estado, pero evitando fortalecer estas estructuras y con ello no luchar por los intereses de la burguesía. Siempre es necesario ver lo que realmente está pasando, que en algunos casos no es lo mismo que lo que los participantes directos u observadores afirman sobre lo que está pasando. Los anarquistas en las unidades del ejército ucraniano están luchando efectivamente por el Estado y su afirmación de que esto no está sucediendo no se corresponde con la realidad. Se presenta más como un intento desesperado de hacer frente a las contradicciones o, peor aún, de dar la impresión de que, de hecho, no hay contradicciones.

² Ver la introducción al panfleto *Olive-Drab Rebels – Subversion of the US Armed Forces in the Vietnam War*: <https://www.geocities.ws/antagonism1/olivedrab/intro2.html>

18

«Consideramos la participación de los anarquistas en esta guerra como parte de las formaciones armadas que operan en Ucrania una ruptura con la idea y la causa del anarquismo. Estas formaciones no son independientes, están subordinadas al ejército ucraniano y llevan a cabo las tareas establecidas por las autoridades. En ellos no se plantean programas ni demandas sociales. Las esperanzas de realizar agitación anarquista entre ellos son dudosas. No se defiende ninguna revolución social en Ucrania. En otras palabras, esas personas que se autodenominan anarquistas son simplemente enviadas a “defender la patria” y el Estado, haciendo el papel de carne de cañón del Capital y fortaleciendo los sentimientos nacionalistas y militaristas entre las masas»³. «Cabe señalar que diferentes anarquistas ucranianos se unieron al ejército por diferentes motivos. Black Flag más bien trató de promover la agenda anarquista en las filas del movimiento de defensa militar y más allá. Consideramos valiosa su experiencia, aunque infructuosa, y nosotros expresamos dudas al respecto en una entrevista⁴ desde los primeros días de la guerra. Otros, por el contrario, prefieren proteger al Estado ucraniano de los ataques de los anarquistas; por lo tanto, los tratamos tan negativamente como tratamos al Estado como tal.

De palabra no son pro-Estado sino solo pro pueblo ucraniano. Sin embargo, incluso ni esa retórica jesuita puede usarse de manera revolucionaria. Si quieras, ayuda a las Fuerzas Armadas, muchos de cuyos soldados ni siquiera tienen chalecos antibalas, por no hablar de otras municiones —ok, ayúdalos, haz contactos útiles para la posguerra, como Malatesta apoyó a los rebeldes cubanos contra España y los libios contra Italia...— Pero, ¿por qué si incluso la derecha contraria a Zelensky no se corta a la hora de usar cada caso de tal injusticia para socavar la confianza en las autoridades ucranianas es en los círculos libertarios donde se defienden los intereses del Estado ucraniano? Aquellos

que no quieren obedecer a ningún gobierno no tienen razones para ver a estos grupos como una alternativa real a él, y aquellos que aman al Estado no necesitan este discurso exótico y esquizofrénico. Ya tienen a su disposición partidos y movimientos nacionalistas»⁵.

Mito 2: Sin operaciones militares, sería imposible proteger la vida de la población ucraniana y resistir al imperio ruso.

Es perfectamente legítimo proteger la vida de los habitantes de las ciudades bombardeadas. Pero hacerlo en forma de guerra convencional es proteger efectivamente la integridad de un Estado u otro. Además, es cuestionable afirmar que es así como se puede salvar el máximo número de vidas.

La continua movilización bélica conduce a la brutalización progresiva de la guerra y aumenta el número de muertos. Al mismo tiempo, permanecer en los sitios de bombardeo aumenta el riesgo de muerte. Además, es posible detener el bombardeo de otra manera que enviando las propias tropas al frente.

El ejército ucraniano ha optado por una confrontación militar frontal que, por su propia naturaleza, no puede llevarse a cabo sin que muera un gran número de personas. No emprender una forma de combate bélica, sin embargo, no significa sacrificar a la población expuesta a las bombas, porque no se trata simplemente de negarse a combatir, sino también de organizar formas no bélicas de protección de las vidas amenazadas. Algunos organizan el traslado de las personas más amenazadas a lugares seguros. Otros están atacando el poder económico, político y militar del imperio ruso, a menudo haciéndolo desde varios lugares del mundo.

Los efectos de la propaganda militarista son devastadores. Hay quien ha llegado a creer realmente que la guerra dirigida por el Estado es la forma más adecuada de salvar vidas y, de hecho, la única forma.

«Nos negamos a entrar en esta lógica mortal y apoyamos a todos los valientes opositores que en Rusia y Bielorrusia, a pesar de la brutal represión policial, se oponen a esta locura bélica. Nos solidarizamos con todas las deserciones y llamamos a Europa a

3 War in Ukraine: An Internationalist Voice from Russia, en inglés:

<https://afreretriever.wordpress.com/2022/03/24/war-in-ukraine-aninternationalist-voice-from-russia/>

4 <https://libcom.org/article/invasion-ukraine-anarchist-media-call-kharkov/>

5 Guerra in Ucraina e diserzione: intervista con il gruppo anarchico “Assembly” di Kharkiv [en italiano e inglés]: <https://umanitanova.org/guerra-in-ucraina-ediserzione-intervista-con-il-gruppo-anarchico-assembly-di-kharkiv-iten/>

abrir sus fronteras a todos aquellos que huyen o se niegan a participar en la guerra»⁶.

«¡Oh, la cobertura integral del boicot contra la guerra, el sabotaje y otras acciones directas es el tema principal de nuestra rúbrica internacional en inglés⁷ desde los primeros días de la invasión a gran escala! Junto con esto, debemos entender que la unidad nacional de los ucranianos en torno al poder de Zelensky se basa únicamente en el miedo a una amenaza externa. Por lo tanto, los actos subversivos contra la guerra en Rusia también son indirectamente una amenaza para la clase dominante ucraniana, y es por eso que consideramos que su apoyo informativo es un acto internacionalista»⁸.

Mito 3: El Imperio Ruso solo puede ser derrotado por la fuerza militar.

La estabilidad de un imperio no sólo está garantizada por la superioridad militar, sino sobre todo por la base económica de la que depende su maquinaria militar. Los otros pilares son las estructuras políticas y la ideología predominante de la clase dominante.

El imperio ruso busca las condiciones más favorables en comercio internacional e influencia geopolítica. En este sentido, su poder crece en todo el mundo, no solo en las regiones de la Federación Rusa. La gente no necesita estar en el frente de guerra para socavar la base del imperio. Por ejemplo, los bombarderos del ejército ruso pueden detenerse cortando los recursos que necesitan para operar. Los recursos pueden ser expropiados, destruidos, desactivados o bloqueados para que no se muevan. Hay muchas posibilidades.

«El nacionalismo y los armamentos nunca son respuestas sociales emancipatorias, especialmente en estas circunstancias. No brindan una perspectiva más allá de la miseria; por el contrario, la perpetúan y profundizan. Rechazamos la militarización del discurso público y el rearme. No esperamos más armamentos, que

sólo promueven la competencia capitalista, las carreras armamentistas mundiales y los conflictos regionales. Nuestra perspectiva es la deserción y el desmantelamiento de todo el equipo de guerra»⁹.

«No se trata de cómo una población civil caótica y rebelde puede superar en armas a los ejércitos bien organizados y disciplinados del estado capitalista en una batalla campal, sino de cómo un movimiento de masas puede paralizar la capacidad de lucha efectiva de las fuerzas armadas desde dentro y provocar el colapso y la dispersión de las fuerzas armadas del Estado»¹⁰.

«[...] después de que las tropas rusas perdieran en su mayoría su potencial ofensivo una ola de descontento social también comenzó a aparecer en Ucrania [...]»¹¹.

«La pregunta más importante para nosotros como revolucionarios e internacionalistas es cómo nosotros, como trabajadores, difundimos la oposición a esta guerra y mostramos solidaridad con aquellos de nuestra clase que mueren bajo el fuego por los intereses creados del capital. El derrotismo no es pacifismo, no puede permitirse serlo – es una defensa activa de la comunidad y resistencia a la idea de una victoria capitalista o una paz capitalista. La paz que prevén, siempre y cuando la industria armamentista y el capital lo permitan, ya está predefinida como un conflicto de desgaste congelado o en curso. Un molino implacablemente rentable, triturando los cuerpos de los trabajadores para alimentar el poder del millonario Zelensky, respaldado por Occidente, y el dictador kleptocrático Putin»¹².

6 *Paix aux chaumières, Guerre aux Palais!*: http://cnt-ait.info/2022/03/08/paix_huttes_fr/

7 <https://libcom.org/tags/assemblyorgua/>

8 Ver nota 5.

9 *Solidarita sdezertérmi a emancipačnými protestnými hnutiami!* [Solidaridad con los desertores y movimientos emancipatorios de protesta!] [en eslovaco]: <https://zdola.org/solidarita-s-dezertermi-a-emancipacnymprotestnymi-hnutiemi/>

10 Harass the Brass; Some notes toward the subversion of the US armed forces, text published in the pamphlet Olive-Drab Rebels– Subversion of the US Armed Forces in the Vietnam War, by Antagonism: <https://www.geocities.ws/antagonism1/olive-drab/harass2.html>

11 Ver nota 5.

12 Anarchist Communist Group (ACG), *No War! No Peace!*: <https://www.anarchistcommunism.org/2022/06/08/no-war-no-peace/>

Mito 4: La población de Ucrania está bajo el fuego de un ejército ruso bien armado, por lo que la defensa no será posible sin el apoyo armamentístico de los gobiernos de la OTAN y la Unión Europea.

La invasión militar del imperialismo de Putin puede y debe combatirse por medios distintos a la guerra. El problema del argumento belicista es que reduce la defensa contra la agresión imperial a una sola opción, y ésa es la más arriesgada: una confrontación militar frontal. No tiene en cuenta en absoluto la posibilidad de desintegrar las fuerzas militares desde dentro directamente por aquellos que son reclutados con fines de guerra. En todas las guerras, tarde o temprano no sólo hay tendencias a la deserción, sino también varios tipos de sabotaje por parte de soldados ordinarios que simplemente han dejado de creer que existe una razón legítima para su despliegue. El sabotaje que se produce no requiere recursos costosos ni armas pesadas. Sin embargo, sus efectos destructivos pueden inhabilitar maquinarias militares monstruosas o retrasar significativamente el avance de las unidades del ejército. Estos sabotajes son tan fáciles de llevar a cabo precisamente porque los realizan directamente miembros de las unidades militares, que suelen tener un acceso relativamente fácil a los puntos vulnerables de la infraestructura y el equipamiento bélico. A veces, una sola tuerca lanzada al tren de transmisión es suficiente.

El problema sigue siendo que se dedica demasiado esfuerzo a la propaganda de guerra que retrata a todos los soldados rusos como partidarios fanáticos del régimen de Putin. Aunque se está filtrando información sobre soldados rusos que ya no quieren ir a la guerra, se dedican muy pocos recursos a la agitación y la creación de redes para alentarlos a desertar y sabotear el esfuerzo bélico. Si hay innumerables iniciativas para apoyar a los refugiados civiles, debería haber suficientes para brindar seguridad a los desertores y saboteadores. Mientras la propaganda de guerra vea a todos los soldados como soldados leales al Estado, habrá pocos incentivos para que los soldados rasos saboteen.

Podemos ver el ejemplo de los majnovistas, que agitaron las filas de los ejércitos opuestos (tanto

13 Ver nota 10.

14 *Against war and military mobilization: preliminary notes on the invasion of Ukraine*, publicado en el sitio web de War Against War – Anarchist and internationalist perspectives: https://actforfree.noblogs.org/files/2022/04/war-againstwar_a4.cleaned.pdf

blancos como rojos), aumentando así la frecuencia de deserciones, defeciones, fraternizaciones, sabotajes, o volviendo los cañones de la base contra los oficiales. La facilidad y eficacia de las tácticas de sabotaje interno quedan perfectamente ilustradas con el ejemplo del sabotaje en el ejército estadounidense durante la Guerra de Vietnam.

Citemos de nuevo el texto *Harass the Brass*:

«*El sabotaje era una táctica extremadamente útil. El 26 de mayo de 1970, el USS Anderson se preparaba para navegar desde San Diego a Vietnam. Pero alguien había dejado caer tuercas, pernos y cadenas por el eje del engranaje principal. Se produjo una avería importante que provocó daños por valor de miles de dólares y un retraso de varias semanas. Varios marineros fueron acusados, pero por falta de pruebas el caso fue desestimado. Los casos de sabotaje crecieron con la escalada de la participación naval en la guerra. En julio de 1972, en el espacio de tres semanas, dos de los portaaviones de la Armada quedaron fuera de servicio por sabotaje. El 10 de julio, un incendio masivo arrasó los alojamientos del almirante y el centro de radar del USS Forrestall, causando daños por más de 7 millones de dólares. Esto retrasó el despliegue del barco durante más de dos meses. A finales de julio, el USS Ranger atracó en Alameda, California. Apenas unos días antes de la salida programada del barco hacia Vietnam, se insertaron un raspador de pintura y dos pernos de 12 pulgadas en los engranajes de reducción del motor número cuatro, lo que provocó daños por casi un millón de dólares y obligó a un retraso de tres meses y medio por reparaciones. El marinero acusado en el caso fue absuelto. En otros casos, los marineros arrojaron equipos por los costados de los barcos mientras estaban en el mar*¹³.

«*[...] pero a la OTAN no le preocupa asegurar más o menos libertades para la población ucraniana, sino líneas geopolíticas de defensa, mercados y esferas de influencia, y para ello estará dispuesta a invertir miles de millones de euros y municiones*¹⁴.

Mito 5: Los anarquistas en Ucrania no pueden luchar si no es uniéndose al ejército, porque no existe un movimiento obrero de masas con los medios y la capacidad para organizarse de manera anarquista.

De acuerdo con esta lógica, podríamos argumentar que los trabajadores de todas partes deberían acudir a las urnas, unirse a los partidos parlamentarios y pedir a la policía y a los tribunales que resuelvan las disputas con los patrones hasta que tengan la capacidad de oponerse a todo el sistema democrático burgués con sus propias formas de organización de masas. Esto no tiene sentido. Es similar a que nos digan que debemos aliarnos con el Estado en Ucrania hoy para poder combatirlo más tarde.

De hecho, el desequilibrio de poder entre el Estado y los trabajadores existe incluso en países donde hay un movimiento obrero de masas. Los anarquistas no pueden esperar a que la balanza del poder se incline a su favor. Es precisamente luchando cada día fuera de las estructuras del Estado, y a pesar de ellas, que puede cambiar la correlación de fuerzas. Por el contrario, apoyarse en alianzas con el Estado ayuda a consolidar la posición de este último. Además, esto se hace con la ayuda de aquellos que se oponen solo retóricamente, no en la práctica.

Los anarquistas siempre han argumentado que los medios deben corresponder a los fines. Los objetivos no estatales no pueden lograrse a través de estructuras estatales. No se puede construir un movimiento de masas exhortando a los trabajadores a aliarse con los órganos del Estado, porque así aprenderán a aceptar y apoyar a estos órganos en lugar de definirse contra ellos y subvertirlos. Con cada alianza con el Estado, los trabajadores mutilan gradualmente la tendencia a depender de sus propias fuerzas y recursos. Pierden la creencia de que pueden lograr cualquier cosa mediante la autoorganización y alimentan así la creencia de que son impotentes sin la ayuda del Estado.

El próximo capítulo podría ser entonces una lista de todas las concesiones que tendríamos que hacer para que tal alianza se lleve a cabo, mientras que el Estado hace sólo una concesión menor en el sentido de “te toleraré temporalmente”. Pero no garantiza que cuando, con la ayuda de los anarquistas, logre sus objetivos, esta concesión no se convertirá en una

tendencia de “Ya no te necesito. Entonces, como oponentes potenciales, puedo y quiero eliminarlos ahora”.

«Putin está tratando de extender su gobierno autocrático, aplastando cualquier movimiento de resistencia o rebelión tanto dentro como fuera de sus fronteras. Pero, que todos los demócratas occidentales canten a coro la defensa de la libertad y la paz es una hipocresía orquestada: estos son los mismos demócratas cuyas “operaciones de paz”, es decir. guerras de agresión, drones, bombas y ocupaciones, refuerzan las relaciones coloniales de poder y explotación, suministran armas a los dictadores y torturadores y son directa o indirectamente responsables de las masacres de refugiados e insurgentes»¹⁵.

«Ejemplos de actividades prácticas que los anarquistas pueden emprender contra la guerra consisten en combatir la propaganda a favor de la guerra, la acción industrial, el sabotaje, el apoyo a los refugiados, la ayuda mutua y la lucha contra el sistema de controles de inmigración que impide que las personas abandonen las zonas de guerra para establecerse donde sea, obligándolos a depender de los traficantes de personas»¹⁶.

21

Mito 6: Al no participar en la guerra, la clase obrera abandona las armas que puede usar para defenderse.

Negarse a apoyar la guerra burguesa no significa rendirse. Pero es importante responder a la pregunta estratégica de ¿contra quién y cómo usar las armas? En esta guerra están siendo utilizadas contra un bloque imperial actualmente más agresivo en defensa de otro bloque imperial. La clase obrera está siendo arrastrada a la guerra mientras sufre las mayores pérdidas. Ese uso de las armas es contraproducente.

Pero no tenemos ningún problema con que las armas se vuelvan contra la burguesía, los oficiales militares o las estructuras de poder del Estado (tanto rusas como ucranianas). Afortunadamente, también podemos ver este tipo de casos en ambos lados de la línea de guerra. Si la clase obrera ha de derramar su sangre, que sea sólo por sus propios intereses, que no es lo mismo que sangrar por la patria, la nación, la democracia o la riqueza burguesa.

15 Ver nota 14.

16 Craftwork, *Anarchism, nationalism, war, and peace*: <https://libcom.org/article/anarchism-nationalism-war-and-peace/>

El Estado ucraniano se asegura de que las fuerzas armadas estén bajo el mando central de sus autoridades y ejército, al que están sometidos incluso aquellos “anarquistas” que han caído precipitadamente en tendencias militaristas. Se puede suponer que incluso si el ejército ruso es derrotado militarmente, el Estado ucraniano buscará desarmar a la población que ahora está armando bajo la atenta mirada de las autoridades estatales. En el pasado, cada vez que un Estado permitía que los anarquistas se armaran en mayor medida, luego hacía todo lo posible por desarmarlos. Los anarquistas han jugado más de una vez el papel de idiotas útiles que primero lucharon por los intereses del Estado y la burguesía, que erróneamente definieron como los intereses de la clase obrera, para terminar, después de librarse sus batallas, en prisiones y salas de tortura, ante jueces o pelotones de ejecución al servicio de las mismas instituciones que les dieron las armas.

«Frente a los horrores de la guerra, es muy fácil equivocarse y pedir impotentemente la paz. Sin embargo, la paz capitalista no es paz. Tal “paz” es, de hecho, una guerra con un nombre diferente contra la clase obrera. En esta situación, una posición antimilitarista consecuente implica hacer esfuerzos directos para detener la guerra capitalista. [...] Como la tarea de todos los revolucionarios en los tiempos de las guerras capitalistas es luchar contra su clase dominante y sus crímenes militaristas, la Iniciativa Anarcosindicalista continuará enfocándose en este contexto en resistir todas las fuerzas imperiales y capitalistas en Serbia, de las cuales la OTAN actualmente tiene la influencia más fuerte. También lucharemos contra todos los intentos de abandonar el estatus neutral y tomar partido en las guerras que se libran contra los pueblos en todas partes. Al mismo tiempo, hacemos un llamado a los soldados de todas las partes en conflicto para que rechacen las órdenes de sus oficiales y deshabiliten la administración de todos los ejércitos capitalistas. Hacemos un llamado a los habitantes de los Estados en guerra para que se opongan a la guerra y sa-

boteen los esfuerzos bélicos de “sus” estados tanto como sea posible¹⁷.

Si los anarquistas ucranianos eligen ahora defenderse con las armas en la mano, ellos mismos y sus allegados, no el Estado ucraniano, entonces nos solidarizamos con ellos. Pero una posición anarquista contra la guerra, incluso contra una guerra de agresión imperialista, no debe degenerar en la defensa de un Estado y su democracia o convertirse en un peón de ella. No elegimos el lado del mal menor o el de los gobernantes más democráticos, porque estas mismas democracias sólo están interesadas en la expansión de su propio poder y también están construidas sobre la represión y el imperialismo»¹⁸.

«Los anarquistas no están en contra del militarismo porque sean pacifistas. No aborrecen el símbolo del arma ni tampoco pueden aceptar una condena general de la lucha armada, por usar ese término estrictamente técnico que merecería una consideración más extensa. Por el contrario, están totalmente de acuerdo con un determinado uso de las armas»¹⁹.

«Analizar hasta las últimas consecuencias nuestra posibilidad efectiva de lucha no significa en modo alguno tomar distancia del problema de la guerra. Podremos dar una respuesta mucho más precisa y significativa, una indicación y un proyecto de lucha mucho más detallado que lo que se está dando en la actualidad como imagen de proveedores de refritos de teorías de la burguesía y vulgares distribuidores de un maximalismo humanitario que puede ser compartido por todos»²⁰.

Mito 7: La participación de la población ucraniana en la guerra fue forzada por la invasión de las tropas rusas.

La población ucraniana podía elegir, pero algunos eligieron la opción de unirse a la guerra atrincherándose y defendiendo el territorio. Nadie tomó la decisión por estas personas. La elección está relacionada con la fuerte tendencia patriótica y nacionalista de la población ucraniana, en lugar de ser forzada por las circunstancias o en ausencia de

17 Anarcho-syndicalist Initiative (ASI-IWA) [Serbia], *Let's turn capitalist wars into a workers' revolution!*: <https://iwa-ait.org/content/lets-turn-capitalistwars-workers-revolution/>

18 Ver nota 14.

19 Alfredo M. Bonanno, *Like a thief in the night*.

20 Alfredo M. Bonanno, *Towards Anarchist Antimilitarism*, <https://theanarchistlibrary.org/library/alfredo-m-bonannotowards-anarchist-antimilitarism/>

cualquier otra opción. En resumen, los nacionalistas ucranianos prefieren elegir morir patrióticamente en el frente de guerra en lugar de librar una lucha menos arriesgada pero efectiva desde posiciones fuera de la “patria” o dentro del país, pero de otra manera que no sea mediante una confrontación militar frontal.

En lugar de una derrota militar que requiera demasiadas bajas, se puede organizar una resistencia diferente contra el imperio con menos bajas. Podemos resistir sin morir innecesariamente en el frente de guerra.

Leemos informes sobre cuánto dinero han recaudado los anarquistas para comprar equipo militar para los soldados ucranianos. Nos preguntamos: ¿cuántas acciones directas exitosas contra la guerra se podrían haber llevado a cabo si estos fondos no hubieran sido tragados por la maquinaria de guerra? Incluso desde lugares tan alejados del frente como Dresde, por ejemplo, es posible asentar golpes al ejército, la economía y la burocracia rusos. Es frustrante ver a los anarquistas invirtiendo recursos en el ejército en lugar de en actividades que sabotean, bloquean y socavan la guerra.

«(...) el número del ejército ucraniano se acerca al millón de personas, y unas pocas docenas de combatientes bajo banderas negras son una gota en el océano, incapaces de demostrar nada más que su propia futilidad e impotencia»²¹.

«La invasión rusa de Ucrania es una guerra de agresión, continuación de las políticas internas autoritarias de Rusia, que busca tomar el poder que está ideológicamente vinculado a tiempos pre-soviéticos, zaristas. La guerra también es parte de la competencia capitalista por la hegemonía, las cuotas de mercado y las esferas de influencia entre los bloques de poder mundial de Rusia, China, EE. UU. y la UE. Los objetivos geoestratégicos de la OTAN también se guían por esta lógica competitiva. Es una alianza militar internacional que promueve sus propios intereses. En última instancia, es una alianza militar de Estados, no una institución democrática de “libertad” como se declara actualmente. No hubo ni hay guerras “humanitarias”. Solo hay guerras. Y a este nivel de conflicto, los movimientos sociales solo pueden

perder. Por lo tanto, su principal enemigo está siempre en su propio país»²².

«El horror de la guerra proyectado desde lejos produce inevitablemente olas de ira, simpatía, compasión y una sensación de impotencia que es explotada por nuestros patrones y sus Estados para canalizar cualquier posible despertar de resistencia hacia el callejón sin salida de la caridad. Nos manipulan para que adoptemos falsas decisiones partidistas a favor de uno u otro beligerante. Esta es la verdadera niebla de la guerra que busca cegarnos de lo que debería ser lo obvio: los patrones de ambos lados son nuestro enemigo mientras los trabajadores de ambos sufren y mueren esperando nuestra solidaridad de clase en acción»²³.

Mito 8: Al involucrarse en la guerra del lado ucraniano, se defienden los intereses de la clase obrera en la región ucraniana.

Preguntémonos qué salvaguarda realmente las operaciones militares. Ya hemos mencionado la naturaleza problemática de la afirmación de que se trata de vidas humanas. A continuación, podríamos ocuparnos de las instalaciones materiales que son destruidas por los bombardeos. Para quienes trabajan en Ucrania, se trata principalmente de casas, apartamentos, centros culturales, tiendas, infraestructura de transporte urbano y otros servicios. Todo esto es en su mayoría propiedad de la burguesía o del Estado y se utiliza para acumular ganancias extraídas de los trabajadores que las utilizan. Incluso si esto sirve en parte para satisfacer las necesidades de los trabajadores, se hace sobre la base de principios de explotación.

Simpatizamos con las situaciones en las que los milicianos lucharon en la Guerra Civil Española para salvar edificios e infraestructura bajo el control de los trabajadores. Pero, ¿por qué deberían morir los trabajadores de Ucrania luchando por salvar la propiedad burguesa y el territorio administrado por el Estado? Los trabajadores de Ucrania poseen y administran sólo un pequeño porcentaje de la riqueza local. Creemos que la solidaridad internacional puede proporcionar una compensación adecuada por las facilidades arrebatadas a los trabajadores por la

21 Ver nota 5.

22 Ver nota 9.

23 ACG, *Revolutionary Defeatism*: <https://www.anarchistcommunism.org/2022/06/12/revolutionarydefeatism/>

guerra. Entendemos lo difícil que es renunciar a lo que vemos como nuestro hogar y lugares favoritos. Pero arriesgarnos la vida en defensa de tales lugares nos parece un sacrificio irrazonable, sobre todo cuando sabemos que se trata principalmente de una defensa de la propiedad de los capitalistas, en cuya gestión los trabajadores tienen una participación insignificante. Otras instalaciones defendidas son edificios industriales, de fabricación y de almacenamiento, así como campos agrícolas, empresas mineras y constructoras. Aunque estos son los lugares donde el capital retiene a la clase explotada, ya mucho antes de la guerra muchos trabajadores ucranianos huyeron de ellos a otros países en busca de una vida mejor. ¿Qué interés tienen los trabajadores en defender estos lugares directamente ligados a su miseria donde son explotados, humillados y agotados?

La guerra también tiene como objetivo defender el sistema político y económico existente, es decir, la forma capitalista particular que depende de la explotación de los trabajadores y la dominación del Estado sobre la población. Esta guerra no tiene como objetivo otra cosa que el funcionamiento capitalista y no está en el interés de los trabajadores derramar su propia sangre en defensa de tal sistema.

24 No estamos diciendo que los trabajadores ucranianos no puedan salvar nada que sea significativo para ellos haciendo la guerra. Es que vemos que la guerra está mucho más enfocada a proteger la propiedad y los privilegios burgueses, así como la infraestructura del poder del Estado. Y esto no está realmente en el interés de los trabajadores.

Decimos sí a la defensa de la vida y los enseres personales de la clase trabajadora. Decimos no a morir y mutilarse en defensa de la propiedad y el privilegio burgués. En el caso de la guerra en Ucrania, es principalmente esta última la que se defiende.

«Por suerte o por desgracia, somos el único colectivo anarquista en Ucrania cuya fama ha crecido significativamente durante estos 6 terribles meses. Probablemente porque brindamos información útil para los trabajadores en su confrontación diaria con los jefes o funcionarios y nuestra posición de condena de ambos Estados en guerra (el agresor comete

un genocidio abierto contra todo lo ucraniano, la “pequeña víctima democrática que sufre” mantiene a la mayoría de la población como rehenes para mostrar más imágenes sangrientas en el extranjero exigiendo más dinero, también robando a sus siervos por todos los medios disponibles, mientras que ni un solo misil ruso ha volado hacia el barrio del gobierno) está bastante cerca de quienes no tienen nada que defender en este tugurio sin un futuro claro»²⁴. «No somos expertos en geopolítica, ni siquiera aficionados; no somos expertos en reservas energéticas, industriales o agrícolas. De hecho, no somos expertos en prácticamente nada, solo en nuestro trabajo como trabajadores que somos. Y eso es precisamente lo que nos da la legitimidad para denigrar la guerra que se nos libra, arraigados como estamos en la realidad del pueblo trabajador. Porque esto, aunque nos digan lo contrario, no se trata de la patria, ni siquiera de los territorios históricos, se trata del capitalismo y del odio exacerbado de este sistema contra el pueblo, odio que nace del afán de ganar cada vez más dinero y lograr más y más poder. Nos pueden decir que uno u otro es el malo, pero la realidad es mucho más simple: la realidad vuelve a ser lo que sufre la clase obrera, independientemente de su nacionalidad: muerte, sufrimiento, exilio»²⁵. «Putin no invadió Ucrania en beneficio de los trabajadores rusos. Ni Estados Unidos, ni Europa, ni la OTAN han estacionado tropas frente a las narices de Rusia en interés de los trabajadores ucranianos o de los trabajadores europeos y estadounidenses. La expansión de la OTAN en Ucrania, o en cualquier otro lugar, es militarismo capitalista y hostil a los intereses de los trabajadores.

Así como la ofensiva militar rusa es militarismo capitalista y contra todos los trabajadores. La presencia de la OTAN en Ucrania, o la invasión de Rusia a Ucrania, responden a planes en favor de los capitalistas del mundo. La sangre y las vidas de la gente común se están perdiendo. Nuestros hogares se están arruinando mientras ellos obtienen ganancias»²⁶.

24 Ver nota 5.

25 Confederación Nacional del Trabajo / CNT-AIT, *No a la guerra, no al militarismo. Contra todo imperialismo. Ni Putin, ni Biden*: <https://bajocinicalibertario.blogspot.com/2022/02/no-la-guerra-no-almilitarismo-contra.html>

26 *No War but the Class War: Statements from the Haft Tappeh Workers (Iran)*: <https://www.leftcom.org/en/articles/2022-03-05/no-war-but-the-classwar-statements-from-the-haft-tappeh-workers-iran/>

«Si comparamos la parte de Ucrania controlada por el gobierno con los países de la UE... Créalo o no, incluso el centro histórico de una ciudad ucraniana típica, incluida la nuestra, puede ser mucho menos habitable que los barrios marginales occidentales. No tenemos nada que defender aquí, excepto los tronos de las autoridades y los campos de las corporaciones. Por eso nuestros oficiales tienen tanto miedo a la libertad de movimiento: el servicio militar para defender las plantaciones de la oligarquía no es la opción más deseable para muchos soldados sino el único ingreso disponible en tales condiciones»²⁷.

Mito 9: Una dictadura abierta es un terreno menos favorable para la autoorganización que la democracia liberal por la que lucha Ucrania.

Esta afirmación es puramente especulativa. No se puede demostrar que la clase obrera se organizará más y mejor en terreno democrático que en terreno no democrático. Aunque tal razonamiento especulativo es aceptable en el contexto de la discusión, no puede aceptarse como una justificación del autosacrificio de la clase obrera por la guerra. Como decía claramente el proyecto Proletarchiv:

«el proletariado en la República Checa no ha podido utilizar el terreno de la democracia durante los últimos 30 años y en Ucrania el proletariado debería morir por el supuesto terreno democrático (pura ideología)»²⁸.

En el mundo podemos ver varios lugares más o menos democráticos o autoritarios. En algunos lugares la lucha de clases está en declive o estancada, en otros se desarrolla en calidad y cantidad. Concluir que las luchas declinan automáticamente en las dictaduras mientras aumentan en las democracias es del todo inexacto. En el debate, tal posición es sólo el resultado de un análisis defectuoso. Sin embargo, sobre el terreno significa derramar la sangre de miles de personas.

Luchar por la democracia liberal sobre la base de que tendremos un mejor terreno de lucha es como

arriesgar la vida en una apuesta de lotería en la que existe la posibilidad de un gran premio, pero no hay nada que elimine el alto riesgo de una pérdida tan trágica como la muerte.

«¿De qué les sirve a los proletarios muertos el terreno democrático?», señala acertadamente el proyecto Proletarchiv. Para entender cómo algunos ven el militarismo justificado para la defensa de la “democracia” ucraniana tenemos que abordar una tendencia entre anarquistas e izquierdistas que es, implícita o explícitamente, partidista de la democracia liberal occidental. Esta tendencia se basa en la creencia de que las condiciones de dominio de la clase capitalista que ofrece la democracia liberal son más favorables para la lucha liberadora. Sin embargo, esto implica una visión progresista de la historia que excluye la posibilidad misma de la anarquía. La anarquía es la inseparabilidad de medios y fines. Como escribieron los camaradas en *At Daggers Drawn: Liquidar la mentira del período de transición (dictadura antes del comunismo, poder antes de la libertad, salarios antes de tomar el lote, certeza de los resultados antes de actuar, estudios de financiación antes de la expropiación, ‘bancos éticos’ antes de la anarquía, etc.)*, la revuelta es en sí misma una forma diferente de concebir las relaciones. No hay camino “de la democracia a la libertad”. La verdadera liberación colectiva siempre está en antagonismo con la democracia liberal»²⁹.

«El Estado ucraniano no es “mejor”, “menos malo”, ni más ni menos “fascista” o democrático que el Estado ruso, ya que no se diferencia cualitativamente sino cuantitativamente de este último, siendo más pequeño y con menos potencia imperialista, pero igualmente burgués y antiproletario [...]»³⁰.

«En cuanto a los colectivos que mencionaste, sus lamentos sobre “Ucrania libre defendiendo a todo el mundo civilizado” son demasiado aburridos como para perder tiempo en su análisis. A aquellos que están muy preocupados por la democracia ucraniana desde el extranjero

27 Ver nota 5.

28 Proletarchiv, *Critical commentary on the political orientation of the text from Kolektivně proti Kapitálu – Mouvement Communiste*, traducido al inglés: <https://www.autistici.org/tridnivalka/no-war-but-class-war/>

29 *No War But Class War: Against State Nationalism And Inter-Imperialist War In Ukraine*, Anarchists in Oakland, San Francisco, New York, and Pittsburgh: <https://itsgoingdown.org/no-war-but-class-war-against-statenationalism-and-inter-imperialist-war-in-ukraine/>

30 Proletarios Revolucionarios, *Sobre el derrotismo revolucionario y el internacionalismo proletario en la actual guerra entre Rusia y Ucrania/OTAN*: <https://proletariosrevolucionarios.blogspot.com/2022/03/sobre-elderrotismo-revolucionario-y-el.html>

sólo podemos aconsejarles que renuncien a su ciudadanía europea/americana, soliciten la tarjeta de residencia ucraniana y se muden rápidamente aquí para disfrutar la vida³¹.

«Como proletarios social-revolucionarios, comunistas, anarquistas..., no tenemos absolutamente ningún interés material en ponernos del lado del Estado capitalista y su democracia, sea como sea, de nuestros enemigos de clase, de nuestros explotadores, de los que siempre nos devuelven brutalmente “balas, ametralladoras y prisión” cuando luchamos y salimos a las calles a reivindicar nuestra humanidad»³².

Mito 10: A menudo se niega el apoyo a la población ucraniana sobre la base de la presencia de fuerzas de extrema derecha, que no son tan fuertes en el país.

La razón para no involucrarse en la guerra del lado ucraniano no debe estar motivada por la mera presencia de neonazis y neofascistas en Ucrania. Tenemos razones completamente diferentes para no apoyar la guerra. Sin embargo, al mismo tiempo, nos sorprende cómo las mismas personas que presentan la guerra como una lucha por la democracia contra la dictadura también minimizan la extrema derecha ucraniana. Incluso antes de la guerra, este último tuvo una fuerte influencia en la dirección política del país hacia formas más totalitarias. ¿Por qué debemos creer que después de la guerra esta fuerza y tendencia desaparecerá para ser reemplazada por una alternativa libre?

No es bueno restarle importancia al problema de la extrema derecha en Ucrania con cifras o señalando su débil representación en el parlamento, porque está claro que aquí las fuerzas neofascistas y neonazis tienen la sartén por el mango, especialmente en las calles. Esto está siendo utilizado por las fuerzas parlamentarias para cambiar el rumbo de la política gubernamental hacia formas más autoritarias.

«Para aquellos de nosotros que hemos estado en situaciones de vida o muerte con neonazis “estadounidenses” que han viajado a Ucrania para entrenarse, ha sido exasperante ver las contorsiones con las que algunos anarquistas

se retuercen para minimizar el dominio que allí tienen los fascistas y neonazis. El movimiento de extrema derecha de Ucrania se ha institucionalizado dentro del gobierno ucraniano. Se han incorporado batallones neonazis, totalmente intactos, a las fuerzas armadas del país. Las milicias fascistas han formado patrullas callejeras contratadas por los gobiernos municipales en la capital y otras ciudades importantes. Antiguos líderes y miembros de milicias neonazis y grupos paramilitares se han establecido como “activistas cívicos”, aprovechando la obsesión liberal con el discurso abstracto de “derechos humanos” para incursionar en el “tercer sector” de Ucrania como un grupo de interés legítimo. Que la extrema derecha de Ucrania haya ganado poco en términos de representación parlamentaria desmiente la creciente presencia y poder del movimiento, no sólo dentro de los órganos del Estado, sino también en las calles. Como ha dicho Volodymyr Ishchenko, sociólogo del Instituto Politécnico de Kyiv: “Electoralmente son débiles, pero en términos extraparlamentarios, se encuentran entre los grupos más fuertes de la sociedad civil. La extrema derecha domina la calle. Tienen el movimiento callejero más fuerte de Europa”. El significado de este dominio de la calle debe ser claro para los anarquistas [...]】

No estamos argumentando que “Ucrania es un Estado fascista”. Estamos discutiendo sobre el creciente poder del movimiento de extrema derecha de Ucrania (lleno de fascistas y neonazis), ya que parece que el Estado ucraniano no puede o no quiere hacer más que compartir el poder con él. Este poder compartido es evidente, no solo en la presencia de la extrema derecha dentro del Estado y en las calles, sino también en el intento del Estado de legislar la historia a través de “leyes de descomunización” aprobadas en la primavera de 2015»³³.

31 Ver nota 5.

32 Class War, *Internationalist Manifesto against capitalist war and peace in Ukraine...*: <https://www.autistici.org/tridnivalka/internationalist-manifestoagainst-capitalist-war-and-peace-in-ukraine/>

33 Ver nota 29.

Mito 11: Los anarquistas estamos en contra de las guerras, pero esta es diferente a las demás, por lo que debemos involucrarnos.

Lo interesante de este enfoque es que se puede ver en diversos conflictos militares, aunque sus defensores pretendan que se trata de algo único. La Primera Guerra Mundial y la Segunda Guerra Mundial, las diversas guerras de liberación nacional y, más recientemente, la Guerra de Rojava. En todas estas guerras, algunos anarquistas sacan el mismo argumento: nos negamos a apoyar las otras guerras, pero esta es diferente y debemos ponernos del lado de una de las partes en conflicto. En cada ocasión mencionan que este apoyo es crítico, aunque cuanto más dura el apoyo más desaparece ese carácter crítico hasta que finalmente vemos pura propaganda bélica, que destaca ciertos aspectos, pero oculta, ignora o resta importancia a otros muy importantes.

Entonces, ¿la guerra en Ucrania es diferente de las demás? Sí y no. Cada guerra es diferente de otras en algunos aspectos. Diferentes actores, diferentes lugares, diferentes armas, diferentes justificaciones ideológicas. Al mismo tiempo, todas las guerras, excepto la guerra de clases, son iguales en su escenario básico. Siempre es una lucha entre diferentes bloques de poder en la que la clase obrera se deja engañar por diferentes ideologías que le invitan a luchar de un lado o del otro de la línea de batalla. Todas las guerras –y la de Ucrania no es una excepción– son iguales en el sentido de que la clase obrera sacrifica sus vidas por los intereses de esta o aquella facción de la burguesía, pero a menudo con la ingenua creencia de que lo hace en beneficio de sus propias vidas.

«Supongamos que Ucrania “gana” la guerra, ¿qué habrá ganado la gente de allí? ¿El “honor de la nación”? ¿Libertad? Después de que termine la guerra, Zelensky y los propios “oligarcas” de Ucrania seguirán siendo ricos, pero sólo les espera una profunda miseria a los ucranianos “comunes”. [...] La gran mayoría de la población ucraniana ya era pobre y será mucho más pobre después de la guerra. Sus intereses y los de la clase dominante no son los mismos. Lo mismo ocurrirá en Rusia. En Ucrania, los soldados rusos y ucranianos se están matando entre sí por intereses antagónicos a los suyos»³⁴.

«La capitulación de muchos socialistas y anarquistas ante el nacionalismo estatal durante la Primera Guerra Mundial y el subsiguiente daño a la lucha de clases mundial sigue siendo uno de los relatos de advertencia más trágicos de la historia moderna. La guerra dividió a izquierdistas radicales, socialistas y anarquistas de todas las tendencias. Ninguna tendencia se unió contra la guerra. Más bien, todos los opositores al imperialismo y al nacionalismo estatal se vieron obligados a atacar a los elementos pro-guerra que se encontraban entre sus propias filas. Con la amenaza de otra guerra mundial que se avecina, desafortunadamente nos vemos obligados a hacer lo mismo con muchos anarquistas hoy»³⁵.

«Los que se preparan para la guerra son siempre los más apasionados propagandistas de la paz. Además, basan su propaganda de paz en el hecho de que es necesario a toda costa hacer todo lo posible para salvar los valores de la civilización, valores que sistemáticamente se ven amenazados por lo que ocurre en el campo del adversario —quien, a su vez, actúa y opera de la misma manera—. Debemos hacer todo lo posible para evitar la guerra y muchas veces la gente termina convencida de que hacer todo puede incluso significar ir a la guerra para evitar una catástrofe mayor. Al estallar la primera guerra “mundial”, Kropotkin, Grave, Malato y otros ilustres anarquistas llegaron a la conclusión de que era necesario participar en la guerra para defender la democracia (en primer lugar, francesa) bajo la amenaza de los imperios centrales (Alemania en primer lugar). Siempre existirá la posibilidad de que este trágico error se repita porque se cometa hoy el mismo error que se cometió entonces: no desarrollaron un análisis anarquista, sino que confiaron en una reelaboración anarquista del análisis suministrado por los intelectuales y divulgadores al servicio de los patrones. De ahí les fue fácil sacar la conclusión de que, aunque la guerra era todavía una inmensa y terrible tragedia, era preferible a los daños más graves que pudiera resultar de la victoria del militarismo teutón. Ciertamente, no todos los anarquistas cerraron los ojos ante las graves

34 Internationalist Perspective, *Don't fight for “your” country!*: <https://internationalistperspective.org/dont-fight-for-your-country/>

35 Ver nota 29.

desviaciones de Kropotkin y sus camaradas; Malatesta reaccionó con violencia, escribiendo desde Londres, pero el daño causado tuvo consecuencias no desdeñables en el movimiento anarquista de todo el mundo. Hoy, del mismo modo, muchos compañeros anarquistas no se detienen ante las imperdonables superficialidades que se pueden leer en algunos de nuestros artículos y revistas»³⁶.

Mito 12: La guerra ha desestabilizado el Estado ucraniano, abriendo nuevas posibilidades para que los trabajadores defiendan sus necesidades e intereses.

Curiosamente, esto es a menudo afirmado por las mismas personas que, en respuesta a nuestras críticas a los anarquistas en el ejército estatal, afirman que los anarquistas en la región de Ucrania no pueden organizarse como unidades autónomas no jerárquicas porque el Estado ucraniano no lo permitirá y no está dispuesto a darles recursos.

28

Si el Estado estuviera verdaderamente desestabilizado, nada impediría que el pueblo tomara la iniciativa autónoma. En cambio, vemos al Estado tratando de controlar centralmente las actividades en el país y suprimir las expresiones de autonomía. Hablar de desestabilizar el Estado ucraniano refleja un deseo más que una realidad. El armamento de la población ucraniana está sujeto al control del Estado, lo que garantiza que los armamentos no se utilicen en su contra. Esto explica de nuevo por qué la lucha defensiva de las tropas ucranianas debe ser vista como defensa y fortalecimiento del papel del Estado y no como mera protección de la población bombardeada.

«[...] los anarquistas están en contra del militarismo. No hay ninguna duda al respecto. Están en contra del militarismo, y esto no en nombre de una monótona visión pacifista. Están en contra del militarismo en primer lugar porque tienen una concepción diferente



de la lucha. Es decir, no tienen nada en contra de las armas, no tienen nada en contra del concepto de defensa ante la opresión. Pero, por otro lado, tienen mucho en contra de cierto uso de las armas, ordenado y comandado por el Estado, y organizado por estructuras represivas»³⁷.

Mito 13: Oponerse a la lucha de las tropas ucranianas porque beneficia a las élites occidentales es como oponerse a las huelgas industriales porque benefician a los competidores capitalistas.

Imaginemos esta situación hipotética:

Hay muchas empresas que compiten en el mercado mundial, todas tratando de engullir al próximo competidor para obtener una ventaja sobre todos los demás competidores. En un momento, una empresa ataca a otra de forma tan agresiva que incluso sus empleados empiezan a morir. Las empresas circundantes suministran armas a los empleados para defender el lugar de trabajo contra los agresores, no principalmente para salvar sus vidas, sino

para obtener un control parcial sobre los recursos del lugar de trabajo y los empleados que sobrevivan a esta feroz defensa contra el competidor más agresivo.

En tal caso, ¿quién, además de las empresas competidoras, tendría interés en suministrar armas a la empresa impugnada? Después de todo, a los trabajadores no les interesa defender la empresa de su patrón para transferir parte de los recursos de la empresa a otro capitalista.

El ejemplo de la huelga industrial es irrelevante. Porque todavía está por ver a un competidor capitalista que suministre armas a un comité de huelga para defenderse de los guardias de seguridad del patrón, que suministre un fondo de huelga para permitir que la huelga continúe, y que condicione este apoyo al hecho de que cuando la huelga se libra del patrón, la empresa en la que se lleva a cabo la huelga proporcionará convenientemente

36 Ver nota 20.

37 Ver nota 19.

sus productos y recursos al competidor. Si este tipo de huelga ocurriera en cualquier parte, creemos que los trabajadores se negarían a jugar el juego de los competidores capitalistas y lucharían por sus intereses. Lo mismo ocurre con el caso de la guerra en Ucrania.

Que los competidores capitalistas utilicen las huelgas en algún sentido es un efecto secundario, no el contenido principal de la huelga. En el caso de la guerra en Ucrania, el objetivo principal es ganar recursos para uno u otro competidor burgués, sacrificando en la lucha vidas mayoritariamente proletarias. Para lograr este sacrificio, se moviliza al proletariado mediante la ideología nacionalista. Si esta lucha lleva a salvar algunas vidas, esto es un efecto secundario del principal objetivo de la guerra, que es la redistribución del territorio y los recursos de Ucrania entre los competidores capitalistas.

Recapitulemos. Una guerra burguesa y una huelga de trabajadores son dos tipos de conflicto completamente diferentes en términos de contenido. La guerra persigue principalmente intereses burgueses por los que moviliza a los trabajadores. Una huelga persigue principalmente los intereses de los trabajadores, incluso si los competidores capitalistas intentan sacarle beneficio. En una guerra, los recursos para el conflicto son suministrados por facciones burguesas rivales; en una huelga, los trabajadores dependen principalmente de sus propios recursos, porque no tienen por qué esperarlos de la burguesía, y la burguesía no tiene por qué suministrárselos, porque correría el riesgo de que se dirijan contra sí misma.

«Algunos dicen que Putin es inocente porque la OTAN se estaba infiltrando en las fronteras de Rusia; mientras que otros dicen que los presidentes de Ucrania, Europa o Estados Unidos son inocentes porque están haciendo algo contra la acción de Putin. [...] Esta guerra no es una guerra por los intereses de los trabajadores rusos o en defensa de los intereses de los trabajadores ucranianos. Esta guerra no es una guerra por los intereses de ningún trabajador en absoluto. Es una guerra contra nuestros intereses. La guerra actual entre Rusia y las demás potencias en suelo ucraniano es una guerra reaccionaria y antiobrera. Todos debemos estar en contra de la guerra. No debemos posicionarnos sólo contra Putin, no

sólo contra Biden y los presidentes europeos, no sólo contra el presidente ucraniano. Los trabajadores debemos unirnos contra la guerra. Estamos en contra de todos los capitalistas y belicistas. Esta no es nuestra guerra. Es una guerra contra todos los trabajadores»³⁸.

«[Que] la verdad es la primera víctima de la guerra” es la primera mentira entre muchas que acompañan la matanza de nuestra clase. Para que ocurra la guerra se requiere que la verdad haya sido bien enterrada con mucha anticipación. La mentira más grande, de la que parten todas las demás, es que nosotros, la clase obrera, forraje tanto del trabajo asalariado como de la guerra, tenemos intereses en común con quienes nos ordenan luchar»³⁹.

Mito 14: Esta no es una guerra de bloques imperiales, sino una invasión de un solo imperio que quiere subyugar a sus vecinos que nada tienen que ver con el imperialismo.

Ver a la Rusia de Putin como el único agresor imperial en esta guerra es exactamente de lo que a menudo se nos acusa: de tratar de ajustar la realidad a nuestras propias conclusiones ideológicas.

Aparentemente, el imperialismo es reducido por algunos a una tendencia a ejercer el poder mediante la invasión militar, la usurpación brutal de los recursos de los invadidos y su sometimiento violento. Pero el imperialismo tiene otros mecanismos de expansión además de la invasión militar agresiva. La dominación también toma la forma de presiones económicas o presión sobre la configuración política de los países vecinos para que el terreno político sea lo más favorable posible a los intereses de los actores económicos transnacionales. Esto es precisamente lo que está sucediendo cuando el bloque imperial representado por EE.UU., los países occidentales y la Unión Europea suministra armas y otros materiales de guerra para asegurar un arreglo económico y político en Ucrania que deja la puerta abierta para el saqueo de recursos locales y favorecer sus actividades económicas.

Por el momento, el imperialismo occidental no quiere subyugar a la población ucraniana por la fuerza militar como está haciendo el imperio ruso, pero esto no significa que no espere sacar rédito

38 Ver nota 26.

39 ACG, *The “Campaign for real war”*: <https://www.anarchistcommunism.org/2022/03/29/the-campaign-forreal-war/>

[de esta guerra] para sus intereses imperiales y que quiera asegurar el acceso conveniente a los recursos en territorio ucraniano.

Aquí vemos varios bloques imperiales librando una guerra por la redistribución del territorio y los recursos del espacio postsoviético. Mientras unos imperialistas lo hacen mediante la intervención militar directa en Ucrania, otros suministran armas para hacer sangrar a la población ucraniana en el frente por su causa.

Algunos anarquistas van muy lejos en su cinismo. Afirman que “ningún ejército de la OTAN está luchando en Ucrania”. De esta manera, simplemente mastican la propaganda de los imperialistas occidentales, enmascarando el hecho de que la OTAN está luchando en Ucrania a través de la población ucraniana, a la que suministra armas desde sus propios almacenes. Si condenamos a la Rusia imperialista, no debería ser de forma que apoyemos al Occidente imperialista mientras ocultamos su naturaleza, estrategias y objetivos imperialistas.

El apoyo al movimiento democrático armado en Ucrania es en realidad apoyo al imperialismo occidental con su gobierno ucraniano.

«Los mismos zapatistas señalaron con razón⁴⁰ al comienzo mismo de la guerra: “El gran capital y sus gobiernos ‘occidentales’ se sentaron a contemplar y hasta a acelerar el deterioro de la situación. Una vez comenzada la invasión, estaban ansiosos por ver si Ucrania resistiría y por calcular qué podrían sacar de cada posible resultado. Ahora que Ucrania se resiste, extienden ansiosamente ofertas de ‘ayuda’ por las que esperarán el pago más adelante”»⁴¹. «Por el contrario, los comunistas y anarquistas revolucionarios entienden que el imperialismo no es la “etapa superior del capitalismo”, sino una de sus características inherentes y permanentes como sistema histórico mundial; que todo Estado-Nación es imperialista, pero que existen jerarquías o diferentes niveles de poder imperialista entre los Estados; que la guerra imperialista es una competencia bélica entre Estados capitalistas con mayor poder imperialista y, sobre todo, una guerra de la burguesía internacional contra el proletariado interna-

cional; que el enemigo no es el imperialismo, sino el capitalismo mundial; y que la posición de los comunistas revolucionarios y anarquistas frente a toda guerra imperialista no es el anti-imperialismo y la “liberación nacional”, sino el derrotismo revolucionario, el internacionalismo proletario y la revolución social mundial»⁴².

«Los anarquistas no luchan para crear o defender la soberanía de los Estados. Luchamos para desmantelar las divisiones, tanto materiales como ideológicas, que las generan. Con este espíritu, discrepamos cuando, dentro de nuestros movimientos, se vuelve un desafío distinguir los intereses de la política exterior y los fabricantes de armas de EE.UU. de los nuestros. Los peligros de las tendencias reaccionarias y contrarrevolucionarias exigen vigilancia. Damos la bienvenida a la negativa a estar de cualquier lado de una guerra entre estados imperialistas [...]»⁴³.

Mito 15: El análisis de los anarquistas y los izquierdistas, especialmente en Occidente, es miope porque ven el imperialismo sólo en los EE.UU., la OTAN y sus aliados, no en Rusia.

Estamos seguros de que todos aquellos que critican el apoyo brindado al ejército ucraniano no pasan por alto la posición imperial de Rusia. También sabemos con certeza que algunas personas, a su vez, ven el imperialismo sólo del lado ruso. No reconocen su existencia en el lado occidental, o lo minimizan diciendo que el imperialismo occidental no se está manifestando en este conflicto de la manera invasiva y dominante en que lo está haciendo Rusia. Ya hemos señalado que el imperialismo occidental es, de hecho, expansionista, como el de Rusia, pero que persigue sus intereses indirectamente apoyando al ejército ucraniano, que lucha por sus intereses.

Si es miope ver al imperialismo sólo del lado de EE.UU. y sus aliados, deberíamos medir con la misma vara a aquellos que ven el imperialismo sólo en Rusia. Nuestra negativa a apoyar la guerra no consiste en negar el papel imperial de Rusia, ni en demonizar el papel imperial de “Occidente”. Nos negamos a apoyar a todas las potencias imperiales. Nos nega-

40 <https://enlacezapatista.ezln.org.mx/2022/03/07/after-the-battle-nolandscape-will-remain/>

41 Ver nota 5.

42 Ver nota 30.

43 Ver nota 29.

mos a ver el imperio sólo en un lado de la línea de batalla, porque lo vemos en cada Estado que apoya la guerra y, por lo tanto, persigue sus propios intereses imperiales por encima de todo. Sí, vemos diferencias en el grado de brutalidad utilizado por cada Estado. Sin embargo, esto es un reflejo de sus capacidades actuales, que es una variable. Los Estados que son menos agresivos ahora porque están a la defensiva pueden volverse tan brutales como Rusia mañana si carecen de los medios para hacerlo en el presente.

«No reconocemos ninguna justificación para esta guerra en la que la clase obrera, en Rusia y Ucrania, sólo puede sufrir. La reacción al imperialismo ruso y a los intereses de su élite oligárquica, al brutal bombardeo de civiles y a la agotadora guerra ha sido el surgimiento de sentimientos nacionalistas y militaristas. Temiendo por sus vidas y su seguridad, muchos ignoran los crímenes del imperialismo mientras sea “nuestro” imperialismo. Muchos están dispuestos a aceptar la presencia de neonazis siempre y cuando sean “nuestros” neonazis. Si tal temor es comprensible, su efecto sólo fortalecerá el sentimiento a favor de la guerra y reforzará permanentemente el autoritarismo de las autoridades, con consecuencias desastrosas para la clase trabajadora⁴⁴.

«¡Sus intereses! ¡Nuestros muertos! No nos pronunciamos por ninguno de los Estados en conflicto, por mucho que uno esté categorizado según la moral política burguesa dominante como “el agresor” y el otro como “el agredido” o viceversa. Sus respectivos intereses en juego son exclusivamente suyos y en total oposición a los de la clase explotada, es decir, nosotros los proletarios; por eso, fuera y contra todo nacionalismo, todo patriotismo, todo regionalismo, todo localismo, todo particularismo, ¡afirmamos alto y claro nuestro internacionalismo! El proletariado, como clase revolucionaria, no muestra neutralidad hacia ninguno de sus explotadores que se enfrentan en la redistribución de sus cuotas de mercado, sino que por el contrario los rechaza por igual como dos caras de una misma realidad, el mundo de la explotación de una clase por otra, y expresa su profunda solidaridad con todos los sectores de nuestra

clase que sufren los embates multiplicados de uno u otro de sus enemigos históricos»⁴⁵.

Mito 16: La afirmación de que los dos bandos en guerra son iguales es una justificación ideológica común para no defender a la población ucraniana masacrada.

Este mito obviamente se basa en una mala interpretación de la afirmación de que esta es una guerra entre potencias imperiales y de que es un error tomar partido por una de ellas. Esto no quiere decir que los dos lados sean iguales en todos los aspectos. Lo que se quiere decir es que ambos son burgueses y, por lo tanto, es contrario a los intereses de la clase obrera oponerse a una facción burguesa y al mismo tiempo defender a la otra.



Ambos bandos son iguales en su contenido burgués. Sin embargo, cada uno aplica diferentes formas y medios para hacer cumplir este contenido. El hecho de que algunos lo hagan de manera más agresiva y brutal no debería ser un argumento para unirse a los agresores menores y sangrar por sus intereses.

«Con quién actuamos y con quién no actuamos en solidaridad está enraizado en las condiciones de la lucha de clases global, no en la moralidad, que definimos aquí como una invención de la conciencia liberal, un sistema universalizador de valores y principios de conducta individual que es compatible con el capitalismo y sociedad de clases. Como herramienta del nacionalismo estatal, la propaganda de guerra apela a la moralidad. Debemos estar preparados para combatirlo. Los Estados presentan las guerras

44 *Przeciw wojnie!* [Against War!] by Union of Polish Syndicalists ZSP – Warsaw [en polaco]: <https://zsp.net.pl/przeciw-wojnie/>

45 Ver nota 32.

como cuestiones morales, etiquetando a los estados en guerra como “bueno” y “malo”, “inocente” y “culpable”, para ganar el apoyo público a lo que se hace en interés del capital y del Estado a costa del público. No es casualidad que los anarquistas que apoyan el nacionalismo ucraniano lo etiqueten como el “mal menor”. Es revelador que omitan una cooperación cada vez más profunda entre el estado ucraniano y la OTAN, una herramienta del imperialismo estadounidense, [...]»⁴⁶.

«MTNW [Make Tattoo Not War] no tiene como objetivo ponerse del lado de ningún Estado involucrado en un conflicto bélico, ya que no suscribimos la opinión de que algunos de los Estados involucrados son agresores y otros simplemente víctimas inocentes de la agresión. Aunque en la guerra algunos Estados muestran tendencias más agresivas que otros, como resultado todos actúan de manera agresiva y opresiva hacia las poblaciones que gobiernan. La campaña de MTNW no se enfoca en apoyar a ningún Estado, sino en brindar asistencia a aquellos que han sido colocados en una situación opresiva por la política estatal. La guerra en curso es una rivalidad entre diferentes facciones de la clase dominante y persigue principalmente sus intereses. Como tal, está reñida con los intereses de los trabajadores, desempleados, estudiantes, jubilados y otros sectores no privilegiados de la población»⁴⁷. «Tenemos que estar preparados para el hecho de que la situación política en el país puede ser como en Afganistán, Yemen o Somalia durante mucho tiempo, y nada puede garantizar el crecimiento de la influencia del anarquismo, pero la única oportunidad para esto requiere la negativa a coquetear con unas u otras autoridades/políticos como “mal menor”, y una oposición resuelta e incondicional a todos ellos. De lo contrario, las masas percibirán cada vez más a los anarquistas como payasos extraños e incomprensibles a los que no necesitan prestar atención en absoluto»⁴⁸.

Mito 17: Las personas que no han experimentado la ocupación por parte de las tropas de una potencia imperial no serán capaces de comprender por qué el pueblo de Ucrania se defiende mediante la movilización bélica.

Este mito se basa en el estereotipo de que aquellos que no han experimentado algo no pueden entenderlo y ciertamente no pueden ser empáticos con aquellos que sí lo han hecho. De hecho, es una especie de jerarquización, donde la opinión de los sobrevivientes tiene un alto valor, mientras que la opinión de las personas sin experiencia directa se considera inútil y fundamentalmente equivocada. Por ejemplo, la Federación Anarquista Checa afirma en su sitio web:

«La experiencia histórica de ocupación en los países de Europa Central y del Este es claramente intransferible y difícil de entender en regiones que no han sido ocupadas o incluso tienen su propio pasado imperial»⁴⁹.

No estamos de acuerdo con afirmaciones como “no lo has experimentado, por lo que tus posiciones siempre estarán fuera de lugar”. De hecho, las opiniones sobre el tema varían considerablemente incluso entre los mismos sobrevivientes de la agresión de las fuerzas de ocupación. Por cierto, vivimos en un país que fue ocupado por las tropas nazis y luego por las tropas del Pacto de Varsovia, pero estamos de acuerdo con la declaración de la FAI (Federación Anarquista de Italia), que la Federación Anarquista Checa intenta contrarrestar afirmando que la posición de la sección italiana se basa en un malentendido por no haber vivido la experiencia de la ocupación. No es necesario que las personas hayan sido violadas para mostrar una conexión empática con quienes experimentan la violación. Asimismo, las personas que han sido violadas pueden ser insensibles y equivocarse.

«Cuando las personas abandonan la lógica estatal de guerra con o sin armas, cuando resisten cualquier ocupación estatal con o sin armas, cuando ayudan y apoyan a los refugiados y desertores, cuando confraternizan a través de las fronteras y frentes, se puede hacer algo para

46 Ver nota 29.

47 Make Tattoo Not War [en checo e inglés]: <https://maketattoonotwar.noblogs.org/o-nas-about/>

48 Ver nota 5.

49 Anarchistická federace, *O lidi musí jít především* [Lo primero la gente]. Traducción al inglés: <https://www.afed.cz/text/7724/people-must-come-first/>

contrarrestar el baño de sangre del Estado. Si el Estado, sus generales y políticos sólo conocen el lenguaje de la opresión, los oprimidos conocen el de la empatía y la solidaridad»⁵⁰.

Mito 18: La resistencia de las tropas ucranianas se nutre de la participación voluntaria de la población ucraniana, que decidió unirse a la lucha.

Decir tal cosa es tan absurdo como decir que todos los ciudadanos rusos apoyan la invasión de Ucrania por parte de Putin. Hay miles de personas que se ofrecen como voluntarias para unirse a los ejércitos ucraniano y ruso. Así como hay muchos que eluden el reclutamiento, desertan o emigran para no tener que servir en el ejército.

No todos los ucranianos arden en deseos de luchar por “sus” élites burguesas y los oligarcas capitalistas que las controlan. El Estado ucraniano es consciente de ello, por lo que intenta forzar la participación en el ejército mediante el reclutamiento forzado.

Según el sitio web independiente de Kharkov “Asamblea”:

«Las citaciones se distribuyen con mayor frecuencia en los mismos lugares de la ciudad. Las citaciones forzadas son realizadas por policías militares, soldados armados, combatientes de “defensa territorial” y policías, en automóviles y en patrullas a pie.

Según un testigo presencial, los que repartían citaciones en la entrada de Klas en Odessa estaban muy indignados porque no pudieron atrapar a nadie. A juzgar por los comentarios en el canal Telegram, estas acciones están causando una creciente indignación pública. La caza de reclutas se está dando en las gasolineras, en las calles y cruces, en las tiendas, en los lugares donde se distribuye la ayuda humanitaria... Algunas personas intentan no aceptar la llamada, por ejemplo, sentándose en sus autos y no abriendo las ventanas. Algunos intentan resistir. En respuesta, a las mujeres de los hombres convocados les han roto los brazos y han sido amenazadas»⁵¹.

El portal anarquista ruso a2day.org afirma:

«Aunque hay muchas personas que quieren luchar contra el agresor, es una práctica común en Ucrania atrapar a hombres en edad militar en la calle y darles una orden de reclutamiento, luego hacerles un examen médico en cinco minutos y enviarlos a una unidad militar donde tales reclutas sin preparación y, a menudo, no aptos, no son bienvenidos. Según el activista del movimiento voluntario Valery Markus, esos soldados movilizados por la fuerza que no quieren luchar son una bomba potencial; pueden desertar y abandonar sus cargos en cualquier momento; son un desperdicio de recursos valiosos y son inútiles de todos modos»⁵².

No tenemos ninguna duda de que muchas personas se involucran en actividades de guerra de manera bastante voluntaria. Sin embargo, esto no es una prueba de que no sean muchos los que se ven obligados a hacerlo o lo evitan. Mientras que el caso de los primeros continúa siendo destacado en los medios de comunicación por la propaganda de guerra pro-ucraniana, los segundos son mayormente ignorados. Si hablan de ellos, entonces le restan importancia y los menosprecian. Existe una fuerte tendencia a retratar a estas personas como un fenómeno marginal. Una especie de aberración o excepción a la regla de que la población ucraniana se une voluntariamente a las unidades del ejército y felizmente se precipita al frente.

Si se acusa con razón al Estado ruso de manipular los hechos mediante propaganda de guerra, se debe aplicar el mismo criterio a la propaganda de guerra pro-ucraniana, que utiliza mecanismos de manipulación idénticos.

«Sobre todo, la clase trabajadora ahora está preocupada por otras cosas: los ya mencionados allanamientos callejeros para la emisión de citaciones (los más activos en las regiones fronterizas oriental y occidental) y la necesidad de abrir la salida del país para quienes pueden ser aptos para el servicio militar»⁵³.

«Los medios de comunicación ocultan el hecho de que la mayoría de los refugiados varones que huyen hacia Occidente son desertores y encubren descaradamente la existencia misma de una masa de refugiados que han huido

50 Ver nota 14.

51 En ruso: <https://assembly.org.ua/kak-vruchayut-povestki-na-uliczharkova-i-ctho-ob-etom-govoryat-yuristy/>

52 En ruso: <https://a2day.org/armiya-sluzhba-i-otkaz/>

53 Ver nota 5.

desde el este del país a Rusia y Bielorrusia.[...] Todo indica que el gobierno de Zelensky no sólo fomenta la caza de “desertores”, sino que se ha embarcado, utilizando paramilitares, en una verdadera limpieza étnica en varias regiones del país. Pero esto no llegará a las portadas. Para los medios europeos, todo depende de mostrar “la unidad y el coraje del pueblo ucraniano contra Rusia”»⁵⁴.

«En respuesta al ataque ruso, Ucrania anunció que cerraría sus fronteras a todos los hombres “aptos para el servicio militar” entre las edades de 18 y 60 años y los llamaría para el servicio militar. Hacemos un llamado a la apertura de fronteras y nos solidarizamos con todos los desertores de la lógica de la guerra, ya sea de Rusia, Ucrania u otros países»⁵⁵.

Mito 19: Negarse a apoyar a las fuerzas militares ucranianas significa condenar a la población al bombardeo de las tropas rusas.

No queremos dar más detalles sobre por qué no apoyar la guerra no significa necesariamente negar ayuda a las personas que resisten a los agresores, tanto rusos como ucranianos. Sólo agregaremos la información de que es el Estado ucraniano el que, bajo amenaza de castigo, prohíbe a la parte masculina de la población ucraniana salir del país y recluta a miles de hombres en el ejército para permanecer efectivamente en los lugares donde se están produciendo los bombardeos. Es el Estado ucraniano el que está sacrificando a estas personas en contra de su voluntad, posiblemente movilizándolas bajo la presión de la propaganda patriótica y nacionalista. Nosotros, por otro lado, decimos que a nadie se le debe negar la oportunidad de trasladarse a un lugar seguro cuando está en peligro de ser mutilado o asesinado por las bombas del ejército imperial atacante.

«Sólo podemos imaginar cuántos ucranianos se alegrarían de que el Estado aflojara su control como resultado de una campaña del movimiento anarquista internacional. Si este movimiento hubiera tomado sus declaraciones contra la guerra como algo más

34

que palabras habríamos podido ver manifestaciones masivas para abrir las fronteras cerca de las embajadas de Ucrania hace muchos meses. ¿De qué hablar, si incluso en el Primero de Mayo encontrasteis asuntos más importantes? Parece que no hay de quién esperar ayuda, y uno sólo puede adivinar cuántas familias ucranianas más morirán porque no quieren separarse. ¿En qué os diferenciáis de los políticos si declaráis cosas que no vais a cumplir?»⁵⁶

«Es simple, una pregunta: ¿por qué luchamos? Un ejemplo, muy rápido: un colega se despertó el 24 de febrero y descubrió que la ocupación estaba en marcha. Se quedó en casa en el sótano durante quince días, era imposible ir a Kharkov. Huyó a través de Rusia, sin nada, sólo sus documentos de identidad [Diya]. En Rusia, en la frontera con los países bálticos, al principio no lo dejaron entrar, pero luego lo hicieron. De allí pasó a Polonia, más cerca de su Ucrania natal. ¡Compró una computadora portátil, encontró un trabajo remoto, alquiló un apartamento y trabajó! Y luego llegó la llamada: todos los hombres en el extranjero: ¡regresen a Ucrania o serán despedidos! ¡Lo pensó y decidió emigrar a Canadá!»⁵⁷

Mito 20: Las personas que se niegan a apoyar la resistencia del ejército ucraniano se aferran a dogmas ideológicos abstractos que en la práctica no pueden ayudar a los afectados.

Quienes rechazan la guerra son a menudo las mismas personas que ayudan a los afectados por la guerra. Al mismo tiempo, algunos están sabotteando activamente la continuación de la guerra, obstaculizando la industria bélica e interrumpiendo la movilización bélica a través de acciones prácticas. Por ejemplo, la federación anarquista italiana FAI, promoviendo la no participación en la guerra, declara:

«El primer compromiso de quienes se oponen a la guerra es la construcción y difusión de prácticas de ayuda mutua como redes de solidaridad desde abajo para suplir las necesidades inmediatas de las personas que más sufren las consecuencias del conflicto, ya sea este apoyo alimentario o médico. También está la necesidad de redes de apoyo para quienes

54 Communia, *The false “internationalism” of the ruling classes and their media*: <https://en.comunia.blog/the-false-internationalism-of-the-ruling-classes-and-their-media/>

55 Ver nota 9.

56 Ver nota 5.

57 En ruso: <https://assembly.org.ua/voennoobyazannye-ishchut-novyesposoby-vyezda-iz-ukrainy-vo-vremya-voiny/>

practican huelgas, sabotaje, deserción, como redes transnacionales para quienes se esconden o huyen de o por ambos lados del frente»⁵⁸.

No se trata de una ideología desligada de la vida. Estos son pasos prácticos concretos que salvan vidas y ayudan a organizarlas de una manera más justa de lo que es concebible en el caso de cualquier movilización bélica de las potencias en conflicto.

«Como revolucionarios en otros países, debemos estar atentos y ser solidarios con tales acciones cuando se produzcan, no solo traduciéndolas, difundiéndolas y visibilizándolas, sino también luchando contra la burguesía de “nuestros propios” países; es decir, internacionalizar la lucha proletaria contra la guerra imperialista, porque el aislamiento de tales acciones las llevará inevitablemente a la derrota [...]»⁵⁹.

«Y a todos los belicistas a la izquierda y extrema izquierda del Capital que volverán a acusar a los revolucionarios de ser “neutrales” y de no “tomar posición”, les respondemos que es todo lo contrario de lo que proponemos en este manifiesto y en nuestra actividad militante en general: defendemos inquebrantablemente al partido del proletariado y la defensa de sus intereses históricos e inmediatos, defendemos su acción de subversión de este mundo de guerra y miseria, defendemos el desarrollo, la generalización, la coordinación y la centralización de los ya existentes actos de fraternización, deserción, motín en ambos lados del frente, contra ambos beligerantes, contra ambos Estados, contra ambas naciones, contra ambas fracciones locales de la burguesía mundial... Defendemos la extensión de estas luchas y su conexión orgánica como momentos de una totalidad con todas las luchas que se suceden desde hace varios meses, por todas partes bajo el sol negro de la dictadura social del Capital, ya sea en Sri Lanka, Perú, Irán, Ecuador o Libia...»⁶⁰.

Mito 21: Las personas que rechazan la resistencia militar de los ucranianos solo están interesadas en la pureza ideológica y no se preocupan por las personas reales.

La acusación de desprecio por las víctimas de la agresión bélica tiene en este punto un matiz más emotivo que basado en la verdad. Porque la negativa a participar en la guerra en nuestra concepción no está motivada por la preocupación por las ideas abstractas y el desinterés por las personas concretas de las ciudades bombardeadas. Por el contrario, estas personas son la principal preocupación de nuestro análisis.

La visión en blanco y negro que divide a las personas en decididos partidarios del ejército ucraniano y opositores imprudentes al apoyo es muy engañosa. En realidad, ambos campos suelen guiarse por un deseo igualmente sincero de ser lo más útil posible para una población mutilada y asesinada. Lo que difiere es su posición sobre la cuestión de qué es un método de ayuda apropiado y eficaz. Algunos lo ven en apoyar el esfuerzo bélico del lado ucraniano, otros en subvertir el esfuerzo bélico en todos los lados de la línea de guerra.

No acusaremos a nuestros oponentes de no preocuparse por las personas sacrificadas en la guerra. No creemos que les falten escrúpulos, sólo que están equivocados en sus estimaciones. Se equivocan cuando dicen que la vida de la población bombardeada se protege mejor uniéndose al esfuerzo bélico.

Como dice el dicho popular, “de buenas intenciones está empedrado el camino al infierno”. Y por lo tanto, no podemos evitar criticar a los propagandistas de guerra dentro de los círculos anarquistas sobre la base de que “tienen buenas intenciones”. Nuestro análisis va más allá de las intenciones mismas y se relaciona con quién hace las afirmaciones. Estamos principalmente interesados en lo que realmente está sucediendo. Por lo tanto, cuando la gente sacrifica vidas por los intereses burgueses en el campo de batalla, y otros interpretan esto como defender vidas civiles de una guerra mortal, entonces estamos diciendo: la guerra conduce a una escalada de brutalización y asesinatos en masa, no a la protección de vidas.

58 Federazione Anarchica Italiana (FAI-IAF), *For a new Anarchist Manifesto Against The War*, traducción al inglés: https://www.federazioneanarchica.org/archivio/archivio_2022/20220722manifestonowar_en.html

59 Ver nota 30.

60 Ver nota 32.

«Luchar por la patria no está en el interés de la gran mayoría de la población de Ucrania. Cualesquiera que sean las ventajas de vivir en un país integrado en la OTAN y la UE, no compensan las desventajas de la guerra. Cuando, en unas pocas semanas, meses o años, las armas se callen y el humo sobre las ciudades bombardeadas se disipe, los ucranianos tendrán un país envenenado lleno de ruinas y fosas comunes. Y los países occidentales probablemente serán menos generosos con el dinero para la reconstrucción de lo que son ahora con las armas»⁶¹. «El discurso público parece obligarnos a tomar partido: ya sea con el imperialismo ruso o con el expansionismo de la OTAN y el papel destacado de EE.UU. Se supone que debemos tomar partido por un nacionalismo o por el otro. Pero ambos sistemas organizan la explotación con medios diferentes y convierten las fronteras en herramientas letales. No es casualidad que la remilitarización de las fronteras haya ocurrido primero contra los migrantes que buscan una vida mejor. No es casualidad que actualmente no haya declaraciones en ninguno de los lados que se ocupen de la vida real de las personas»⁶².

36

Mito 22: Las críticas a la participación en la guerra a menudo se basan en citas obsoletas de clásicos anarquistas que no se pueden aplicar al contexto contemporáneo.

Es cierto que a veces se cita a figuras como Malatesta, Bakunin, Goldman y otros que se pronunciaron en contra de la concepción burguesa de la guerra. Pero también es cierto que los actuales partidarios de la guerra del lado del ejército ucraniano tienen la misma tendencia a utilizar citas para dar peso a sus propias posiciones.

Es fácil elegir sólo una parte del trabajo complejo de una persona e ignorar lo demás, interpretar de forma particular sus palabras, porque no hay forma de verificar cuál fue la verdadera intención de esa parte. Los muertos ya no pueden debatir o redefinir sus posiciones a la luz de los tiempos y la situación actual. Es por eso que vemos sus citas como una adición al argumento, no como su núcleo. Nos parece más importante escuchar las

voces de nuestros contemporáneos y compartir nuestros puntos de vista con ellos, que debatir de qué manera Malatesta vio (o no vio) algo hace cien años. Esto es exactamente lo que sucede cuando tratamos de buscar las manifestaciones derrotistas antimilitaristas y revolucionarias de los proletarios en Ucrania, Rusia y otras partes del mundo, bajo la capa de propaganda de guerra.

Nuestra actitud hacia la guerra no está predefinida por lo que alguna vez dijo algún anarquista clásico. Más bien, el rechazo teórico de la guerra y su sabotaje práctico se basan en las tendencias de quienes hoy se encuentran en la vorágine de la guerra o están amenazados de verse arrastrados a ella pronto. De la misma manera que se cita a Malatesta, podríamos citar a los miles de desertores del ejército ucraniano, a las mujeres que impiden que el Estado ucraniano reclute por la fuerza a sus parejas, a los saboteadores que se han retirado de las ciudades bombardeadas para subvertir la infraestructura bélica fuera de Ucrania con tácticas de guerrilla.

Pero esto no se trata principalmente de citas, se trata de encontrar una estrategia para minimizar el impacto de la guerra y la mejor manera de utilizar la situación para organizar las necesidades de la clase trabajadora. Definimos la guerra como la negación de estas necesidades en aras de las necesidades de la burguesía. No porque lo dijera algún anarquista hace cien años, sino porque nosotros mismos somos parte de la clase obrera que se ve arrastrada a la guerra y obligada a hacer los mayores sacrificios por intereses que nos son ajenos.

Mito 23: El antimilitarismo es importante, pero es un problema cuando se convierte en dogma.

Este argumento lo escuchamos a menudo de personas que no dudan en emitir innumerables proclamas y publicaciones con temas antimilitaristas cuando la guerra está al otro lado del mundo, pero que, cuando llega a su puerta, comienzan a reproducir propaganda bélica. La razón de esta inclinación de opinión se debe supuestamente al diferente contexto, pragmatismo y no dogmatismo. La historia de la lucha de clases está repleta de ejemplos en los que algunos anarquistas han tratado de redefinir su práctica utilizando las mismas justificaciones. Los

61 Ver nota 34.

62 *No to War. For a Transnational Politics of Peace*: <https://www.transnational-strike.info/2022/02/24/no-to-war-for-a-transnational-politics-of-peace/>

anarquistas entrando en el gobierno republicano en España o los checos ocupando sus escaños en el primer gobierno republicano y entrando en el Partido Comunista.

También podemos recordar a los anarquistas que, después de 1917, prefirieron unirse a los bolcheviques o a los que tomaron partido en la Primera Guerra Mundial. Todos estos ejemplos demostraron que, aunque sus actores hablaban de pragmatismo, la práctica desmentía sus afirmaciones. Más bien, sus acciones fueron en última instancia pragmáticas para la clase dominante, que usó a estos anarquistas como idiotas útiles, como les está sucediendo ahora a algunos en el caso de la guerra en Ucrania.

No hay duda de que hay diferentes contextos para las guerras. Pero el núcleo no ha cambiado, independientemente de si estamos hablando de dos guerras mundiales, varias guerras de “liberación nacional” o la guerra actual en Ucrania. Los diferentes factores pueden variar. Por ejemplo, el equilibrio de poder entre los bloques en guerra, quién actúa de forma más invasiva y agresiva, o en qué ideología envuelven sus acciones. Lo que no cambia, sin embargo, es la naturaleza básica de las guerras. Siempre son conflictos sangrientos entre diferentes facciones de la clase dominante por sus intereses, y la clase obrera se ve obligada a hacer el mayor sacrificio en este proceso. La única guerra que podemos apoyar es la guerra de clases.

El antimilitarismo no es una construcción ideológica abstracta desligada de la realidad. Por el contrario, es un proceso vivo que surge de la vida y las luchas de la clase obrera. De las experiencias de personas reales de carne y hueso. Cuando hablamos de antimilitarismo, estamos hablando de principios probados por la práctica, no de tratados teóricos que caen de los escritorios de los académicos. No nos adherimos al dogma. Por el contrario, confrontamos constantemente nuestras posiciones con la realidad, lo que nos demuestra muchas veces que ser antimilitarista tenía sentido durante la Primera Guerra Mundial, tal como lo tiene en el caso de la guerra actual en Ucrania.

«Ucranios, rusos y personas de cualquier otra parte del mundo son nuestros hermanos y hermanas; hermanos y hermanas de clase y estamos comprometidos con ellos, levantamos la voz para que sigan gritando:

¡No a la guerra! ¡No al militarismo! gobierne quien gobierne. Ya basta de matarse unos a otros por sus sucios negocios. Basta negocios.

¡Paren la guerra! ¡Deténganla ahora!
¡Ni Putin ni Biden! ¡No a los ejércitos de la OTAN!
¡Soldados de todos los ejércitos:

¡Deserten!»⁶³

«Saludos, por lo tanto, a las mujeres proletarias en Ucrania, tanto en la región occidental de Transcarpatia (por lo tanto, bajo administración militar ucraniana) como en Donbass, en las “provincias orientales” (por lo tanto, bajo administración militar rusa), que salieron a las calles para expresar su desprecio por la “defensa de la patria” y exigir la devolución de sus hijos, sus hermanos, sus familiares enviados a cualquiera de los frentes para defender intereses que no son los suyos.

Saludos a los proletarios en Ucrania que están albergando en secreto a los soldados rusos que desertaron, bajo su propio riesgo porque cuando son arrestados, ya sea por las autoridades militares rusas o por las ucranianas, se les hace comprender dónde está la fuerza legal en este mundo inmundo, de qué lado deben estar y qué patria tienen que defender y qué no se tolerará ninguna confraternización.

Saludos a los proletarios en Ucrania que, a pesar del servicio militar obligatorio, huyen de su incorporación a las unidades militares por todos los medios a su alcance, legales o no, y por lo tanto se niegan a sacrificarse y servir bajo los pliegues del trapo nacional ucraniano.
Saludos a los soldados rusos que, desde el inicio de las “operaciones especiales” en Ucrania, huyen de la guerra y sus masacres, abandonando tanques y vehículos blindados en funcionamiento, y buscando su salvación en la huida, a través de redes de solidaridad con los desertores de ambos ejércitos»⁶⁴.

63 Ver nota 25.

64 Ver nota 32.

Mito 24: Negarse a participar en la lucha del lado de la resistencia bélica ucraniana es una manifestación de la arrogancia cultural de la izquierda occidental.

Este mito es extraño sólo porque las personas detrás de este texto provienen de Europa Central, por lo que difícilmente se les puede acusar de condescendencia occidental. De hecho, la contradicción entre la mentalidad de Europa Occidental y Europa Central y Oriental es una falsa contradicción. No es que no haya factores que influyan en las opiniones de las personas según el lugar donde viven. Existen, simplemente no deben ser estereotipados como plantillas universalmente válidas.

No se trata de ningún contraste entre un Occidente poco empático y un centro u oriente empático. Es un contraste entre dos perspectivas diferentes a través de las cuales se ve el problema de la guerra. Uno es liberal reformista y por lo tanto contrarrevolucionario, el otro es revolucionario. Ambas perspectivas son mantenidas por personas que suscriben al anarquismo, lo que demuestra que esta etiqueta por sí sola no implica acuerdo en cuestiones fundamentales. 38 Es importante destacar que ambos polos de estos marcos conceptuales se extienden por todo el mundo. Reproducir estereotipos del estilo de Occidente versus Oriente ciertamente no nos ayuda a socavar la mentalidad imperialista que se caracteriza por la creación de tales opuestos territorialmente definidos.

El hecho es que la posición derrotista revolucionaria, es decir, la negativa a tomar partido por una de las partes en conflicto, no solo está presente entre los anarquistas occidentales, aunque aquí se articula con más fuerza. Sus huellas también se pueden encontrar en la República Checa, Eslovaquia, Rusia, la propia Ucrania y otros lugares de Europa Central y Oriental.

Vemos la búsqueda de contradicciones inexistentes más como un esfuerzo por sacar insidiosamente a algunas personas de la arena del debate internacional y la coordinación práctica de las actividades anarquistas. Basta etiquetar a alguien como condescendiente o sin escrúpulos para llevar a muchos a la conclusión de que no es legítimo debatir con esas personas, y mucho menos cooperar con ellas. Vemos en eso una cierta tendencia a la manipulación.

«No olvidemos que la mejor manera de empujar a las masas hacia la aceptación de la guerra es propagando el miedo a la guerra. Mañana, con algunos ajustes en la propaganda del régimen, este miedo a la guerra se transformará fácilmente en la voluntad y el deseo de aceptar una guerra circunscrita para evitar la guerra total, y quién sabe si aparecerá un nuevo Kropotkin (entre los muchos neo-kropotkinianos que infestan nuestras páginas) y sostienen la necesidad de la pequeña guerra frente a la total. (Después de todo, “lo pequeño es hermoso”»⁶⁵.

Mito 25: Es fácil rechazar la participación en la guerra argumentando desde un lugar seguro al que no llegan las bombas.

Sí, de hecho, es más fácil organizar tu propia visión de la guerra desde una distancia segura que cuando tienes bombarderos volando por encima. Pero, ¿es esta opinión inferior y no debe tenerse en cuenta? ¿Es la opinión de las personas en lugares bombardeados superior a otras opiniones sobre la base de que las personas en una zona de guerra experimentan mayor horror y sufrimiento?

También podríamos decir que es fácil pedir que se suministren más armas al ejército ucraniano y que se apoye a los combatientes de defensa territorial desde la seguridad del hogar de parte de gente que no ha tocado un arma de fuego en su vida y no sería capaz de usarlas si la guerra les encontrara. Vemos y respetamos tales opiniones, incluso si no expresamos nuestro apoyo, porque tenemos una opinión diferente. ¿Por qué debería aplicarse un estándar diferente a las personas que se niegan a elegir bando en una guerra y no piden apoyo a las tropas?

«En nombre de la “liberación nacional”, del “nacionalismo de los oprimidos” o del “antiimperialismo”, la izquierda termina apoyando la guerra imperialista, apoya la matanza organizada y recíproca de las diferentes nacionalidades de la clase obrera bajo “sus” banderas. Históricamente, el ideal quimérico de la “liberación nacional” ha resultado en poco más que el surgimiento de regímenes burocráticos y corruptos, que eventualmente reprimen a los trabajadores una vez que tienen el control de la maquinaria del estado capitalista»⁶⁶.

65 Ver nota 20.

66 Ver nota 16.

Mito 26: Las personas que critican la participación en la guerra desde una distancia segura son poco empáticas y condescendientes porque no escuchan a las personas en el terreno.

Aunque percibimos las tendencias condescendientes de algunas personas, creemos que la etiqueta de condescendiente a menudo se aplica mecánicamente a cualquiera que critique el apoyo del ejército ucraniano a la guerra. La idea es menospreciar, estigmatizar y excluir del debate la voz de los críticos. Esto ocurre sobre todo a las personas de Europa Occidental o de los EE.UU., cuya opinión a menudo no se tiene en cuenta por el mero hecho de que no provienen de Europa Central o del Este. En esencia, dicho mecanismo es en realidad discriminatorio, estereotipado y prejuicioso, a pesar de que sus defensores acusan a otros de hacer precisamente eso.

Decir que estamos en contra de la guerra y nos negamos a tomar partido en el conflicto no significa automáticamente que no nos importe la opinión de la gente en Ucrania y que seamos indiferentes cuando están bajo el fuego de las tropas rusas. De hecho, estamos escuchando a estas personas y vemos que no hay una voz unificada, sino un gran mosaico de muchas opiniones, que a menudo divergen en su misma base. De hecho, las mismas personas que nos acusan de no escuchar, a menudo extraen sólo una tendencia del todo multidimensional e ignoran o minimizan las demás. Intentamos escuchar tantas voces como sea posible, pero sólo apoyamos aquellas que encontramos constructivas. A otros los criticamos y nos negamos a apoyarles. En resumen, percibimos diferentes tendencias y no apoyamos la propaganda de guerra que dibuja a la población ucraniana como una comunidad unida que conjuntamente abraza la guerra.

Algunos de nuestros críticos nos acusan de no escuchar, pero ignoran las voces de la parte de la población que se niega a apoyar al ejército ucraniano y se opone al reclutamiento forzoso de hombres que no quieren luchar. La voz de los desertores ucranianos se ignora, mientras que la voz de los soldados ucranianos se reproduce como si fuera la única que se escucha. Esto se llama propaganda de guerra, no escucha ni empatía. Como se ha escuchado en Kharkov:

«Las personas eligen la mejor solución a su situación. ¿Por qué querrían proteger algo que no les pertenece? Durante 30 años, las autoridades se han estado llenando los bolsillos, ofreciéndose palacios y yates en el extranjero. Dejemos ahora que la élite proteja su propiedad ganada con tanto esfuerzo, mientras que la gente trabajadora la mira desde un lugar seguro en el extranjero. Si la clase dominante no quiere defenderse, ni siquiera manda a sus hijos al frente, entonces ¿por qué debe pelear la clase explotada? Muéstrame algún oligarca (no me importa si es ruso o ucraniano) que haya vendido sus propiedades, se haya armado a sí mismo y a su batallón de guardia, y que ahora personalmente queme tanques en la línea del frente»⁶⁷.

Mito 27: Criticar la resistencia del ejército ucraniano desde fuera de Ucrania es negar a la población ucraniana la autodeterminación y la capacidad de ser un agente de cambio.

No creemos que tengamos ninguna prerrogativa para decidir el futuro de la población ucraniana. Pero tampoco pensamos que se les niega ese derecho cuando alguien critica ciertas acciones que eligen realizar como parte de su autodeterminación. Hablar del derecho a la autodeterminación muchas veces se convierte en un argumento para pasar por alto los horrores que alguien ha elegido. Algunos también lo toman como una justificación para apoyar tendencias reaccionarias que obstaculizan los movimientos emancipatorios. Por eso vemos entonces a algunos anarquistas ofenderse por el hecho de que un Estado no respete la soberanía de otro como si el trabajo de los anarquistas fuese luchar por el Estado y su soberanía. También podemos ver a los mismos anarquistas pidiendo apoyo para esa parte de la población ucraniana que ha decidido luchar y morir por la democracia burguesa. Ellos han elegido esto, dicen, y en eso debemos apoyarlos para no ser irrespetuosos, paternalistas y sin escrúpulos. En resumen, este grupo de demócratas liberales que por alguna razón se llaman a sí mismos anarquistas está dispuesto a apoyar incluso las tendencias más hostiles al anarquismo sobre la base de que debemos respetar la autodeterminación y las opiniones de las

personas que expresan tales tendencias. Si quisieramos trasladar esta perspectiva a la República Checa, por ejemplo, significaría que deberíamos apoyar a la gran parte de la población local que ve la democracia parlamentaria como una forma de defender sus intereses. Antes de cada elección pediríamos su apoyo y enviaríamos recursos a las campañas electorales de los políticos, porque eso es lo que quiere esta gente y no queremos faltarle el respeto a su autodeterminación. Y si alguien de otro país se atreviera a criticar la participación de los trabajadores checos en las elecciones, deberíamos condenarle como arrogante que no escucha a los trabajadores checos y quiere sermonearlos sobre cómo elegir su futuro en función de cierta superioridad cultural. Eso sería absurdo y no compartimos esa perspectiva. Por eso, así como criticamos la participación de los trabajadores checos en las elecciones, criticaremos la participación de los trabajadores ucranianos en la guerra. Si alguien lo llama condescendiente, que así sea. No nos estamos organizando para que todo el mundo piense que somos maravillosos, sino para hacer del mundo un mejor lugar para vivir. Para hacer eso, ciertamente necesitamos vínculos con otras personas, pero no necesariamente con todos y a toda costa. No sucumbimos a la manía por la cantidad que dice que cuantas más personas reúnas, más éxito lograrás. Más bien, nos fijamos en el contenido y con qué propósito se asocian las personas. Las posiciones reaccionarias y contrarrevolucionarias no tendrán nuestro apoyo aunque sean elegidas por la gran mayoría de la humanidad, porque no vemos en esto un camino para avanzar hacia nuestra emancipación.

«Las fuerzas armadas son vulnerables a las fuerzas sociales que actúan en una sociedad más amplia que las engendra. La rebelión en la sociedad civil se filtra a través de la estructura militar hacia las filas de las personas alistadas. La relación entre oficiales y soldados refleja la relación entre jefes y empleados, y surgen dinámicas similares de conflicto de clases en las versiones militar y civil del lugar de trabajo. El ejército nunca es una organización herméticamente sellada. Nuestros gobernantes saben todo esto. Nuestros gobernantes saben que son vulnerables a la resistencia de las masas y saben que su riqueza y su poder pueden colapsar desde

dentro por las mujeres y los hombres de clase trabajadora de quienes dependen. Nosotros también necesitamos saberlo»⁶⁸.

«Digamos también y sobre todo que, por la correlación de fuerzas desfavorable para nuestra clase en este momento o por su derrota tras la revuelta mundial de 2019 hasta el presente, las posiciones del internacionalismo proletario y el derrotismo revolucionario no pueden ser actualmente ofensivas, es decir, susceptibles de presentarse como una alternativa real y llevar a cabo la revolución proletaria mundial, pero pueden ser defensivas. ¿A la defensiva de qué? No de principios abstractos, sino de la vida de carne y hueso de cientos de miles de proletarios de aquellas regiones en guerra. Vidas para ser defendidas por esos mismos proletarios, sin intermediarios ni representantes de ningún tipo»⁶⁹.

Mito 28: Quienes niegan su apoyo a las fuerzas militares ucranianas son, en los hechos, propagandistas del régimen de Putin.

Si miramos las cosas con seriedad, no con el ojo cargado de propaganda bélica, podemos ver un hecho importante: la propaganda bélica y a favor del régimen está presente tanto en el lado ruso como en el ucraniano. Pero no elegimos una propaganda de guerra en oposición a la otra. Nos negamos a escucharlo y difundirlo, venga de donde venga.

El mecanismo de la propaganda de guerra es la selectividad de la información. Ciertas partes del escenario se extraen y se amplían en proporciones increíblemente grandes. Otras partes, a su vez, son disimuladas, invisibilizadas, silenciadas, ridiculizadas y menospreciadas. Aquellos que quieran un ejemplo de tal propaganda sólo necesitan mirar los informes que circulan una y otra vez en algunos medios anarquistas sobre el orgullo de las unidades militares ucranianas donde, sin embargo, no se mencionan los numerosos desertores y opositores a la guerra en la región ucraniana ni las atrocidades innecesarias cometidas por el ejército ucraniano. Rechazamos este tipo de propaganda bélica, así como rechazamos la de los partidarios del régimen de Putin. La agitación contra la guerra no es propaganda a favor de un régimen.

68 Ver nota 10.

69 Ver nota 30.

«De hecho, cuando nos disponemos a luchar contra un enemigo que nos amenaza, debemos preguntarnos qué pretende hacer ese enemigo para tener la mayor cantidad de información que nos permita tomar represalias, defendernos e ir al contraataque. Entonces, me parece, no nos hemos hecho la pregunta fundamental: ¿qué es la guerra? No lo hemos hecho porque todos creemos, de un modo u otro, que sabemos perfectamente lo que es la guerra y que somos bastante capaces de hacer lo que sea necesario para luchar contra quienes pretenden provocarla. Pero nuestras ideas no son tan claras. Que ni siquiera la prensa burguesa tenga ideas claras sobre el tema importa poco porque ciertamente no es de ahí donde encontraremos lo que necesitamos para producir el análisis mínimo requerido para que nuestras acciones sean coherentes y significativas»⁷⁰.

«En las muchas entrevistas con ucranianos en los medios occidentales, nunca escuchas a alguien expresar oposición o incluso dudas sobre la guerra, aunque sabemos, por las redes sociales y nuestras propias fuentes, que existen. Pero según los medios, todos allí están dispuestos a morir por la nación. Sin embargo, Zelensky consideró necesario emitir una prohibición a todos los hombres de 18 a 60 años de edad de salir del país. Todos deben permanecer disponibles como carne de cañón para la patria»⁷¹.

Mito 29: En esta guerra, la democracia debe ganar para evitar que gane el fascismo o se imponga una dictadura.

No hay duda de que el fascismo o una dictadura son un problema. Es sólo que el peor producto del fascismo es el antifascismo. Siempre que se levanta el espectro del fascismo como si fuera el peor de los males, se abre el camino para apoyar otras formas de Estado -como las democráticas- y, en consecuencia, sus crímenes. La unidad antifascista no es otra cosa que la colaboración entre clases, donde los proletarios se confabulan con la burguesía, que, a pesar de la “alianza temporal”, nunca duda en reprimir duramente todas las manifestaciones anticapitalistas y antiestatales. Las movilizaciones antifascistas tienden a justificarse por la necesidad

de enfrentar el totalitarismo, pero lo hacen de una manera que refuerza las características autoritarias de la democracia parlamentaria. Como ha señalado Gilles Dauvé, “el antifascismo siempre terminará aumentando el totalitarismo. Su lucha por un Estado “democrático” implica el fortalecimiento del Estado”.

La democracia parlamentaria puede representar una menor intensidad de violencia de Estado que un régimen fascista, pero no es razón para luchar y morir por la democracia. Aquellos que afirman que la clase trabajadora está más y mejor organizada en una democracia liberal están tan atrapados en sus fantasías que están fuera de contacto con toda realidad. De hecho, el movimiento militante de la clase trabajadora en la democracia a menudo tiende a desvanecerse; es gradualmente absorbido por las estructuras del Estado, que al mismo tiempo no dudan en sofocar cualquier tendencia radical. Es dudoso que la forma democrática del Estado que se ha logrado signifique la desaparición de las tendencias autoritarias del aparato estatal. Permanecerán y se manifestarán cada vez que la clase obrera levante la cabeza y comience a actuar combativamente como una fuerza autónoma organizada. En otras palabras, la democracia liberal nunca será la antítesis o la negación de la dictadura; siempre será una de las formas en que se organiza el orden capitalista totalizador. De hecho, las fuerzas dictatoriales y democráticas están presentes en todos los Estados simultáneamente y no se excluyen mutuamente. Su relación mutua depende de la (no) combatividad de la clase obrera y la (in) capacidad de la burguesía para asegurar el dominio de su clase sobre la sociedad.

El Estado sólo caerá si subvertimos simultáneamente sus tendencias dictatoriales y democráticas. Si nos enfocamos exclusivamente en suprimir una parte, tarde o temprano se restaurará con la ayuda de la otra. No olvidemos que el Estado democrático conserva la capacidad de introducir medidas autoritarias, así como el Estado fascista a veces pacífica al proletariado mediante la cooptación democrática. El dilema de fascismo o democracia es falso. De hecho, los revolucionarios internacionalistas sabemos que sólo tenemos dos opciones ante nosotros: el capitalismo o su superación revolucionaria.

«La fascinación por la “lucha armada” rápidamente fracasa en los proletarios tan pronto como dirigen sus golpes exclusivamente contra

70 Ver nota 20.

71 Ver nota 34.

una forma particular del Estado en lugar de contra el Estado mismo»⁷².

«Si para Rusia la derrota en la guerra significa algunos cambios políticos (al menos un golpe de palacio, y una posible desintegración en partes o pérdida parcial de soberanía), el futuro de Ucrania parece ser muy triste en cualquier caso. Mucho antes de la guerra, a menudo se comparaba a Zelensky con el joven Putin, no sin razón, y como resultado de la victoria, podemos obtener un régimen no menos dictatorial que el ruso. Un ejemplo muy elocuente vino este mes cuando afirmó que las fronteras para los hombres no estarían abiertas hasta el final de la ley marcial [...]»⁷³.

«En resumen, ambos bloques capitalistas-imperialistas actualmente en guerra se jactan de ser “el salvador de la democracia” y acusan a su oponente de ser “un monstruo fascista”, justificando así su belicismo y delirando por repetir los tiempos “gloriosos” de la Segunda Guerra Mundial. Suficiente para darse cuenta de que “democracia vs fascismo” es un falso antagonismo o, mejor dicho, una guerra interburguesa e interimperialista donde los proletarios no son más que carne de cañón. [...] Históricamente, cuando la burguesía dejó de usar la democracia para combatir el avance de la lucha del proletariado, entonces recurrió al fascismo... y viceversa. Lógicamente, aunque no son lo mismo en la forma ni en la intensidad de la violencia que ejerce el Estado de los ricos y poderosos sobre los explotados y oprimidos, en esencia son lo mismo o, para usar una frase vívida, democracia y fascismo son dos tentáculos de un mismo pulpo: la dictadura social del Capital sobre la humanidad proletarizada en todo el mundo. Por lo tanto, como la izquierda y la derecha, la democracia y el fascismo no son opuestos, son complementarios. [...] La izquierda del Capital se opone al fascismo y no a la democracia porque defiende a esta última, es democrática; o mejor dicho, porque es socialdemócrata o reformista, aunque se autodenomine “marxista” (varios leninistas) o “anarquista” (anarquistas liberales)»⁷⁴.

«Otras interpretaciones siguen enfoques diferentes, evaluando al imperialismo ruso como un peligro para toda Europa y más allá. Estas interpretaciones también son avaladas por algunos componentes de orientación libertaria. Sin cuestionar la amenaza que representa el autoritarismo y el militarismo de Rusia, creamos que no será la derrota militar de Rusia en Ucrania lo que evitará un giro autoritario en Europa occidental. Los procesos sociales autoritarios que son evidentemente dominantes en Rusia y en los países de la OTSC (Organización del Tratado de Seguridad Colectiva) también se están dando desde hace años en la Unión Europea, y la guerra los está acelerando. Además, la “democracia” se basa en la condición de privilegio de alguien. La visión que presenta a la Unión Europea como un faro de la democracia, identificando en su lugar a Rusia, China y sus satélites como herederos del totalitarismo con altas dosis de capitalismo salvaje es la quintaesencia de un “occidentalismo” del que nos desmarcamos»⁷⁵.

Mito 30: La declaración “No a la guerra, sino guerra de clases” es una consigna abstracta y poco práctica. Es inútil para la población bombardeada.

El pueblo de Ucrania que está bajo ataque debe hacer frente a la situación de inmediato. Pero están siendo engañados por quienes afirman que la solución es fortificarse en la defensa territorial, es decir, en los mismos lugares donde caen las bombas. Quienes afirman que es necesario aliarse con el ejército ucraniano y poner en peligro nuestras vidas en el frente actúan como manipuladores, y su solución no parece demasiado práctica. El mismo Estado que empuja a los hombres a la guerra les impide salir del país y esconderse de los bombarderos fuera de Ucrania. El mismo Estado ucraniano que señala la agresión del ejército ruso, realiza gestos que muestran una voluntad de escalar el conflicto, incluso a costa de innumerables víctimas más. Porque cuando el Estado se preocupa por su existencia, está dispuesto a sacrificar la existencia de aquellos a quienes go-

72 Gilles Dauvé, *Fascism/Antifascism*: <https://libcom.org/article/fascismantifascismgilles-dauve/>

73 Ver nota 5.

74 Ver nota 30.

75 Ver nota 58.

bierna. En tal situación, el esfuerzo por transformar una guerra interimperialista en una guerra de clases no es una ideología abstracta, sino una cuestión de vida o muerte. Y esto no es sólo una cuestión de supervivencia de la población ucraniana, sino de toda la humanidad. No se excluye la posibilidad de una tercera guerra mundial, ni el despliegue de un arsenal nuclear extremadamente destructivo.

«La cuestión es que no hay capitalismo sin guerra, más aún en tiempos de crisis, sobre la que no vaya a desenmascarar este sistema su carácter violento y catastrófico. Y, en el contexto de la actual crisis capitalista, es posible una Tercera Guerra Mundial, que, por cierto, no sería el tipo clásico de guerra, sino un nuevo tipo de guerra: “híbrida”, fragmentada, escalonada y, lo peor de todo, nuclear y devastadora. A esto se suma la actual crisis ecológica mundial. Poniendo así a nuestra especie en grave riesgo de extinción. Por razones tan apremiantes, las consignas para transformar la guerra imperialista en guerra de clases ya no son abstractas, sino concretas y urgentes. Se trata de comunismo o extinción, de defender y regenerar la vida de la humanidad proletarizada que vive en el planeta Tierra»⁷⁶.

Mito 31: La iniciativa antimilitarista debe estar dirigida a derrotar el militarismo del ejército ruso.

Esta posición es legítima en esencia, pero el problema es que es sólo una parte de una verdad más compleja. La otra parte es que la iniciativa antimilitarista debería estar igualmente dirigida a derrotar el militarismo del ejército ucraniano y cualquier otro ejército estatal. El antimilitarismo es una posición basada en la oposición a todos los ejércitos del Estado y sus guerras. Tal oposición exige a los antimilitaristas no elegir un bando en las guerras entre Estados. En otras palabras, no luchar contra el militarismo de un Estado apoyando el militarismo de otro, que es exactamente lo que sucede cuando algunas personas se enfrentan al militarismo del ejército ruso en términos de apoyo al militarismo del ejército ucraniano. Por mucho que lo envuelvan en frases populistas sobre apoyar la “autodefensa del pueblo”, están defendiendo planteamientos militaristas porque las unidades que combaten en

Ucrania forman parte de las estructuras del ejército ucraniano y están bajo el mando de las autoridades del Estado. No cabe sugerir su autonomía y ciertamente tampoco el militarismo subvertido. Son militaristas, cosa que no pueden cambiar los soldados poniéndose logos negros y rojos en sus uniformes ni emitiendo comunicados llenos de frases antiestatales.

La posición antimilitarista no se basa, con excepciones estrictamente pacifistas, en una negativa a resistir la agresión de guerra. Simplemente prefiere una forma diferente, no militarizada, de organizar esta defensa. Los anarquistas, por ejemplo, tienen una gran experiencia en la lucha armada fuera de las estructuras del Estado y los ejércitos. Esta lucha tiende a ser militante, pero no militarizada. Sin embargo, cada vez que los anarquistas decidieron subordinar sus tropas y milicias a la lógica del ejército, acabaron cayendo en una trampa que luego significó su derrota. Un triste ejemplo se puede ver en la militarización de algunas milicias de la CNT-FAI durante la revolución en España de 1936-1939. Ese tiempo fue contradictorio, como lo es este, e incluso entonces hubo también, además de partidarios de la militarización, antimilitaristas consecuentes que no tuvieron problemas para tomar las armas, pero se negaron a aliarse con una u otra facción de la clase dominante y someterse a la lógica militar.

«Todo el mundo odia la guerra. Sobre todo las personas que envían a otras personas a morir en el campo de batalla. Afirman aborrecerlo pero que, por desgracia, se ven obligados a hacerlo. Los otros están invadiendo nuestros cotos de caza tradicionales. Los otros están invadiendo una nación “soberana”. ¡No tenemos opción! Debemos defendernos. ¿De qué “nosotros” eres parte? La propaganda implacable de ambos bandos empuja a todo el mundo a elegir un bando, a convertirse en un participante activo o en un animador de la guerra. [...] El término “crimen de guerra” sugiere que hay dos formas de hacer la guerra: una civilizada y una criminal. Si alguna vez hubo una diferencia entre los dos, ésta fue borrada por los avances en la tecnología militar. [...] Cuanto mayor es la fuerza destructiva que despliega cada bando, mayor es el “daño colateral” a la población civil. Cuanto más se intensifica la guerra en Ucrania, más se

76 Ver nota 30.

destruyen las vidas de los ucranianos comunes, más se convierte el país en una ruina»⁷⁷.

«En los últimos años, algunos grupos e individuos han trazado paralelismos entre la revolución social española de 1936 a 1939 y la llamada “Revolución de Rojava”. Esto ahora también está ocurriendo con la participación de los llamados anarquistas en la guerra entre la Federación Rusa y el Estado ucraniano. Por nuestra parte, nunca hemos utilizado este paralelismo, porque no tiene sentido histórico ni en relación con el anarquismo. Este paralelismo se traza para justificar la participación de los anarquistas, ya sea a nivel individual o colectivo, en las guerras del capitalismo para defender una facción del capital. Incluso durante la revolución social iniciada en 1936, hubo muchas voces en el campo revolucionario que se oponían a la militarización de la revolución, así como a la formación de un ejército popular. Por mucho que se falsifique y se tuerza la historia según las propias necesidades, sigue siendo una falsificación. Las masas de entonces en España no luchaban por la democracia, la república, todos los instrumentos de dominación del capital, sino por su abolición»⁷⁸.

«Para nosotros, el ejército es una parte integral del fascismo. El ejército es el instrumento característico del autoritarismo. Abolir el ejército es abolir la posibilidad de opresión que ese mismo ejército ofrece al pueblo. [...] Proclamamos lo más alto posible, y a pesar de todo, que somos antimilitaristas. [...] No queremos un Ejército Nacional. No queremos que desaparezcan las Milicias Populares, que encarnan la voluntad del pueblo: sólo ellas pueden defender la libertad»⁷⁹.

Ambos lados de esta guerra nos dan asco: en lugar de posicionarnos en un lado de esta guerra, nos oponemos a todos los ejércitos estatales y sus guerras. Aborrecemos no sólo sus masacres, sino también su obediencia ciega, el nacionalismo, el hedor de los cuarteles, la disciplina y jerarquías. Sin embargo, oponernos a cualquier forma de militarismo y estado no significa que nos opongamos a tomar las

77 Ver nota 34.

78 Extracto del texto publicado en alemán: *Milizionäre, ja! Aber Soldaten, niemals! – Spanische anarchistische Milizen* (1936) [Milicianos, ¡sí! Pero soldados, ¡nunca! - Las milicias anarquistas españolas (1936)]: <https://panopticon.blackblogs.org/2022/08/21/milizionaire-ja-abersoldaten-niemals-spanische-anarchistische-milizen-1936/>

79 A. and D. Prudhommeaux, Catalogne Libertaire 1936-1937, [in French]: https://archivesautonomies.org/IMG/pdf/spartacus/spartacus/cahier_smensuels/cahiersmensuels-1946-prudhommeaux.pdf

80 Ver nota 14.

armas. [...] Queremos oponernos a la guerra entre dos estados con nuestro antimilitarismo: un movimiento antibelicista que no se refiere a la solidaridad con una nación o un estado, sino al rechazo a cualquier guerra de estado. No importa en qué territorio estatal vivamos, podemos desbaratar, desertar y sabotear la propaganda, la logística y la lógica de la guerra: tirando una llave a la maquinaria de movilización nacional y continental, despreciando cualquier mentalidad de cuadros y reclutamiento, atacando el rearme interno y la militarización, sabotear las líneas de suministro militar y bloqueando la industria armamentística⁸⁰.

¡Proletarios "en el frente interno"! ¡Camaradas!



En muchas partes del mundo, el capitalismo está reactivando su maquinaria bélica principal para masacrar a miles y miles de proletarios. Se les bombardea y acrilla sin tregua, se les mata deliberadamente de hambre y se les priva de agua, se les obliga a dispararse, apuñalarse o gasearse en las trincheras, se les viola, tortura y mutila ...

Cuando nuestra clase se enfrenta a esta carnicería, a esta horrible intensificación de la inhumanidad de la sociedad capitalista, ¡su única reacción es negarse a someterse a ella! Esto nos sale de las entrañas y al mismo tiempo es la expresión de nuestros intereses históricos de clase.

Por eso, poco después del comienzo de la guerra en *Ucrania*, empezaron a aparecer "incidentes" a ambos lados del frente. Los soldados de ambos ejércitos intentan cada vez más escapar al reclutamiento y evitar ser enviados al frente. Se esconden cuando pueden, y si son reclutados a la fuerza en unidades militares, intentan escapar y abandonar sus posiciones a la primera oportunidad. La situación ha llegado tan lejos que los generales *ucranianos* se quejan de la "desintegración total de la disciplina del ejército". Lo mismo está ocurriendo, aunque desgraciadamente a menor escala, en otros conflictos interburgueses en *Oriente Medio*, *Sudán* y otros lugares. Tanto en *Ucrania* como en *Rusia*, oficiales del ejército y reclutadores militares han sido atacados por sus "propias" tropas.

Pero, ¿qué podemos hacer nosotros, como proletarios que vivimos en los territorios "pacíficos" del "frente interno", para apoyar concretamente la lucha de nuestros hermanos de clase uniformados que se rebelan contra la guerra capitalista y vincularla concretamente a nuestras propias luchas? ¿Aunque tengamos la suerte de vivir lo suficientemente lejos de la "zona de la muerte" como para no sufrir los bombardeos, los misiles, la ocupación militar o la presencia de bandas ambulantes de matones de las "unidades especiales"?

Nuestras vidas siguen viéndose afectadas a diario por los recortes del "gasto social", el deterioro de las condiciones laborales y la intensificación de la explotación, la subida de los precios de la vivienda, los alimentos, la energía y otros medios de supervivencia, el aumento del control social y la represión y la militarización general de la sociedad.

Por supuesto, esto no es nada nuevo; también conocemos esta miseria en tiempos de "paz" capitalista y luchamos contra ella con la misma intensidad. Pero durante la guerra o los preparativos intensivos para la guerra, el capital y su Estado deben concentrar una parte cada vez mayor de la producción en lo que se conoce como "economía de guerra". Es decir, producir rápidamente armas, municiones y vehículos militares, combustible, raciones alimenticias, etc. para gastarlos con la misma rapidez en el proceso de masacrar a los proletarios, es decir, ¡al resto de nosotros! Y como cada Estado tiene que hacer esto más rápidamente y a mayor escala que el "enemigo", esto crea una inmensa presión para hacernos trabajar cada vez más arduamente, por más tiempo y con menos medidas de seguridad, etc. Al mismo tiempo, el Estado tiene que redoblar su propaganda a favor de la nación y de la santidad de "la Patria", "la democracia" y "la libertad" para convencernos de que nos sacrificaremos por los intereses del Capital, los cuales nunca pueden ser los nuestros.

La primera respuesta a la pregunta de qué hacer es: ¡rebelarnos contra nuestra propia explotación!

Mediante huelgas, ocupaciones, bloqueos y sabotajes de autopistas y ferrocarriles, saqueos de mercancías y su redistribución entre la clase, etc. en tiempos de guerra, atacamos la producción, valorización y reproducción del Capital necesario para el esfuerzo bélico. Pero también, al afirmar nuestros intereses de clase en oposición a los intereses de la clase dominante, ¡desbaratamos su cuento de hadas de la “unidad nacional”! Nuestros enemigos de clase también tendrán que enviar más policías y soldados para intentar reprimir nuestras luchas – y no podrán ser utilizados para ahuyentar a los desertores y refugiados, para imponer la movilización, para vigilar las fronteras... y

su lealtad al Estado no es un hecho. Después de todo, los motines en el ejército *ruso* en febrero de 1917 se desencadenaron cuando los soldados recibieron órdenes de sus oficiales de reprimir a los trabajadores en huelga en Petrogrado.

Para que nuestro ataque a la maquinaria bélica sea directo y eficaz, debemos concentrar nuestra actividad subversiva en varias áreas:

★ Desorganización de la infraestructura militar, como almacenes de municiones, ferrocarriles, puertos, aeropuertos y las carreteras utilizadas para llevar tropas y equipo militar a los frentes.

Podemos inspirarnos en nuestros hermanos y hermanas proletarios de los colectivos que han estado saboteando los ferrocarriles en *Bielorrusia* y *Rusia* desde el comienzo de la guerra para impedir el transporte de suministros militares al frente.

Los estibadores de Génova y Trieste en *Italia* y del Pireo en *Grecia* también bloquearon el envío de armas y municiones a *Ucrania*, *Israel* o para los bombardeos *estadounidenses* en *Yemen*.

★ Perturbación del reclutamiento militar, la conscripción y la “busificación” de reclutas para el frente. Tanto en *Ucrania* (*Transcarpatia*, etc.) como en *Rusia* (*Daguestán*, etc.), los cerdos y las patrullas militares que vienen a detener a los hombres reclutados a la fuerza se enfrentan a sus familiares y amigos enfadados.

Si vivimos en países más alejados del frente, el Estado ha utilizado hasta ahora o bien tácticas de reclutamiento “voluntario” y de manipulación nacionalista, como los programas de educación patriótica llevados a cabo en *Francia* y *Polonia*, por ejemplo, o bien planes de servicio militar obligatorio. Si buscamos inspiración sobre qué hacer, señalemos la larga tradición de protestas y disturbios contra los reclutadores militares y los “asesores de carreras militares” en las universidades *estadounidenses*, que se remontan a las llamadas guerras de *Vietnam* y del *Golfo* y llegan hasta la reciente guerra de *Gaza*.

¿Por qué los reclutadores militares, los propagandistas nacionalistas o los buenos ciudadanos que delatan para el Estado y denuncian la resistencia de clase antimilitarista – aquellos que nos obligan a sacrificarnos por el “bien de la nación” –, por qué a estos compinches se les debería permitir vivir sus vidas en paz y con seguridad?

¡Tratémoslos como nuestro movimiento de clase ha tratado siempre a los soplones y esquirolas! ¡Los chivatos no duran mucho tiempo!

★ ¡Ayudemos a escapar a los desertores, escondámoslos y pasémoslos de contrabando a través de las fronteras, pero también organicemos nuestra lucha con ellos! Ya existen redes en *Rusia* y *Ucrania* que ayudan a los soldados a escapar del ejército, y tenemos que vincularlas con nuestras propias redes de lucha. Eso significa contactos seguros, teléfonos seguros, hogares seguros, recaudación de fondos...

La historia de la lucha de clases nos muestra que la única manera de oponerse realmente a la guerra capitalista, no a favor de continuar nuestra miseria en la paz capitalista, sino por la destrucción de toda la sociedad de miseria y explotación, y por lo tanto por el fin de todas las guerras, ¡es cuando la revuelta de los proletarios en el frente y la lucha de los que están en el “frente interno” se unen prácticamente!

Recordemos la experiencia de los proletarios en Irak durante la llamada primera guerra del Golfo de 1991, cuando los desertores del ejército, muchos de los cuales habían conservado sus armas, se reunieron tanto en los humedales del sur como en las montañas del norte, ¡donde organizaron con militantes obreros la insurrección contra el Estado!

Frente a la catástrofe capitalista mundial, ¡la revolución es nuestra única perspectiva!

¡Volvamos nuestras armas contra “nuestros propios” explotadores y “nuestros propios” generales!

¡Luchemos juntos contra la guerra capitalista y contra la paz capitalista!

¡Transformemos la guerra capitalista en una insurrección de clase mundial por el comunismo!

INSURRECCIÓN PROLETARIA EN UCRANIA (1918-1921)

0. Presentación

El texto que presentamos a continuación es el resultado más reciente de un largo proceso de discusión y reappropriación de la experiencia del movimiento insurreccional en Ucrania (1918-1921). Este trabajo no nace de una curiosidad histórica, sino de una necesidad militante: cada dificultad del presente nos empuja a volver al pasado, confrontando experiencias pasadas con los problemas concretos que hoy se abren ante el proletariado. Es desde esta dinámica viva —y no desde una mirada arqueológica— que los revolucionarios buscan extraer lecciones útiles para la lucha actual.

Esta orientación ya guiaba, a comienzos de los años noventa, la primera versión del texto *Insurrección proletaria en Ucrania* en *Communisme* 35 (enero de 1992), donde el Grupo Comunista Internacionalista retomaba, ampliaba y reelaboraba un viejo trabajo titulado “*La majnovschina*”. Ese texto formaba parte de un esfuerzo más amplio de clarificación sobre la revolución y la contrarrevolución en Rusia, y en general sobre el periodo 1917-1923. También entonces operaba la misma tensión: las preguntas que planteaba la lucha presente obligaban a volver sobre el pasado y fijar la atención en algunos aspectos, y ese retorno abría nuevos conocimientos que aportaba directrices prácticas.

Lejos de agotarse tras la publicación de ese y otros materiales, el proceso de reappropriación tuvo nuevos bríos durante los años posteriores. Nuevas críticas, investigaciones, aportes y discusiones —alimentadas por nuevas generaciones y compañeros— enriquecieron la comprensión de aquel ciclo histórico y permitieron delimitar mejor algunos aspectos. Cada profundización en la crítica a la sociedad actual abría nuevas preguntas hacia atrás, y cada exploración del pasado iluminaba aspectos que emergían en el presente.

En los últimos años hemos experimentado fuertemente esta determinación, que emana de nuestra existencia como sujeto histórico, ante el avance vertiginoso de la guerra imperialista y la puesta a la orden del día del derrotismo revolucionario. Una vez más, las exigencias del presente nos llevaron a regresar críticamente al pasado, a momentos donde

nuestra clase se encontró y respondió a la generalización de la carnicería imperialista. Y ese retorno nos condujo a prestar más atención a la Ucrania de 1918-21, profundizando en la labor de reappropriación acumulada. El texto que hoy publicamos cristaliza ese proceso y representa, a nuestro entender, un material de una tremenda actualidad y un salto cualitativo en la reappropriación programática de la lucha de nuestra clase por la revolución social.

Esta reappropriación se desarrolló siempre en interacción directa con discusiones sobre otros momentos insurreccionales y sobre cuestiones centrales de la actualidad: el derrotismo revolucionario, la dimensión “militar” de la insurrección, los problemas organizativos, las dificultades que surgen en los territorios donde la insurrección se impone, la tendencia a trivializar ciertos límites de nuestras luchas, la separación ideológica entre anarquismo y comunismo, entre muchas otras. No se trata solo del trasfondo del trabajo: estas discusiones atraviesan explícitamente el contenido del texto, formando parte de su estructura misma de clarificación.

El pasado interactúa permanentemente con el presente, y la comprensión profunda de la confrontación histórica entre revolución y contrarrevolución traza orientaciones decisivas para las luchas actuales y futuras del proletariado. Como hemos insistido en varias ocasiones, el proletariado es un sujeto histórico-mundial; por ello, su lucha lo obliga a hurgar en su propia historia para reconocerse en su lucha revolucionaria. Frente a una dinámica capitalista de desarrollo incesante de las fuerzas productivas que pretende relegar el pasado a una vitrina en el museo de la historia, quienes se ven arrojados a la confrontación social vuelven inevitablemente la mirada atrás y reorganizan en su práctica cotidiana las lecciones de sus derrotas, transformándolas en una fuerza decisiva para consumar la victoria.

Por lo tanto, el siguiente texto no tiene nada que ver con una labor escolástica propia de historiadores o nostálgicos incurables, es la expresión viva de una comunidad de lucha que se sabe sujeto histórico, es un retorno consciente al pasado para contribuir a abrir en el presente la brecha de la ruptura.

1. Advertencia metodológica

Lejos de considerar los distintos focos revolucionarios que tuvieron lugar durante la fase de 1917-1923 como fenómenos aislados, los comprendemos como momentos diversos que forman parte de una misma dinámica: articulaciones de una única tentativa revolucionaria. Nos resulta metodológicamente imposible separarlos para extraer de cada uno lecciones distintas, bajo el pretexto de que existirían diferencias objetivas o subjetivas entre ellos, tal como hacen las diversas escuelas izquierdistas que encuentran en estos acontecimientos la justificación de sus posiciones contrarrevolucionarias.

Más aún —aunque no sea este el lugar para desarrollarlo en detalle—, las distintas fases y episodios revolucionarios que, desde el nacimiento del capitalismo, irrumpen periódicamente y se ven interrumpidos por prolongadas fases de contrarrevolución, constituyen manifestaciones de un mismo proceso histórico: el proceso histórico de constitución del proletariado en clase, y, por tanto, en partido.

Desde esta perspectiva, todas las derrotas sufridas forman parte integrante de dicho proceso, pues en su dinámica contradictoria de afirmación, el proletariado las asimila para superar los límites que ellas mismas contienen. Lo objetivo y lo subjetivo se presentan en este movimiento histórico bajo una

48

forma unitaria, como aspectos que se implican y determinan recíprocamente.

Por consiguiente, no debe sorprender la existencia de diversas similitudes entre nuestros diferentes textos dedicados a estas luchas. Es completamente coherente que la descripción de las fuerzas que conformaron el movimiento revolucionario en aquel período presente un conjunto de rasgos comunes en Rusia, Alemania, Hungría, Bélgica, Inglaterra, Argentina, Ecuador o India (y, aunque algo desfasada en el tiempo, también en España durante la década de 1930), así como en muchos otros lugares del mundo.

En nuestros materiales hemos insistido reiteradamente en los momentos de ruptura con el nacionalismo, el politicismo, el sindicalismo y la democracia, entre otros fundamentos de la sociedad burguesa. Del mismo modo, hemos intentado mostrar en cada ocasión cómo nuestra clase logró organizarse como fuerza unitaria en torno a minorías revolucionarias procedentes de diferentes “familias” políticas, cristalizando la determinación a constituirse en partido comunista. Este proceso de organización en partido desembocó en los esfuerzos por formalizar una única fuerza centralizada e internacional que agrupara al conjunto de esas minorías, expresión histórica de la tendencia del proletariado a unificarse más allá de toda frontera y particularismo.

La paramnesia constituye una constante entre los ideólogos de la llamada “memoria proletaria”. Entre ellos se cuentan aquellos obsesionados y anclados en el papel subjetivo del partido bolchevique, al que conciben como el actor único y monolítico de la revolución rusa, cuando en realidad este estuvo siempre atravesado por tendencias y expresiones contradictorias —como el Grupo Obrero de Miasnikov— y, por lo general, se situó a la zaga del movimiento revolucionario real, que se manifestaba en niveles muy diferentes.

Sus argumentos, tan lamentables como recurrentes, suelen apoyarse en una falsa dicotomía entre una Rusia “campesina”, que supuestamente no habría superado la etapa feudal, y una Alemania “industrial, capitalista y moderna”, dotada de un poderoso proletariado, pero “desgraciadamente sin un partido como el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso”. La conclusión a la que llegan dirige su política: “¡Construcción de partidos bolcheviques por doquier!”.

En el extremo opuesto, tras haber visto cómo el partido bolchevique se erigía en defensor a ultranza del capitalismo durante la revolución en Rusia, los consejistas y antiautoritarios reducen su solución a un rechazo abstracto de toda forma de centralización. En su lugar, depositan una fe ciega en la horizontalidad y la democracia directa —que en la práctica no son sino formas de parlamentarismo obrero—, elevándolas a panacea universal frente a todo desvío contrarrevolucionario. De ese modo, descartan la necesidad de organizar de forma despótica la violencia revolucionaria, condición indispensable para poner fin al infierno cotidiano que impone la dominación capitalista.

Pero si los numerosos focos de lucha de estos años cruciales (1917-1923) contienen muchas similitudes en cuanto a sus fuerzas, lo mismo podemos decir respecto a sus debilidades: internacionalismo lastrado por una práctica que gravita en torno a organizaciones nacionales y se materializa formalmente como suma de las mismas; contraposición limitada con la democracia que permite su adaptación bajo formas diferentes como “parlamentarismo revolucionario” o democracia “directa”, ruptura parcial con la reproducción de la relación social capitalista en las experiencias revolucionarias, que se refleja en la subsistencia de la producción de valor... El conjunto de estas debilidades expresa un límite general: **la falta de ruptura con la socialdemocracia.** El proceso de constitución del proletariado en clase, y por tanto en partido, encuentra así límites objetivos que conducen a que las tentativas del proletariado de imponer su dictadura, la dictadura del proletariado, la dictadura contra el capital, acabe naufragando.

La metodología metafísica que escinde los elementos objetivos de los subjetivos, no puede comprender las relaciones dinámicas de una totalidad compleja en el que ambos elementos se retroalimentan; la correlación objetiva de fuerzas integra y depende de la estructuración y la conciencia de las fuerzas contrapuestas, es decir, de los elementos subjetivos. De la misma forma los factores subjetivos vienen determinados por unas condiciones materiales de existencia objetivas. Y esta compleja dinámica interactúa consigo misma en un amplio desarrollo histórico. Es el ABC de nuestra metodología totalmente a contracorriente. No se trata de contemplar e interpretar el mundo objetivo «tal como es», a modo del materialismo vulgar, sino concebir toda correlación de fuerzas objetivas, en tanto que prácticas humanas, subjetivas, revolucionarias y contrarrevolucionarias. La conciencia es una fuerza material que forma parte integral de la realidad; los hombres no están determinados de manera externa y unilateral por el medio, lo que implicaría concebir la conciencia como un simple receptáculo contemplativo.

La práctica social crea y transforma el medio y también la conciencia del mismo. De ahí que **todo balance de una lucha requiere estudiar cómo la debilidad objetiva del proletariado se expresó como práctica subjetiva**, voluntaria, humana. Estamos a las antípodas de aquellos que no van más allá de “faltó el partido”, o de quienes reducen la

explicación a que “el capitalismo y sus antagonismos no estaban suficientemente desarrollados”.

«El defecto fundamental de todo el materialismo anterior —incluido el de Feuerbach— es que sólo concibe las cosas, la realidad, la sensoriedad, bajo la forma de objeto o de contemplación, pero no como actividad sensorial humana, no como práctica, no de un modo subjetivo. De aquí que el lado activo fuese desarrollado por el idealismo, por oposición al materialismo, pero sólo de un modo abstracto, ya que el idealismo, naturalmente, no conoce la actividad real, sensorial, como tal. Feuerbach quiere objetos sensoriales, realmente distintos de los objetos conceptuales; pero tampoco él concibe la propia actividad humana como una actividad objetiva».

Karl Marx.
Tesis sobre Feuerbach

49

Cuando afirmamos que la debilidad radica en la falta de ruptura con la socialdemocracia, no nos referimos a la socialdemocracia *formal*, entendida —como hace la concepción dominante— únicamente como el cortejo de partidos federados en la II Internacional. Tampoco aludimos a una mera interpretación ideológica de la realidad, sino más allá de denominaciones o banderas, al conjunto de fuerzas sociales cuya práctica y contenido expresan la afirmación misma de la contrarrevolución, revestida con la particularidad de presentarse bajo la forma de un programa —burgués— destinado al proletariado.

En la práctica, la socialdemocracia agrupa de manera concreta a las fuerzas más capacitadas para gestionar el Capital en los momentos críticos, cuando el proletariado logra inclinar a su favor la correlación de fuerzas entre las clases. Su función es entonces movilizar al proletariado en torno a un proyecto que no le pertenece, al tiempo que desactiva su lucha, vaciándola de toda sustancia revolucionaria.

En este sentido, la socialdemocracia es el veneno contra el que el proletariado siempre ha luchado en el seno de sus propias organizaciones, estructuras y asociaciones, independientemente de las banderas. Este combate sin cuartel se ha reflejado más allá de

cualquier etiqueta —“marxista”, “antiautoritaria”, “socialista”, “sindicalista-revolucionaria”, “anarquista”, “comunista”, “bolchevique”, “libertaria”, “socialista revolucionaria” — en la confrontación, a menudo armada, que también tiene lugar al interior de los propios grupos proletarios, sin atender a las denominaciones que los separan.

En efecto, es **la frontera entre revolución y contrarrevolución** lo que constituye la separación fundamental, esencial, entre **el mundo del salario y el comunismo**, y no un formalismo denominativo en el que la bandera clasificaría mecánicamente a unos en un campo y a otros en el otro. Ni la etiqueta ni la bandera representan garantía alguna de una verdadera práctica revolucionaria.

Así, muchos de los que llamaron a romper con la II Internacional reprodujeron su programa de manera íntegra bajo otros colores. Este fue el caso, por ejemplo, de Lenin y otros militantes bolcheviques quienes después de haber participado —en mayor o menor medida— en el desarrollo de la revolución en Rusia, dirigieron el proceso de ruptura con la socialdemocracia de vuelta al recinto del programa socialdemócrata, llegando en última instancia a asumir decisivamente la reconstrucción local del Estado capitalista.

De manera similar, otros sectores que se oponían a la ideología marxista —consolidada tras la derrota del ciclo 1862-71 como factor de integración de los proletarios en su propia reproducción como explotados— acabaron presos en otra nefasta concepción: el antiautoritarismo. El federalismo que le es inherente, al rechazar la centralización como principio, refleja la fragmentación característica de la producción mercantil capitalista, al defender la autonomía de la unidad productiva sobre la cual se desarrolla el valor.

La ironía de historia es que este **desdoblamiento ideológico del movimiento unitario del proletariado** —por un lado cristalizado en el marxismo, por el otro en el antiautoritarismo— se ha mantenido hasta nuestros días como sinónimos de comunismo y anarquismo respectivamente. Esta identificación se reforzó porque, en distintas épocas, las propias formas históricas de denominar nuestro movimiento fueron asociadas por los revolucionarios con aquellas ideologías (comunismo con marxismo, anarquismo con antiautoritarismo). Como consecuencia, no solo estas ideologías han pesado sobre la práctica revolucionaria, sino que han oscurecido la verdadera

frontera entre revolución y contrarrevolución. Se trata de uno de los perversos legados transmitidos tras la derrota de la fase revolucionaria 1862-1871.

Para nosotros, conviene dejarlo claro, anarquismo y comunismo —y si se quiere, también socialismo— no son más que distintas formas de nombrar una misma realidad: el movimiento revolucionario del proletariado.

Este recordatorio e insistencia resulta fundamental si queremos abordar con rigor las lecciones del movimiento insurreccional en Ucrania. Efectivamente, existió una división entre dos polos ideológicos: por un lado, aquellos que, autodefiniéndose “anarquistas”, respaldaban la llamada *majnovschina*, enmascarando con frecuencia sus verdaderas fortalezas y promoviendo sus debilidades; por otro, los autoproclamados “marxistas”, quienes, cuando no defendieron abiertamente, junto a Lenin, que el desarrollo del capitalismo era el camino más adecuado hacia el comunismo, se negaron en su mayoría a abrir los ojos ante la reconstrucción del capitalismo en Rusia bajo la dirección de los bolcheviques. Esta ceguera implicaba, a su vez, la negación de que el movimiento en Ucrania constituyera un momento de ruptura revolucionaria de nuestra clase. Ambas familias contribuyeron así a disfrazar y oscurecer el contenido revolucionario del movimiento en Ucrania.

Por parte de los ideólogos bolcheviques y sus herederos, toda la representación de la sociedad se nutre de viejos estribillos socialdemócratas, como los encontramos en los desvaríos sociológicos de Lenin. De ahí la célebre distinción entre “obreros” y “campesinos”, que el Estado bolchevique debe “unir” bajo el emblema de sus respectivas herramientas de *tripalium*, para la mayor gloria de la explotación asalariada y la productividad capitalista. Este “campesinado”, definido por naturaleza como pequeño burgués, se consideraba asociado a la defensa de la “pequeña producción mercantil” —uno de los cinco “modos de producción” que la fértil imaginación científica de Lenin identificó en Rusia—, y por tanto, a los intereses de los “kulaks”, propietarios enriquecidos opuestos al movimiento revolucionario. En cuanto a aquellos que reconocemos como proletarios revolucionarios e insurgentes, simplemente se les acusa de bandidos y saqueadores contrarrevolucionarios, un estribillo cínico y siniestro que la historia nos ha mostrado en múltiples ocasiones.

La burguesía puede entonces hacerse cargo de la historia: una vez más impone su metodología vulgar

que busca “buenos” y “malos”, masas ciegas y dirigentes autoritarios. Consigue así reducir la lucha proletaria en Ucrania a una guerra entre bolcheviques y majnovistas, o peor aún, a una confrontación entre comunistas y anarquistas, ensombreciendo el verdadero contenido de ese profundo choque: un enfrentamiento entre revolución y contrarrevolución. En los hechos, ese combate se jugaba entre, por un lado, el **Ejército Rojo** que luchaba por la defensa del Estado capitalista ruso en plena recomposición y, por otro, el **Ejército Insurreccional Revolucionario** nacido de la lucha de los proletarios en Ucrania.

Pero aún hay más. La complejidad no se limitaba a la confrontación externa. El enfrentamiento entre revolución y contrarrevolución también se manifestaba al interior del propio Ejército Insurreccional. Por ejemplo, algunas de sus expresiones defendieron formar un frente con determinados ejércitos burgueses en determinados momentos, mientras que otras se opusieron a ello. De igual manera, esta contradicción revolución-contrarrevolución estaba presente tanto en los bolcheviques —véanse las llamadas “izquierdas comunistas” que surgieron en su seno— como entre quienes se reclamaban anarquistas, como demuestra la lucha entre anarco-comunistas, individualistas y otros intelectuales socialdemócratas que participaron en el movimiento.

Reproducimos, a modo de ejemplo, el comentario de Archinov —uno de los protagonistas de la insurrección en Ucrania— sobre el indiferentismo mostrado por buena parte de quienes, en aquel momento, reclamaban la bandera de la anarquía en Rusia:

«La mayoría de los anarquistas rusos que habían pasado por la escuela teórica del anarquismo se mantuvieron al margen, en círculos aislados que no tenían razón de ser en aquel momento; tratando de profundizar en la naturaleza de este movimiento [la insurrección en Ucrania] y permaneciendo inactivos, consolando sus conciencias con la idea de que el movimiento no parecía ser puramente anarquista».

Y más adelante, sobre los individualistas que se reclaman del anarquismo, comenta:

«Pero aquellos que no tienen pasión por la Revolución, que piensan ante todo en las ma-



nifestaciones de su propio ‘yo’, entienden esta idea [la liberación del individuo] a su manera. Siempre que se trata de organización práctica, de ser la responsabilidad, se refugian en la idea anarquista de la libertad individual y, basándose en ella, intentan eludir toda responsabilidad e impedir toda organización»¹.

La polarización entre “anarquistas” y “comunistas” como visión de la historia es el resultado del triunfo de la socialdemocracia. En el caso que nos ocupa, el tipo de crítica que amalgama el movimiento social anarquista del proletariado en Ucrania con la socialdemocracia pintada de negro —fundada en la pseudocrítica marxista contra los “anarquistas”— complementa perfectamente la crítica vulgar y opuesta de los “anarquistas” hacia los “marxistas”. Esta última, al extenderse a todo aquel que se autodenomina de esa manera, equivale a meter en el mismo saco a los revolucionarios que se identifican como “marxistas” junto con el marxismo transformado en una rama de la Economía Política o en una doctrina de Estado perfectamente integrada, gracias a la labor de los partidos socialdemócratas, especialmente los alemanes y rusos.

Frente a este embrollo, es fundamental reafirmar claramente que la verdadera frontera que delimita el proyecto revolucionario del proyecto capitalista no tiene nada que ver con las denominaciones: no se trata de “anarquismo” contra “comunismo”, sino

1 Archinov, *Historia del Movimiento Majnovista*. 1921

de lucha proletaria contra el desarrollo del Capital, de revolución y contrarrevolución².

A la socialdemocracia le importa un bledo las etiquetas, digan lo que digan los partidarios del formalismo ideológico, y no hay bandera tras la que no se haya refugiado. En este sentido, el movimiento comunista —el movimiento real y práctico por la abolición del orden establecido— cuenta como enemigos mortales tanto a los belicistas Kropotkin y Kautsky, como a los ministros Béla Kun en Hungría o Federica Montseny en España.

Que se nos entienda bien. Al abordar este fragmento de la historia de la lucha de nuestra clase, que constituye la insurrección del proletariado en Ucrania, el problema no consiste, ni mucho menos, en distinguir cuáles fueron las vanguardias que afirmaron teóricamente la dictadura del proletariado. Lo esencial es constatar qué fuerzas trataron de imponerla realmente en la práctica.

Así, por ejemplo, la invocación constante al “marxismo” por parte de los bolcheviques no los acerca más al programa comunista que a aquellos que, bajo la etiqueta de anarquistas o socialistas revolucionarios, lucharon efectivamente —junto a militantes bolcheviques en ruptura con su propia organización— por la generalización de la guerra revolucionaria. En Ucrania, el Ejército Rojo, bajo las órdenes de Trotsky, cometió los peores crímenes amparándose en los intereses superiores del proletariado, del comunismo, mientras que los proletarios que, en su guerra contra la reorganización del Estado ruso, combatieron al Ejército Rojo, trataban realmente de imponer la dictadura de sus necesidades: la dictadura del proletariado.

Pero las cosas son aún más complejas. Aquellos mismos que impusieron sus necesidades, los miles de insurgentes armados que en Ucrania apuntaron contra todos los ejércitos capitalistas que trataban de recuperar el control —los Ejércitos Blancos de Denikin y Wrangel, el Ejército “Rojo” de Trotsky, los ejércitos austroalemanes, el ejército de Petliura y las guerrillas encuadradas por el nacionalista Gregory—, esos explotados armados, cuando atacaban a la burguesía, saqueaban los bancos, se reappropriaban violentamente de las riquezas y medios de producción, esbozando la dictadura de su clase, muy a menudo,

por no decir siempre, se negaban a llamarla por su nombre: dictadura del proletariado.

Por la sencilla razón de que les resultaba tremenda dificil dar a su acción revolucionaria el mismo nombre que utilizaban quienes se ocupaban de desarrollar el Capital y de encuadrar al proletariado, impidiendo justamente su dictadura. Y, a menudo, esta cuestión que podría parecer meramente terminológica incorporaba otro inconveniente al que ya nos hemos referido: servía de puente para afianzar el antiautoritarismo, con su inherente federalismo y gestionismo, utilizando la bandera negra contra la práctica revolucionaria.

Por supuesto, no queremos restar importancia a que la bandera coincida con la práctica. Un momento crucial en el fortalecimiento del comunismo como movimiento reside en su capacidad de reconocerse teóricamente en la totalidad de su programa, y, por tanto, en todas las formulaciones históricas a través de las cuales se ha afirmado a lo largo de la historia de la lucha de clases. Si hemos insistido aquí —y tantas veces lo hemos hecho— en la importancia del movimiento comunista real, a menudo velado por una multitud de banderas más o menos confusas, es porque la lógica vulgar tiene una tendencia irreductible y persistente de imponer “lo que aparece” como “lo que es”, confundiendo la bandera —lo que dicen y piensan los proletarios— con el movimiento, negando así numerosas experiencias de rupturas de nuestra clase.

En resumen, con estas breves advertencias metodológicas, ilustradas con ejemplos de la antítesis real que contrapone a las fuerzas sociales que defienden el comunismo frente a las que defienden el capitalismo, queremos definir el marco de **nuestra ruptura con la metodología mecanicista burguesa que convierte las contradicciones en una cuestión de ideología, de dirigentes y de banderas**.

Tras esta rápida descripción del punto de vista que nos guía —el proletariado antes que “sus héroes”, la lucha de clases y no la “lucha ideológica”—, queremos reafirmar, una vez más, que lo que se separa de manera real y esencial la revolución de la contrarrevolución es la práctica: **la práctica real de centralización de la lucha en torno en torno al programa revolucionario** que emana de las

2 Todo esto es plenamente coherente con que nosotros denominemos comunismo al movimiento revolucionario del proletariado, así como programa comunista a todas las determinaciones revolucionarias que el proletariado contiene en su ser. Es necesario insistir, frente a la ideología kautskista-leninista, que estas determinaciones no son algo que deba inocularse desde el exterior, sino que el proletariado las contiene de manera intrínseca en su propia existencia.

determinaciones invariables del proletariado, y no de textos sagrados ni teorías. Evidentemente, las minorías revolucionarias procuran siempre expresar teóricamente lo mejor posible ese programa a lo largo del combate histórico.

Como señalamos anteriormente, esta práctica encontró en aquellos años de lucha, independientemente de sus protagonistas, un enorme límite: la falta de ruptura con la socialdemocracia, entendida como contenido, como programa, como práctica. La socialdemocracia, en tanto que Partido histórico del Capital para el proletariado, es aquella fuerza que logra que el Capital se defienda, se mantenga y se desarrolle vistiendo los atavíos y levantando las banderas de su enemigo, encarnándose en los cuerpos de carne y hueso de su antítesis.

El programa socialdemócrata se defiende así bajo las banderas más diversas: “anarquistas”, “comunistas”, “bolcheviques”, “antiautoritarios”, “social-revolucionarios”... ¡Algunos de los adversarios más convencidos de la paz contrarrevolucionaria de Brest-Litovsk se convirtieron en sus más ardientes defensores! ¡Algunos de los mejores dirigentes del Ejército Insurreccional serán los que defiendan asociarse monstruosamente con los capitalistas belicistas del Ejército Rojo!

Aclarado esto, esquematicemos brevemente el contenido de nuestro texto:

- Describiremos, en primer lugar y de forma muy breve, el contexto mundial sobre el que se desarrolla la confrontación de clases en Rusia;
- Veremos entonces —con la misma brevedad— cómo, en el contexto de la insurrección victoriosa del proletariado en esa región, el Capital transformó en feroces agentes de su reconstrucción a aquellos que, unos meses antes, organizados en minoría al interior del partido bolchevique, formaron parte de la vanguardia insurreccional;
- Abordaremos luego la insurrección del proletariado en Ucrania, frente a ese momento en la reconstrucción del Estado capitalista en Rusia que fue la paz de Brest-Litovsk;
- Y, en el marco de esta insurrección, veremos cómo el proletariado encontró uno de los momentos más altos de centralización de su lucha en la constitución del Ejército Revolucionario Insurreccional en Ucrania, en torno a militantes anarco-comunistas, de los cuales el más conocido fue Majno.

- Seguiremos el desarrollo del movimiento insurreccional —con sus fuerzas y debilidades— en oposición a las diversas fuerzas burguesas que se le enfrentaron: ejército austroalemán, ejércitos de Petliura, Grigoriev, ejércitos blancos, ejército “rojo”...
- Y terminaremos subrayando los límites que llevaron a la derrota de esa poderosa insurrección.

2. Guerra y revolución... ¡hasta Ucrania!

El estallido de la carnicería generalizada de 1914 correspondió **objetivamente** a la necesidad de la burguesía mundial de resolver la crisis de reproducción a la que se enfrentaba el capital. Para sobrevivir a sus contradicciones, era preciso aplastar a una parte considerable del proletariado —hacemos aquí abstracción de la fracción del capital constante que también debía ser destruida— liquidar físicamente a la porción del proletariado que excedía las necesidades de valorización y reducir la gigantesca masa que no podía integrarse como ejército de reserva. Esto implicaba negar su proyecto comunista de abolición del dinero y del intercambio, proyecto que resurgiría con fuerza como única alternativa a la catástrofe capitalista.

Este **aplastamiento del proletariado** por la burguesía se desarrolló, por un lado, mediante **la Unión Nacional Sagrada**, ese detestable abrazo que la socialdemocracia logró imponer entre los proletarios y las naciones en que eran explotados; y, por otro, mediante la **liquidación física de millones de proletarios** llevados a enfrentarse militarmente en batallas donde los distintos campos capitalistas extendieron su feroz competencia por conquistar tal o cual porción del mercado mundial bajo la forma de territorios.

Las contradicciones imperialistas fueron, como siempre, el vehículo a través del cual esa necesidad objetiva se cristalizó en la guerra que la burguesía mundial libró contra el proletariado durante cuatro largos años. Durante siglos, los Estados frances e inglés habían construido gigantescos imperios de los cuales cosecharon enormes beneficios, mientras que el Estado alemán —como potencia imperialista en plena expansión en la pujía por los beneficios— se veía constreñido dentro de sus fronteras nacionales. Incapaz de encontrar nuevas salidas en colonias

lejanas, la burguesía alemana tuvo que recurrir al continente europeo para satisfacer sus necesidades de acumulación ampliada.

El objetivo estratégico era la ruta que conectaba el corazón del Imperio Alemán con el actual Irak, simbolizada por la línea ferroviaria Berlín-Bagdad, que pasaba por Estambul y el estrecho del Bósforo. La expansión del capital alemán estaba destinada a chocar con los intereses mercantiles del imperio zarista en los Balcanes, ansioso por acceder al Mediterráneo. Los bloques político-militares estaban formados por una serie de alianzas y contra-alianzas, lo que significaba que la situación pudiera estallar entre, por un lado, los Estados inglés y francés —respaldados por el imperio zarista—, temerosos de la llegada del Estado alemán como nuevo competidor en el mercado mundial; y, por otro, el coloso económico alemán y sus aliados austrohúngaros, deseosos de obtener beneficios a expensas de otros colosos menos competitivos.

Nunca faltaron oportunidades para desatar las hostilidades. Los bloques así constituidos se enfrentaron en diversas ocasiones (Tánger 1905, Agadir 1911, los Balcanes en 1912), pero el problema esencial para la burguesía consistía en imponer la guerra y la muerte como horizonte al proletariado en las distintas naciones. Este papel recayó en la socialdemocracia. El conjunto de las familias políticas —desde los diversos partidos socialistas nacionales hasta los anarcosindicalistas; desde la “socialista” II Internacional hasta el “anarquista” *Manifiesto Internacional de los Dieciséis*; desde los sindicalistas de todas las ideologías hasta los diputados “socialistas”— llamaron a participar en la guerra.

En un campo (el bloque en torno a Alemania) se invocaba la necesidad de una lucha democrática contra el zarismo reaccionario y despótico; en el otro (el bloque en torno a Francia), se agitaba la imagen del militarista teutón para exaltar la defensa de la Francia republicana y democrática.

No podemos detenernos aquí a desarrollar el proceso mediante el cual la socialdemocracia, bajo su discurso democrático y antibelicista, forjó la unidad nacional necesaria para lanzarse a la masacre en los campos de batalla. En cualquier caso, la muerte de un oscuro archiduque austrohúngaro a manos de un nacionalista serbio aún más oscuro sirvió de pretexto para el desencadenamiento de las hostilidades.

Seguros de una rápida victoria —ante todo porque las demás burguesías no estaban aun plenamente

preparadas a nivel militar para una guerra a gran escala—, los generales alemanes decidieron asentar un golpe decisivo en el frente occidental. En el transcurso de unas pocas semanas, el capital alemán esperaba repetir la jugada de Bismarck que, en 1870, puso fin a Napoleón III y unificó el Imperio Alemán en Versalles bajo la autoridad del rey de Prusia. Aplastando a la burguesía francesa, Alemania podría entonces utilizar todo su potencial industrial y militar para hacer frente a la gigantesca “marea humana rusa” que se preparaba para surgir.

En dos semanas las cuentas deberían estar saldadas. Pero la burguesía alemana perdió su apuesta: su homóloga francesa no fue vencida y, con lágrimas en los ojos, vio esfumarse los miles de millones de marcos en beneficios que esta aventura supuestamente debía reportarle. Una aventura para la burguesía, sin duda, pero no para los millones de proletarios a quienes esta guerra por los intereses de su enemigo de clase iba a aplastar, triturar y matar bajo toneladas de chatarra y acero durante cuatro largos y terribles años, entre el frío, la lluvia, el sol, el barro y la enfermedad.

Si la burguesía mundial había conseguido hacer tragar a los proletarios —no sin contradicciones— la necesidad de ir a agujerearse la piel por sus intereses, la condición era que la carnicería fuese alegre y, sobre todo, muy breve. ¡Pero no fue así! Tras dos años de masacres, los proletarios en uniforme se mostraron reacios a salir silbando hacia los campos de batalla y dejarse matar al son del himno nacional. Las huelgas en la retaguardia, los actos de desobediencia —que incluso llegaron a la confraternización en el frente de Champaña en 1915, Verdún en 1916, el Aisne en 1917, entre otros—, los motines y el derrotismo revolucionario pusieron fin a la carnicería.

De la fosa común surgiría la oleada revolucionaria más formidable que jamás haya visto este planeta, conduciendo a la insurrección de octubre en Rusia, para gran consternación de las diversas fracciones del Capital, obligadas a interrumpir la carnicería para someter a un proletario dispuesto a arrojar siglos de explotación y miseria al basurero de la historia.

Hoy no podemos si quiera imaginar el impacto que tuvo, entre los proletarios de todo el mundo, la noticia del triunfo de la insurrección proletaria en Rusia. En todas partes, el movimiento comunista recibió un nuevo impulso. Aquella insurrección victoriosa estalló en pleno auge revolucionario, en

un momento en que los años acumulados de sudor, hambre y sangre —producto del trabajo y la guerra— llevaron a los proletarios a cuestionarlo todo.

Haremos aquí abstracción en la forma en la que se constituyeron y organizaron en casi todo el mundo minorías comunistas cada vez más decididas (y cada vez más numerosas!) para deshacerse definitivamente del viejo mundo. Tampoco desarrollaremos los vínculos que establecieron entre sí ni los esfuerzos que emprendieron para constituir una organización internacional destinada a derrocar violentamente al viejo mundo. Del mismo modo no es lugar para profundizar en cómo, tras la participación activa de las minorías más decididas del partido bolchevique en la organización y dirección de la insurrección —en abierta oposición a la mayoritaria de su propio partido—, éste se depuró progresivamente de todos sus elementos revolucionarios para erigirse, apoyándose en las ilusiones democráticas de esta vieja organización socialdemócrata, en el agente fundamental de una poderosa contrarrevolución en Rusia³.

La consolidación del Partido Bolchevique como un feroz agente de la reconstrucción capitalista encontró una de sus primeras y más importantes cristalizaciones en la victoria que Lenin obtuvo sobre sus adversarios al imponer la firma de los acuerdos de **Brest-Litovsk** con Alemania. Es cierto que los bolcheviques comenzaron a asumir la función estatal de defensa del capital el mismo día que se destituye al Gobierno Provisional y asumen el poder, promulgando de inmediato una serie de decretos y medidas destinadas a recomponer el orden y la economía nacional. Pero el salto cualitativo que representó la paz de Brest-Litovsk, en todos los planos, colocó objetivamente a los bolcheviques como una fuerza imperialista a nivel internacional, demostrando al resto de naciones que aceptaba las reglas del juego en el reparto del mercado mundial, reclamando su sitio en la explotación del proletariado mundial.

En ese momento —a principios de 1918—, la contradicción entre revolución y contrarrevolución se expresaba en la disyuntiva entre los partidarios de la paz y los de la guerra revolucionaria. Lenin, Zinóviev, Kámenev y Stalin desplegaron toda su influencia para imponer tanto a la mayoría de su organización como al conjunto del proletariado que les hacía frente el cese del desarrollo revolucionario. Para la mayoría

de los revolucionarios, sin embargo, era evidente que la insurrección en Rusia constituía tan solo el punto de partida de la revolución mundial, y sabían que, si ésta no se extendía, el Capital impondría su dictadura sin contemplaciones. En consecuencia, la continuación de la guerra revolucionaria condensaba de manera directa esa cuestión fundamental.

La necesidad capitalista de reconstruir el Estado en Rusia encontró a sus más acérrimos defensores en la ideología pacifista de Lenin, que pretendía preservar Rusia como economía, como nación, como gobierno, como “bastión”. Con el pretexto de no tener ya la combatividad necesaria para proseguir una guerra revolucionaria, Lenin impuso en marzo de 1918 la firma de un tratado de paz que reconocía la ocupación alemana de Curlandia, Bielorrusia, Livonia y Estonia, y que entregaba literalmente Ucrania a los carníceros imperialistas.

Pero más allá de la cesión territorial, fue el orden burgués en la región lo que fue ratificado y refrendado por los bolcheviques, fue el movimiento proletario el que recibió una fuerte bofetada. La paz capitalista, la paz de los cementerios, la paz social fue el auténtico vencedor de estas negociaciones. Es más, el tratado permitió al ejército alemán liberar un vasto contingente de tropas del frente oriental y lanzar una gran ofensiva contra Francia, que se detuvo a sólo sesenta kilómetros de París, y que cualquiera se puede imaginar lo sangrienta que fue para los proletarios de la región.

La burguesía, aunque todavía inquieta, pudo finalmente respirar: la guerra imperialista continuaría por un tiempo más, contenido y haciendo retroceder el desarrollo revolucionario.

Existe una tendencia generalizada a subestimar la magnitud de la oposición que se manifestó frente a estos acuerdos; incluso se ha llegado a sostener que la mayoría del proletariado los respaldaba. Sin embargo, la oposición a los mismos fue especialmente poderosa y violenta, reflejo de las contradicciones que concentraba.

La mayoría de las organizaciones proletarias estaban en contra de los acuerdos, incluida una amplia fracción de la organización bolchevique, lo que generó fuertes tensiones y enfrentamientos desde diciembre de 1917, ante las conversaciones de paz que se mantenían con Alemania. Trotsky,

3 Ver al respecto: *Contrarrevolución rusa y desarrollo del capitalismo* del Grupo Comunista Internacionalista publicado en la editorial Anarres.

que desempeñó un papel decisivo en la firma de los acuerdos, informó:

«Habiendo invitado el Consejo de Comisarios del Pueblo a los soviets locales a dar a conocer su opinión sobre la guerra y la paz, más de 200 soviets respondieron antes del 5 de marzo. Sólo dos de los soviets más importantes, los de Petrogrado y Sebastopol, se pronunciaron a favor de la paz (con reservas). Por otra parte, una serie de grandes centros obreros (Moscú, Ekaterimburgo, Járkov, Ekaterinoslav, Iváno-Voznessensk, Kronstadt, etc.) se declararon, por abrumadora mayoría de votos, a favor de romper las conversaciones. El mismo estado de ánimo prevaleció en las organizaciones de

nuestro partido. ¡Y ni hablar de los social-revolucionarios de izquierda!»⁴.

Los social-revolucionarios de izquierda fueron particularmente virulentos y, tras la firma, en una reunión secreta del Comité Central del PSI, se decidió realizar una serie de actos terroristas contra el Estado alemán para romper el proceso de paz: atentado contra el embajador de ese Estado, contra el general Eikhord —comandante de las fuerzas de ocupación en Ucrania— y contra el mismo Kaiser. Aunque sólo fueron capaces de ejecutar al embajador alemán, tuvieron la fuerza de desencadenar un levantamiento armado contra los bolcheviques que fue brutalmente aplastado.

LOS SOCIALREVOLUCIONARIOS DE IZQUIERDA CONTRA LOS ACUERDOS DE PAZ

«Considerando que la ratificación del tratado de paz con Alemania está en contraposición flagrante con el programa internacional de la revolución social en Rusia y constituye, ante los ojos de la Internacional de todos los países, una capitulación, el Partido de los Socialistas Revolucionarios de Izquierda, en conformidad con su actitud anterior, proclama frente a toda la Rusia de los trabajadores, que el partido se declara desligado de toda obligación concerniente a la ejecución de las condiciones de ese tratado: incluso se considera en la obligación de desarrollar toda su energía en vista de la organización de las masas de trabajadores para su lucha contra la ofensiva del imperialismo mundial».

Extracto de la Declaración de los socialistas-revolucionarios de izquierda en la Cuarta Conferencia de los Soviets-
18 de marzo de 1918.

«¿Qué nos separa de los bolcheviques? Es la ausencia de la cosa más fuerte que selló, en el punto más alto de la revolución de octubre, nuestra unión por la sangre y en la lucha: el abandono por parte de los bolcheviques de la base misma del socialismo internacional y revolucionario. Nuestra revolución desde el principio, cuando a los políticos miopes sólo les parecía una revolución burguesa, dependía ya de las condiciones y de la situación internacional.

Esta dependencia quedó todavía más clara en el mes de octubre cuando las clases trabajadoras de Rusia levantaron la bandera de la revolución social. No fue sólo contra la burguesía rusa, sino contra el capital mundial, que se erigió la república rusa, formidable y majestuosa. [...] La revolución rusa no era por lo tanto un resultado, sino la vanguardia de la revolución internacional».

I. Steinberg. Miembro del Comité Central de los social-revolucionarios de izquierda.

4 Trotsky, en “Mi vida”.

También diversos grupos anarco-comunistas, especialmente en Moscú, organizaron la resistencia a los acuerdos. Y dentro del mismo partido bolchevique, Radek y Bujarin encabezaron una oposición que pa-

rece incluso haber considerado seriamente arrestar a Lenin, con la ayuda de los social-revolucionarios de izquierdas.

LOS ANARCO-COMUNISTAS CONTRA LOS ACUERDOS DE PAZ

«Los anarquistas-comunistas proclaman el terror y la guerra de guerrillas en los frentes. Es mejor morir por la revolución socialista mundial que vivir como resultado de un acuerdo con el imperialismo alemán».

Pravda, 25 de febrero de 1918.

«Desde el principio, nos hemos opuesto a las «negociaciones de paz»; hoy nos oponemos a la firma del tratado. [...] Estamos a favor de una organización inmediata e intensiva de la resistencia partisana. Consideramos que el telegrama del Gobierno en el que se solicita la paz debe ser revocado: hay que aceptar el desafío y poner el destino de la revolución directamente, con franqueza, en manos del proletariado mundial».

Golos Truda, febrero 1918.

LA “IZQUIERDA” BOLCHEVIQUE CONTRA LOS ACUERDOS DE PAZ

«Este acuerdo, dado tan pronto como los enemigos del proletariado realizaron su primer ataque, significa que la vanguardia del proletariado internacional ha capitulado ante la burguesía internacional. Al demostrar al mundo entero la debilidad de la dictadura del proletariado en Rusia, asalta un golpe a la causa del proletariado internacional, que es especialmente cruel en un momento de crisis revolucionaria en Europa occidental, y al mismo tiempo separa la revolución rusa del movimiento internacional.

[...] La rendición de las posiciones del proletariado en el exterior inevitablemente prepara el camino para la rendición también interna. Si concluimos una paz, en el ámbito de acción de las ‘autoridades soviéticas’ el programa económico para dar paso al capital de origen alemán significará que el trabajo que el proletariado ha realizado desde la Revolución de Octubre para construir el socialismo quedará en nada.

[...] En un momento en que las bandas imperialistas no sólo están tomando nuevos territorios sino también estrangulando al proletariado y sus organizaciones, se impone en el Partido exigir la defensa de la dictadura del proletariado, con las armas en las manos, y organizar esa defensa. Por una pequeña mayoría, los líderes responsables del Partido tomaron otra decisión contraria a los intereses del proletariado y que no correspondiente a la actitud del Partido».

Carta de la “izquierda” bolchevique (mayoritaria en Petrogrado, Moscú y los Urales) al Comité Central del Partido en febrero de 1918.

«La influencia de la revolución rusa en el movimiento obrero internacional se ha debilitado por su capitulación ante el imperialismo internacional (fin de la propaganda revolucionaria en el frente, abandono de la política de revelación de secretos del imperialismo internacional, posible «moderación» del curso de la política interna en Rusia.

[...] Este camino somete a la República de los Soviets a los lazos imperialistas, al tiempo que la desvincula del proletariado revolucionario de todos los países. Debilita todavía más el significado revolucionario internacional del poder soviético y de la revolución rusa.

[...] La línea política así definida sólo puede reforzar, contra Rusia, la influencia de las fuerzas contrarrevolucionarias externas e internas, destruir la capacidad revolucionaria de la clase obrera y separar la revolución rusa de la revolución internacional.

[...] Condenamos como contrarrevolucionario todo tipo de compromiso con cualquier Estado imperialista y todas aquellas posiciones que consisten en calificar de «socialistas» medidas [...] antes de que el Estado y las relaciones capitalistas de producción hayan sido destruidos en todo el mundo».

La situación actual. Komunist (Órgano del Buro Regional de Moscú de los bolcheviques), abril 1918.

Evidentemente, los acuerdos de Brest-Litovsk no fueron simplemente el resultado de la voluntad **subjetiva** de los dirigentes bolcheviques que lograron imponerlos. Fueron, ante todo, el producto de una correlación de fuerzas **objetiva** que seguía siendo desfavorable al proletariado. En aquel momento, dicha correlación estaba determinada, por un lado, por el retraso de la insurrección en Alemania —donde el proletariado no era capaz aún de impedir el desarrollo de la guerra—, y, por otro, a un nivel más general, porque la contradicción proletaria con las ideologías pacifistas y reformistas desplegadas por la burguesía no habían alcanzado todavía la fuerza necesaria para expresar una ruptura total con el orden social del capital.

En medio del gigantesco caos provocado por el desgarramiento general de las naciones capitalistas en guerra, Ucrania ocupaba una posición estratégica de primer orden. Como granero de Europa, la posesión de sus vastas y fértiles llanuras permitiría a Alemania paliar los efectos del bloqueo naval impuesto por Inglaterra. Su conquista se convirtió en un factor estratégico primordial en la necesidad del capital alemán de alimentar a “sus” proletarios —tanto en el frente como en la retaguardia— a fin de preservar la paz social indispensable para la continuación de sus objetivos bélicos.

En la misma dirección, los abundantes recursos minerales del subsuelo ucraniano —especialmente las grandes minas de carbón y hierro— adquirieron una importancia decisiva, pues debían sustituir las importaciones coloniales confiscadas por las armadas francesa y británica.

Desde los primeros días de la guerra, Ucrania se convirtió en una cuestión fundamental, codiciada por todas las fracciones del Capital. En consecuen-

cia, veremos desfilar sobre su territorio a todos los ejércitos de la región, uno tras otro, saqueando y devastando esta inmensa zona: primero, el ruso contra el austrohúngaro y alemán; luego, el bloque encabezado por Alemania contra el gobierno de Kerenski; más tarde, ese mismo bloque aliado con los nacionalistas ucranianos contra los ejércitos del Estado ruso “pintados de rojo”; y, finalmente, esos mismos ejércitos “rojos” enfrentados a los ejércitos blancos.

Fue en este contexto contradictorio —en el que el desarrollo de la revolución seguía estando a la orden del día, a través de la lucha del proletariado contra la guerra imperialista y la afirmación progresiva de sus propias perspectivas, pero en el que, simultáneamente, avanzaba la contrarrevolución, encontrando en los bolcheviques agentes útiles— cuando, tras los acuerdos de Brest-Litovsk y la entrada de los ejércitos alemanes en Ucrania, el proletariado de esta región se sublevó y organizó una insurrección contra todos los ejércitos burgueses que intentaban recuperar el control del territorio. Comenzó así una lucha encarnizada que se prolongó durante casi tres años.

3. Antecedentes al proceso revolucionario en Ucrania

La lucha del proletariado en Ucrania posee una larga tradición histórica que, evidente, se remonta mucho atrás en el tiempo que las reacciones provocadas por la guerra. Se trata de una historia y un contexto de lucha particularmente fértiles, estrechamente vinculados a la lucha en el resto del Imperio ruso. Aquí nos limitaremos a rastrear,

en unas pocas líneas, algunos acontecimientos que precedieron la confrontación que irrumpió en 1917.

Posiblemente, el primer episodio de importancia en los albores del siglo XX que volvía a situar la lucha proletaria en Ucrania fue la respuesta a la gran hambruna de 1891 y a la epidemia de cólera que la siguió en 1892. La cólera del proletariado agrícola se dirigió entonces contra los abusos de la burguesía. Fue en este contexto donde sectores que se reivindicaban del anarquismo y del socialismo revolucionario estructuraron núcleos de asociacionismo proletario sobre los que se vertebrará la lucha contra la explotación.

En 1902 estalló el levantamiento proletario en Járkov y Poltava, donde los proletarios se negaron a pagar impuestos y llevaron a cabo expropiaciones y reapropiaciones masivas de tierras.

En 1905, las revueltas proletarias en el campo, en las que las minorías social-revolucionarias ejercieron una fuerte influencia —como los grupos autodenominados *Zemlia i Volia* [Tierra y Libertad], fueron los signos precursores de la fase revolucionaria mundial que se vislumbraría pocos años después. En las ciudades, los motines se multiplicaron, especialmente en Ekaterinoslav. En el campo, estallaron auténticas *jacqueries*: quema de haciendas y grandes propiedades señoriales, destrucción de libros de contabilidad, expropiación y redistribución de tierras, el “reparto negro” ...

En 1906 se promulgó el decreto de Stolypin, una reestructuración del proceso de producción inmediato en el campo para mejorar el desempeño del imperio ruso en el mercado mundial. El objetivo declarado era poner fin a los vestigios del MIR que aún perduraban y entorpecían la remodelación tecnológica para el aumento de la productividad en el campo. Se trató de una vuelta de tuerca al proceso de expropiación de la tierra por parte del capital: la concentración de la propiedad en manos de grandes propietarios y *kulaks* se aceleró gracias al apoyo del Banco Campesino. Como consecuencia, amplios sectores de la población rural quedaron sin tierras o reducidos a minúsculas parcelas con las que apenas podían subsistir. De este modo, la reorganización del campo consolidó la explotación local al servicio del capitalismo mundial a través de los *kulaks* y de los grandes propietarios.

Este proceso de expropiación provocó numerosas sublevaciones y fortaleció el asociacionismo proletario, que se extendió a través de grupos so-

cial-revolucionarios y anarquistas decididos a luchar sin concesiones contra la burguesía y el Estado. Entre ellos destacaron los *bezmotivnilly* (“los sin motivo”), *Bandera Negra* y la *Unión de Campesinos Pobres*. La actividad de esos núcleos, en torno a militantes como Semenyuta o María Nikiforova, fueron especialmente importantes, combinando una intensa labor propagandística con expropiaciones a grandes propiedades agrícolas, asaltos a bancos y terror contra explotadores, lo que les otorgó gran influencia y prestigio en la región.

Entre 1907 y 1910, la represión fue tan brutal que paralizó al proletario durante varios años. Numerosos grupos anarco-comunistas y socialrevolucionarios fueron aniquilados: muchos de sus militantes fueron asesinados, otros encarcelados, y no serán liberados hasta que la lucha proletaria en febrero de 1917 impusiera su liberación. Aquellos revolucionarios que consiguieron mantener su actividad en esos años respondieron a este terror burgués recurriendo al terrorismo revolucionario, golpeando duramente a represores, burgueses y demás representantes del orden capitalista.

La violenta historia de estos enfrentamientos contra la burguesía, unida al mantenimiento —pese a las luchas— de unas condiciones de vida extremadamente duras, explican por qué el inicio de la guerra no fue recibido con entusiasmo. Muchos proletarios se resistieron a abandonar su miserable pedazo de tierra para morir a miles de kilómetros por intereses que les eran totalmente ajenos.

El 2 de agosto de 1914 se declaró la guerra a Alemania coincidiendo con el comienzo de la siembra del trigo. Fue con los gendarmes en el culo como se movilizó al proletariado rural.

4. Derrotismo revolucionario y caída del zarismo (febrero 1917-marzo 1918)

Como vimos anteriormente, dos años de guerra bastaron para que las contradicciones que carcomían la cohesión social estallaran brutalmente. Se acabó el ser ruso, alemán, austrohúngaro, francés...

Entre 1916 y 1917 todo explotó surgiendo desde Petrogrado un torbellino social que se extendió a lo largo del imperio ruso y obligó al Zar a abdicar. Todo era un auténtico polvorín al que Petrogrado le prendió fuego.

Los proletarios se lanzaron contra todo aquello que durante siglos les había esclavizado. Los patrones, terratenientes, oficiales zaristas y las restricciones que los encadenaban a la miserable vida capitalista, parecían disolverse al ritmo que los proletarios desataban toda su ira contra ellos y daban rienda suelta a sus pasiones.

Las prisiones abrieron sus puertas, engrosando las filas del movimiento revolucionario, especialmente con la liberación de cientos de militantes que habían sobrevivido en las prisiones zaristas o en las tierras heladas de Siberia. Eran militantes muy respetados por su experiencia y habilidades adquiridas en las luchas pasadas, y se convirtieron en una de las principales fuerzas motrices del movimiento insurreccional.

En Ucrania no tardaron en surgir movimientos similares a los de la capital del imperio. Soviets y comités locales florecieron por todas partes. Majno fue recibido como un héroe tras diez años en las prisiones rusas. Junto con antiguos y nuevos compañeros revitalizó el grupo anarco-comunista de Gulai-Polé e impulsó la creación de la Unión de los Campesinos de la región, que organizó la satisfacción de las necesidades proletarias a través de la expropiación de tierras y fábricas. Algunos emisarios —entre ellos el propio Majno— recorrieron distintas regiones de Ucrania para constituir organismos semejantes, que pronto se transformaron en soviets. Ekaterinoslav, Taurida, Poltava, o Járkov, fueron otras tantas localidades donde el proletariado impuso sus reivindicaciones contra los propietarios, expropiando tierras y expulsando a terratenientes.

Con el hundimiento del zarismo, emergieron de inmediato fracciones de la burguesía que trataron de reconducir aquel gigantesco movimiento proletario. Si en Rusia el Gobierno Provisional de Kerensky trató desde febrero de reestablecer el orden social, en Ucrania ese papel le correspondió a la *petliura-vshchina*. La naturaleza social de este movimiento la conforma la burguesía nacionalista ucraniana, que busca la independencia en la organización patriótica del trabajo y la explotación. Como siempre, este tipo de movimiento autonomista se organizó principalmente en torno a la burguesía liberal, que logró conciliar los intereses de la burguesía rural, los kulaks, y de la “intelligentsia” liberal, aprovechando las revueltas proletarias locales para desviarlas en su propio beneficio.

Ese movimiento nacionalista, adornado con toda clase de reivindicaciones sociales, consiguió atraer

a cantidades considerables de soldados que habían girado sus fusiles contra los oficiales zaristas. Pronto se organizó un ejército bajo la dirección de Petliura y se formó una Rada central, órgano que asumió la función de parlamento de la proclamada *República Popular Ucraniana*. En ella encontraron su sitio las tendencias nacionalistas de la burguesía local republicana.

Sin embargo, como sucedía en el resto del antiguo imperio ruso con el gobierno de Kerenski, los proletarios en Ucrania —especialmente los que vivían en el campo— prestaban poca atención a esta reorganización del poder burgués y se concentraban en imponer sus propias necesidades, sin pedir cuentas a nadie. Esos gobiernos nada podían hacer, por el momento, ante el empuje revolucionario. Donde la correlación de fuerzas le era suficientemente favorable, el proletariado expulsaba a los propietarios de fábricas y las tierras —muchos de los cuales fueron ejecutados—, se apropiaba de los medios de producción y ajustaba cuentas con viejos represores.

Sin duda era en el campo donde se encontraba la fuerza decisiva del proletariado, como consecuencia de una sólida tradición de lucha y un asociacionismo que se estructuraba en torno a los grupos social-revolucionarios de izquierda y los anarco-comunistas.

Es al interior de los grupos que se definen anarco-comunistas donde las rupturas van a ser más consistentes y su presencia será decisiva en Gulai-Polé, Alexandrovsk y Ekaterinoslav. La denuncia de las posiciones belicista de Kropotkin, la ruptura con el sindicalismo, así como los esfuerzos por centralizar la lucha proletaria se daban, sin embargo, en profunda contradicción con la ideología antiautoritaria que estos grupos defendían, de la cual sólo lograron desprenderse parcialmente, como veremos más adelante.

Los bolcheviques, por su parte, centraron su actividad en las grandes ciudades, donde tenían mayor influencia, mientras que su presencia en el campo era casi inexistente. Esta dicotomía del movimiento proletario fue uno de los grandes problemas que las distintas fracciones revolucionarias no pudieron resolver en Rusia, reforzando así las divisiones capitalistas entre la ciudad y el campo.

Durante la jornada del 1 de mayo en Gulai-Polé, una imponente manifestación llamó a tumbar la Rada central y el gobierno de Kerensky bajo la consigna: “*Disolución del Gobierno Provisional y todos sus órganos; todo el poder a los soviets obreros y*

campesinos”. Días después, un congreso celebrado en Alexandrovsk —capital de la región— asumió esa directriz, extendiéndose rápidamente por toda Ucrania oriental. Una vez más, los núcleos social-revolucionarios de izquierda y los anarco-comunistas encabezaron el movimiento.

En julio, el proletariado se levantó en Petrogrado contra el Gobierno Provisional de Kerenski, que respondió con una severa represión. Los proletarios en Ucrania reaccionaron masivamente, afirmando que su lucha contra la Rada de Kiev era la misma que la de sus hermanos en Petrogrado.

A finales de agosto, la intentona golpista de Kornílov fue respondida en Guliai-Polé con la creación de un *Comité de Defensa de la Revolución*, encargado de “desarmar a toda la burguesía local y abolir sus derechos sobre la riqueza del pueblo: tierras, fábricas, industrias, imprenta, teatros, cines y otros establecimientos públicos”. Ante las dificultades encontradas en algunos lugares, el movimiento de expropiación dio un paso atrás temporalmente y se limitó a negarse a pagar las rentas.

El estallido de la insurrección de octubre insufló más fuerzas al movimiento. Mientras en el campo el movimiento seguía desarrollándose, haciendo retroceder a las fuerzas de la contrarrevolución alineadas con la Rada republicana, las ciudades recibieron un nuevo impulso. En Ekaterinoslav, 80.000 manifestantes marcharon por las calles bajo banderas negras en su participación en la revolución social en marcha. En Kiev, el soviet regional convocó el 17 de diciembre un Congreso Panucranio de los Sóviets, que terminó dominado por los partidarios de la Rada. Pero con la llegada de los Guardias Rojos a Járkov desde Moscú se proclamó la *República Popular Ucraniana de los Soviets*.

La Rada se tambaleaba y comienza una confrontación armada donde los Guardias Rojos junto con los Guardias Negros entorno a Maria Nikiforova, Majno, etc. dirigieron el ataque contra las fuerzas de la Rada y de los blancos.

El movimiento contiene, no obstante, profundas contradicciones sobre las que volveremos más adelante: participación en comités administrativos locales, desarrollo de “Comunas libres de trabajo”, y una actitud ambigua ante la Asamblea Constituyente, a la que se renunció a oponerse directamente, creyendo que podía ser utilizada en beneficio del proletariado con motivo de la participación en ella de bolcheviques y socialrevolucionarios de izquierda.

Sin embargo, el curso de los acontecimientos pronto da un nuevo giro. En febrero de 1918, los ejércitos austroalemanes invadieron Ucrania y, atravesando los Estados bálticos, llegaron a 150 kilómetros de Petrogrado. Los bolcheviques firmaron entonces la paz de Brest-Litovsk, que —como mencionamos anteriormente—sentó las bases para la reconstrucción del Estado en Rusia y el progresivo aplastamiento de cualquier tendencia revolucionaria, dejando a otras fracciones burguesas la tarea de completar el trabajo en las demás regiones. Decenas de miles de proletarios en lucha fueron abandonados a la represión abierta. Así, los proletarios en Ucrania, atados de pies y manos, fueron entregados a la burguesía local y a la austroalemana, momentáneamente liberada de la presión de la revolución.

En los hechos, toda la región fue ocupada militarmente y sometida a un proceso sistemático de expropiación. El Estado alemán destituyó a la Rada de Petliura y colocó en su lugar al *hetman* Skoropads-ky, un títere a su servicio, quien de inmediato creó una guardia nacional —la Warta— con el objetivo de reforzar la represión.

Con el ejército de ocupación regresó toda la vieja burguesía local de origen zarista que había huido, y recuperó violentamente la propiedad de las tierras y las fábricas. Además de la expropiación sistemática de los medios de vida y de la restauración de las viejas propiedades, la burguesía desató una sangrienta y feroz venganza: localidades enteras, conocidas por su actividad subversiva, fueron pasadas por las armas. Se fijó una recompensa por la cabeza de cada dirigente, y quienes lograron escapar se vieron obligados a pasar a la clandestinidad o, en algunos casos, a huir temporalmente de la región.

61

5. Guerra revolucionaria contra la paz de Brest-Litovsk (marzo de 1918-octubre de 1918)

A partir de entonces, el proletariado en Ucrania no podía sino sublevarse y luchar. Es fundamental recordar este hecho: **¡el proletariado, por sus propios intereses materiales, sólo podía sublevarse!** En ningún momento le fue posible aceptar el programa bolchevique dictado por los acuerdos de Brest-Litovsk.

Frente a todas las justificaciones contrarrevolucionarias clásicas de las organizaciones de izquierda,

—desde los trotskistas hasta los maoístas, pasando por diversas escuelas de la “izquierda comunista”, y otros tantos que sostienen que los acuerdos de paz eran necesarios “porque los proletarios tenían que comer”— debemos atenernos a los hechos, subrayar su materialidad histórica y recordar que lo único que dichos acuerdos proporcionaron a los proletarios en Ucrania (dejando de lado otras cuestiones que aquí no abordamos) fue plomo y metralla.

Los acuerdos de paz significaron compromisos que permitieron el saqueo, por parte del ejército alemán, de los campos y graneros que los proletarios se habían reappropriado; permitieron el retorno de los burgueses ucranianos recientemente expulsados; el hambre para los proletarios y las balas para los que intentaron resistir. La contradicción entre las necesidades del desarrollo capitalista en Rusia —disfrazadas bajo la doctrina del socialismo en un solo país— y las del proletariado, se manifestó aquí con una virulencia extrema.

Por todas estas condiciones concretas, ajenas a las consideraciones pseudohistóricas de la izquierda, el proletariado no podía aceptar materialmente, ni por un solo momento, unos “acuerdos de paz” que lo desarmaban y lo mataban de hambre. **No se trataba de una cuestión ideológica, sino puramente práctica: de las necesidades materiales que determinan la revolución.**

En Ucrania, las tropas alemanas, por medio del *hetman* Skoropadsky, procedieron al saqueo de la región, apoderándose de todo lo necesario para proseguir su campaña bélica y enviar materias primas, trigo, ganado, etc., a la retaguardia e incluso a Alemania. Cientos de miles de camiones no fueron suficientes para transportar los bienes incautados por los emisarios armados de la burguesía alemana.

A cambio del saqueo perpetrado por sus aliados austroalemanes, la vieja burguesía ucraniana recuperó las propiedades que el movimiento revolucionario le había expropiado poco antes. Los terratenientes volvieron a ocupar sus tierras y persiguieron brutalmente a quienes se les opusieron. Cuando los proletarios intentaron resistir o defender los medios de vida que habían arrebatado a la burguesía fueron fusilados.

Conviene subrayar, una vez más, que más allá de cualquier discurso sobre la liberación o la indepen-

dencia nacional, la burguesía —austriaca, ucraniana, rusa o alemana— coincidía en un mismo objetivo: aplastar a los proletarios, ponerlos de nuevo a trabajar, someterlos a la explotación y fusilar cualquier resistencia.

En este momento de incertidumbre, un numeroso grupo de militantes que había logrado llegar a Taganrog se reunió para celebrar una conferencia. Se discutió la situación y se resolvió que algunos viajarían a Rusia, mientras que otros permanecerían in situ para constituir una organización revolucionaria clandestina. Majno viajó a Moscú⁵ para reunirse con su compañero Archinov —quien regresaría a Ucrania a comienzos de 1919— y examinar más a fondo las perspectivas del movimiento revolucionario. Durante su breve estancia, fue testigo de la represión bolchevique contra militantes anarquistas y se informó de la acontecida en abril contra los social-revolucionarios de izquierda, comprobando in situ lo que denunció como una caricatura de revolución —Moscú le parece “la capital de una revolución de papel, una inmensa fábrica que produce resoluciones y consignas vacías, mientras un partido político se alza por la fuerza y el fraude a la posición de clase dominante”—. Tras este breve paso por Moscú, Majno regresó a Gulai-Polé para participar en la reorganización de la lucha en Ucrania sobre bases opuestas a las de los bolcheviques.

La represión desenfrenada a la que fueron sometidos los proletarios los llevó inevitablemente a reaccionar. Retomando el impulso revolucionario, surgieron por todas partes levantamientos contra los terratenientes ucranianos y las fuerzas armadas austroalemanas. Los proletarios, tanto de las ciudades como del campo, se alzaron de nuevo, expulsaron a los propietarios y se armaron para resistir la labor policial del ejército de ocupación. El torrente insurreccional del proletariado comenzaba a eclosionar.

La burguesía intentó contraatacar mediante el terror blanco. En los pueblos, centenares de proletarios fueron masacrados; sus casas incendiadas y sus bienes destruidos. Sin embargo, esta brutal determinación de la burguesía, lejos de desmoralizar al proletariado, lo empujó a dar un **primer salto de calidad en su lucha** contra los que les masacraban: **se organizó en torno a grupos armados que recorrieron a la guerra de guerrillas.**

5 Majno aprovechará su viaje para ver a Lenin, sin duda también deslumbrado —igual que Szamuelly, por ejemplo, que viajará de Budapest a Moscú para pedir a Lenin que corrija la política de Bela Kun en Hungría!— por la idea de que Lenin no podía estar de acuerdo con el desarrollo del Partido Bolchevique como fuerza de reconstrucción del Estado.

Desde todos los rincones, animados por un dirigente invisible —el fantasma del comunismo—, cantidades sorprendentes de proletarios se agruparon en formaciones guerrilleras para enfrentarse a los terratenientes y a las fuerzas austroalemanas que los protegían. Sin ningún tipo de coordinación al principio, pero de manera muy orgánica, como si surgieran de su pretensión de no morir sin haber luchado hasta el final, se multiplicaron los destacamentos de 20, 50 o 100 combatientes, bien armados y a caballo, que asaltaban por sorpresa propiedades, atacaban a la Warta y se enfrentaban a todos sus enemigos.⁶

Los grandes propietarios que persistían en la persecución de los explotados fueron advertidos de que serían reprimidos si continuaban con sus abusos. A los policías y oficiales alemanes se les prometía una muerte segura. Estas acciones de contraterror rojo se convirtieron en la realidad cotidiana del movimiento insurreccional durante el verano de 1918, haciendo imposible cualquier estabilidad del orden burgués.

No obstante, la represión brutal ejercida por las fuerzas combinadas del hetman Skoropadsky y del Estado Mayor alemán no dio tregua, lo que llevó a los combatientes armados del proletariado a dar un **segundo salto cualitativo**: comenzaron a reagruparse y a **centralizar progresivamente sus fuerzas** en torno a sus fracciones más combativas. Surgieron así grandes ejércitos guerrilleros encabezados por militantes proletarios como Korilenko, en la región de Berdiansk; Stchuss, en Dibrivka; o Petrenko-Platonov, en Grichino.

Pero fue en la región de Gulai-Polé donde la unificación de los destacamentos guerrilleros dio una nueva dimensión a la defensa armada contra el terror blanco: pasar decididamente a la ofensiva. Allí, los proletarios se organizaron con el objetivo de derrotar definitivamente a la contrarrevolución dirigida por los grandes propietarios. La centralización de las fuerzas insurreccionales en esa región —que se convertiría en el epicentro del movimiento— afirmó como objetivo principal, la constitución de los explotados revolucionarios del campo y la ciudad en una fuerza organizada para derribar toda la sociedad burguesa existente. Su programa era la revolución comunista, su bandera negra, la de la sociedad sin clases. Fue el impulso decisivo para la electrificación de Ucrania y el desarrollo de la

insurrección, sembrando el terror en las filas de la burguesía local y de los ejércitos austroalemanes.

En el centro de esa energía proletaria se encontraba, nuevamente, el grupo anarco-comunista en torno al cual se organizaban Majno y sus compañeros, auténtica vanguardia que pronto asumiría la unificación de destacamentos guerrilleros de miles de proletarios. No cabe duda de que, pese a todos



los límites que abordaremos más adelante, el grupo anarco-comunista de Gulai-Polé fue el eje sobre el que el proletariado, luchando en las diversas regiones de Ucrania, se afirmó como clase, como partido, como negación del mundo de la explotación.

El proceso por el cual la insurrección en Ucrania fue asumiendo explícitamente sus posiciones revolucionarias demuestra la importancia que tiene en un movimiento de este tipo la presencia de militantes revolucionarios, de **una vanguardia constituida, formada y decidida para revolucionar el mundo en su conjunto**. Esta vanguardia no surge de la nada: es una concreción de la lucha histórica contra el capitalismo y su posición en el movimiento viene determinada única y exclusivamente por su práctica social en el mismo, por constituir un polo desde el

6 Obviamente, las armas de los insurrectos provenían principalmente de las fuerzas represivas vencidas, creando con las ametralladoras la “tachanka”, elemento decisivo a partir de entonces en todas las operaciones y que consistía en una ametralladora montada en un carro tirado por dos o cuatro caballos.

que se desarrollan rupturas decisivas y delimitaciones con el enemigo que marcan saltos cualitativos en el proceso revolucionario.

Como vemos, estos núcleos comunistas articulaban la lucha de miles de proletarios, clarificando la perspectiva, delimitando las posiciones y organizando el movimiento social. No crean la lucha, **cristalizan su dirección**. Sí, contrariamente a lo que ve el materialismo vulgar, es la propia lucha la que construye su dirección captando a los sectores más aptos y decididos, que **imponen la dictadura de las necesidades de clase** con el “debido respeto” a todos los reformistas que balan “marxismo” o “anarquismo” en el campo de la democracia.

Lo que no quiere decir que esos núcleos, como parte del movimiento real, no estén afectados por la propia dinámica social y, en ocasiones, en demasiadas ocasiones, después de haber sido una parte decisiva del avance revolucionario, se conviertan en su contrario: en una traba del movimiento, en un elemento de la contrarrevolución. Por consiguiente, que un grupo o sector del proletariado se sitúe a la vanguardia del movimiento como resultado de su práctica social no implica que ese papel sea permanente. Lo esencial no es quedarse con quién, sino captar el contenido que hace que se coloquen a la vanguardia del movimiento, las posiciones que les hace ser personificaciones de determinaciones esenciales del proletariado que impulsan la revolución; percibiendo al mismo tiempo, cómo, en otros momentos, algunos de esos militantes personifican también posiciones que los hacen oscilar, o peor aún, constituirse en agentes de la contrarrevolución.

El balance histórico de todo episodio revolucionario consiste, precisamente, en estudiar y precisar los motivos que abortan el curso hacia la revolución y permiten el triunfo de la contrarrevolución, transformando ese balance en una fuerza organizada para los próximos combates.

Por ello, contrariamente al romanticismo idealista que a veces se hace de ella, la insurrección en Ucrania no fue la obra subjetiva de un combatiente genial ni de un estratega invencible capaz de “llevar la conciencia a las masas” o de convencer a los explotados para luchar. Fue ante todo **una reacción espontánea del proletariado frente al terror burgués**, articulada por las fracciones combatientes más decididas y organizadas, que permiten alcanzar sucesivos saltos de calidad:

- afirmando constantemente la necesidad de avanzar en una centralización de forma cada vez más fuerte, hasta el punto de constituir una gran fuerza unitaria contra el enemigo de clase;
- formulando con creciente precisión el **contenido práctico** de la Revolución Social y el Comunismo, como única vía para acabar definitivamente con el mundo del salario;
- trazando en cada encrucijada la frontera de clase que separa la revolución de la contrarrevolución.

Más adelante veremos las profundas debilidades del movimiento insurreccional y las ilusiones presentes en el programa del Ejército Insurreccional. Pero, antes que nada, en el marco de la unificación lograda contra los diversos intentos de quebrar el movimiento, es importante subrayar la fuerza del mismo. Arma en mano, supo imponer dictatorialmente las necesidades vitales de la lucha revolucionaria: defendiendo el derrotismo revolucionario frente a los ejércitos austrohúngaros, ejerciendo el terror rojo contra los ejércitos blancos y los terratenientes y enfrentándose a las alternativas nacionalistas burguesas de Petliura y Grigoriev, hasta llegar a identificar al propio Ejército Rojo bolchevique como lo que era: ¡un ejército de reconstrucción capitalista!

6. Descomposición del ejército austroalemán y victoria del movimiento insurreccional (noviembre 1918-febrero 1919)

En noviembre de 1918, ante el levantamiento de los marineros en Kiel y el rápido desencadenamiento insurreccional en Alemania —formidable expresión del derrotismo revolucionario—, las tropas austroalemanas se descomponen y comienzan a abandonar Ucrania bajo el acoso de la insurrección. Este aco-
so combinó la defensa y difusión del movimiento derrotista en el seno de los ejércitos ocupantes —mediante intensa propaganda revolucionaria— con repetidos ataques armados contra las fuerzas que aún permanecían activas. Aunque la burguesía alemana intentó organizar una retirada ordenada para salvar lo que pudiera de su ejército, ya era demasiado tarde: el movimiento social en Ucrania transformó esa retirada en una auténtica desbandada.

El derrotismo revolucionario constituye una cuestión decisiva en la respuesta del proletariado a la guerra burguesa. Para nuestra clase, la guerra no es más que una prolongación de la paz capitalista, o mejor dicho, otro momento de la guerra permanente que la burguesía nos declara. Pero este “otro momento” de la dictadura de la burguesía exige que la lucha de los explotados genere directrices precisas y perspectivas claras. Fue en ese aspecto que Lenin, Liebknecht, y tantos otros, reafirmaron entre 1914-1915, frente al tierno pacifismo y sin perspectivas de la socialdemocracia, la necesidad de luchar contra “su propia” burguesía, mediante directrices y consignas explícitas⁷.

Mientras los pacifistas “balaban” por el cese de las hostilidades y se movilizaban objetivamente para la guerra, sin plantear alternativa alguna, los comunistas oponían una perspectiva radicalmente distinta: girar los fusiles contra “sus propios” oficiales, denunciando como verdadero enemigo del proletariado a “su propia” burguesía y reivindicando la confraternización de esa lucha con los soldados de los diferentes ejércitos. En definitiva: fomentando y organizando la derrota de “su propio” país, de la patria que situaba a la gendarmería a sus espaldas.

El derrotismo revolucionario es, pues, la realización práctica del enfrentamiento revolucionario contra la guerra, en el que el proletariado dispara contra los que le ponen el fusil en la garganta. Pero su contenido excede el frente militar: abarca toda la esfera de la producción, la reproducción misma de la sociedad capitalista. En el plano militar, se desarrolla a través de la guerra revolucionaria, que en oposición al “derrotismo simplista” se caracteriza por la organización armada del proletariado que dirige el enfrentamiento contra el ejército burgués que tiene enfrente, que asume su represión, que se personifica como “su propia” burguesía, llevando la pelea al interior de ese organismo y distinguiendo —de forma cada vez más clara— entre sus dirigentes y los subordinados, destapando la existencia permanente de la contradicción de clase que habita en toda institución militar burguesa y empujándola hacia su ruptura. Hasta que dicha contradicción estalla abiertamente, forzando a cada uno a elegir

su bando, desembocando en una crisis violenta que descompone la estructura militar y conduce finalmente a su destrucción total.

El terreno de esa contraposición armada no reside en la búsqueda de la superioridad técnica y estrictamente militar, en el choque de “aparato contra aparato” o “ejército contra ejército”. El contenido real de la lucha nunca está garantizado únicamente por el armamento —ciertamente indispensable—, ni por la forma específica que adopten los destacamentos armados, como los que actuaron en el movimiento insurreccional en Ucrania. El derrotismo siempre se basa en la descomposición de los ejércitos burgueses mediante la acción del proletariado que vuelve sus armas contra “sus propios” oficiales y contra cualquier expresión que trate de reprimir su acción, negándose a servir como carne de cañón o como verdugo de sus propios hermanos de clase, empujando así el proceso revolucionario en todos los frentes burgueses.

En la guerra revolucionaria en Ucrania, cada vez que los distintos grupos guerrilleros que conformarían luego el Ejército Insurreccional atacaban y vencían a tropas austroalemanas —lo que se hacía cada vez más frecuente en plena descomposición de los ejércitos del imperialismo alemán—, procedían según los mismos criterios: los oficiales eran ejecutados, por ser los más acérrimos defensores del orden burgués y a menudo verdugos de sus propios soldados; los prisioneros rasos eran liberados, con excepción de aquellos reconocidos por su残酷, invitándoles a regresar a casa y difundir la noticia de la revolución social en Ucrania. A la par, los revolucionarios distribuían también folletos y textos en diferentes dialectos del alemán para dislocar a las tropas austroalemanas que actuaban como gendarme de la burguesía local, y animar a los soldados a unirse a la actividad revolucionaria en curso en Alemania y Austria. El carácter internacionalista del movimiento se manifestó ahí con toda su fuerza.

Archinov describe así las tareas asumidas por los destacamentos insurgentes en la región:

«a) realizar activamente tareas de propaganda y organización entre los campesinos;

7 Por iniciativa de facciones minoritarias de la Internacional Socialista, se celebraron sucesivamente varias conferencias internacionales durante la guerra: en Copenhague y Zimmerwald en 1915, en Kienthal en 1916, donde se afirmaron posiciones pacifistas y centristas. Grupos y militantes que luego serán conocidos como “izquierda comunista internacional” (a la que se unió Lenin), estuvieron presentes allí y asumieron una verdadera ruptura de clase. Hay que ver que en ese momento Lenin todavía oscilaba entre su capacidad para incorporarse al movimiento proletario en ciertos momentos y la coherencia socialdemócrata que atravesó toda su práctica histórica que le llevarían a asumir las peores responsabilidades estatales después de la insurrección de octubre.

b) librar una lucha sin cuartel contra sus enemigos. En la base de esta lucha se encontraba el principio de que todo terrateniente que persiguiera a los campesinos, todo agente de policía del hetman y todo oficial ruso o alemán, en tanto enemigos mortales e implacables de los campesinos, no debía recibir piedad y debía ser suprimido. (...) En el espacio de dos o tres semanas, este destacamento se había convertido en el terror, no sólo de la burguesía local, sino también de las autoridades austroalemanas»⁸.

PIOTR ARCHINOV

Archinov no fue un compañero de viaje cualquiera de Majno: fue él quien lo formó políticamente años antes, cuando ambos estaban en prisión. Militante comunista que se autodefinía como anarco-comunista, dedicó toda su vida a organizar las luchas y a los revolucionarios, lo que le valió ser acusado de “anarco-bolchevique”—como ocurriría más tarde a los militantes del grupo Nosotros en España— por parte de los grandes círculos antiautoritarios parisinos, el triste equivalente de los intelectuales kropotkianos en Rusia, denunciados por Majno como indiferentistas pedantes.

66

Muchos destacamentos guerrilleros estaban compuestos por proletarios originarios de Ucrania, pero también por combatientes de origen griego (había importantes colonias griegas alrededor del Mar Negro), alemán, húngaro, “judío”, austriaco y de la Gran Rusia. El derrotismo revolucionario, al promover la generalización internacional de la revolución, logró una importante unificación proletaria en torno a sus verdaderas tareas.

Así, varios destacamentos bolcheviques enviados desde Rusia para combatir al hetman Skoropadsky desobedecieron las órdenes del partido y se incorporaron, en plena lucha, a la disciplina del Ejército Revolucionario Insurreccional. Más tarde, regimientos enteros del Ejército Rojo, ganados por la acción derrotista, se pasaron al lado insurgente.

CENTRALIZACIÓN REVOLUCIONARIA

Los militantes revolucionarios, cualquiera sea la bandera bajo la que militen, tienden a organizarse instintivamente en torno a la fracción más decidida, aquella que logra centralizar efectivamente la actividad revolucionaria. Así, el destacamento bolchevique conocido como Kolossoff —nombre de su comandante— actuó a menudo en coordinación con los destacamentos del Ejército Insurreccional en su lucha contra las tropas austroalemanas. Lo mismo ocurrió cuando el destacamento de Majno se acercó a la pequeña ciudad de Nizhne-Dnieprovsk —cerca de Ekaterinoslav—, donde el destacamento y el partido del comité bolchevique local se unió los insurgentes.

Este modo de proceder constituye la materialización concreta de la guerra revolucionaria, propugnada meses antes, durante las negociaciones de Brest-Litovsk, por las fuerzas revolucionarias del proletariado contra la minoría bolchevique agrupada en torno a Lenin. La actividad de los militantes proletarios en esta región **demuestra materialmente la posibilidad real de librar una guerra revolucionaria internacional**, negando en los hechos los argumentos esgrimidos por Lenin para firmar aquella paz vergonzosa, desmovilizadora y contrarrevolucionaria.

El derrotismo revolucionario alcanzó su apogeo entre septiembre y diciembre de 1918. El Ejército Insurreccional prefiguraba ya su formidable existencia con la asistencia masiva de proletarios que acudían a organizarse en su seno, aunque muchos debieron asumir otras tareas del movimiento ante la imposibilidad de armar a todos.

Cuando las tropas austroalemanas se retiraron, el gobierno del hetman Skoropadsky huyó y su régimen se hundió. Sin embargo, el movimiento insurreccional apenas tuvo tiempo para disfrutar su victoria: viejos enemigos reaparecerían pronto en el horizonte.

Las fracciones burguesas agrupadas en torno a Petliura aprovecharon la oleada nacionalista antiaustriaco-alemana que se propagó para reorganizar su ejército y restaurar la rada republicana. Apoyándose

en el entusiasmo que siguió a la partida de los ejércitos austroalemanes y del *hetman* Skoropadsky, Petliura intentó situarse en el centro de las victorias contra el imperialismo alemán y presentarse como héroe nacional, logrando reunir enormes masas en torno él y reinstaurar la rada en diciembre de 1918.

Pero no tuvo mucho tiempo para beneficiarse de su popularidad y su poder pronto se desmoronó. Apenas un mes después de emerger, al primer choque con las fuerzas de la revolución, su ejército se evaporó y Petliura tuvo que huir, reduciendo su influencia al Oeste de Ucrania. El petliurismo se derrumbó tan velozmente como había surgido, aunque su ejército mantuvo fuerza suficiente para atrincherarse en el oeste y resistir cuando al Ejército Rojo comenzó a adentrarse en Ucrania para consolidar la reconstrucción del Estado ruso.

La base social del movimiento nacionalista se disolvió junto con las ilusiones que había generado entre ciertos sectores del proletariado. La mayoría de los proletarios que se unieron a él durante un tiempo se retiraron de su ejército, pues eran hostiles al nuevo poder burgués establecido, siendo atraídos rápidamente por la fuerza revolucionaria que crecía desde el sur. En esas regiones, donde las revueltas proletarias se organizaron con más fuerza en torno a su propio programa, en torno a la bandera de la revolución social, el nacionalismo tuvo escasa influencia y fue denunciado sin ambigüedad como lo que era: una forma renovada de someter al proletariado a la explotación.

A comienzos de enero de 1919, apoyándose en esas regiones, el proletariado dio otro paso decisivo en el proceso de organización unitaria de su combate. En la estación ferroviaria de Pology —entre Gulai-Polé y Mariúpol— se celebró un congreso con la participación de cuarenta delegados de los destacamentos guerrilleros. Su objetivo era claro: asumir la lucha bajo una dirección única, superar la autonomía federalista que dispersa y descuartiza la lucha, asumiendo la centralización de los distintos destacamentos guerrilleros, y, al mismo tiempo, resolver las carencias operativas detectadas. Fue pasándole por encima al antiautoritarismo doctrinario como se constituyó formalmente el **Ejército Insurreccional Revolucionario**. Más adelante abordaremos por qué, en el terreno productivo, la dirección del movimiento no alcanzó la misma coherencia.

Llegado a esta fecha, Ucrania quedaba dividida en tres zonas: el oeste, refugió el petliurismo; el centro, Kiev y Ekaterinoslav, en manos de los bolcheviques, ahora con el Ejército Rojo; y una vasta extensión al sur y al este de Ekaterinoslav, que pasarían a conocerse como los “territorios liberados”, en manos del pujante movimiento revolucionario.

Como veremos más adelante, la identificación de la revolución con la defensa de esos “territorios liberados” encerró al proletariado en una gestión localista, desgarrando la perspectiva internacional y dándole una determinación a los acontecimientos que contribuyeron finalmente a su derrota.

EL EJÉRCITO INSURRECCIONAL REVOLUCIONARIO

El núcleo organizador del *Ejército Revolucionario Insurgente* entorno a la bandera negra lo constituye, obviamente, el hecho de que fueron los militantes anarco-comunistas —Majno, Schus, Nikiforova...— quienes, una vez liberados de las cárceles zaristas o de vuelta del exilio, regresaron a Ucrania para asumir las tareas de agitación y organización revolucionaria.

Sin embargo, en su dirección no sólo estuvieron esos militantes revolucionarios, sino que la misma estuvo integrada por socialrevolucionarios de izquierda, maximalistas, bolcheviques que habían roto con el partido, y por supuesto, los “sin partido”.

Su constitución se basa exclusivamente en el voluntariado y son los mismos combatientes quienes elaboran colectivamente una disciplina interna. Su órgano central fue el Soviet Militar Revolucionario. Los gérmenes de esta estructura de combate surgieron espontáneamente durante la lucha contra el ejército austroalemán. Posteriormente, cada grupo guerrillero se organizó en una zona, adoptando el nombre del pueblo más cercano, nombraba un “Batko” y se subordinaba informalmente al “Batko” Majno. Finalmente, la mayoría de los destacamentos acabaron

centralizándose formalmente bajo el Cuartel General de las tropas insurgentes compuesto por Majno, Schus, Petya Lyuty, Karetnik y Marchenko.

A nivel práctico, esta instancia de centralización estaba complementada por el Cuartel General Operativo que tenía poderes ilimitados en el frente y en la retaguardia; se encargaba de fusionar destacamentos en regimientos, distribuir suministros, organizar nuevos destacamentos, nombrar delegaciones del Cuartel General en los frentes y dirigir las operaciones de combate. Todos los destacamentos adheridos se comprometían a respetar esta disciplina interna, bajo pena de desarme y puesta a disposición del tribunal insurgente sus dirigentes.

Lo que rige la organización armada es la defensa inmediata de los intereses de clase, acompañada de una comprensión directa de sus implicaciones y del movimiento comunista real. Por eso la adhesión es colectiva y social, impuesta por las circunstancias sociales y no a título individual y dependiente del libre arbitrio.

El armamento y la estructura se adaptaban a una guerra móvil y de corto alcance. La escasez de armas y la necesidad de mantener la producción originaron una rotación constante entre el frente y la retaguardia. Como sucede siempre en esos casos, el entusiasmo y el fervor revolucionarios compensan las insuficiencias de medios: a principios de 1919, sobre un total de 100.000 combatientes solo 30.000 estaban armados. Los demás constituían una reserva que, en ocasiones, combatía con herramientas o armas improvisadas como garrotes y hondas.

Un comité de propaganda acompañaba siempre al ejército, redactando folletos, organizando asambleas y difundiendo la perspectiva comunista.

El carácter de clase del Ejército Insurreccional se reflejaba también en su trato hacia los prisioneros: cuando se trataba de soldados rasos, ya fueran del ejército alemán, de blanco o del rojo, eran desarmados y liberados tras explicarles los motivos de la lucha, bajo el compromiso de no volver a empuñar las armas contra ellos. Algunos decidían incorporarse posteriormente al Ejército Insurreccional. Otros muchos asumían ese compromiso y desertaban al regresar a sus territorios, aunque la gran mayoría eran obligados a reincorporarse al ejército. Lo que no invalidaba esa forma de proceder pues contiene el reconocimiento de los soldados como proletarios bajo uniforme, espoleándolos a defender sus intereses con la deserción y la extensión de la lucha subversiva en su vuelta a su región de origen. Así, incluso en el caso de ser reincorporados por la fuerza en los ejércitos burgueses, muchos explicaban a sus compañeros lo que habían visto al “otro lado de la barricada” y el trato recibido, lo que cuestionaba la propaganda bélica contra los insurgentes. No puede extrañar que la moral de las tropas que se enfrentaban al Ejército Insurreccional se encontrase minada, ni que durante la primera y la segunda campaña del Ejército “rojo” contra la insurrección se multiplicaran las deserciones, con soldados regresando a sus hogares o incorporándose al Ejército Insurreccional.

En cambio, los oficiales recibían un trato muy diferente: el pelotón de fusilamiento funcionaba sin piedad. En las localidades donde la contrarrevolución era derrotada, los burgueses responsables de su organización eran fusilados; los demás, neutralizados y expropiados.

En definitiva, se ejercía un terror selectivo contra la contrarrevolución y sus agentes. Esto es precisamente lo que los revolucionarios siempre han llamado terror rojo, perversamente asociado a los crímenes del ejército burgués dirigido por Trotsky. El Ejército Rojo, no lo olvidemos, se construyó sobre la disolución de las Guardias Rojas, el encuadramiento y la movilización forzada bajo pena de muerte y el reclutamiento de oficiales zaristas, es decir, ni más ni menos que un ejército como el que siempre hubo en Rusia. La contraposición entre el Ejército Insurreccional y el Ejército “rojo” expresa, en su forma más nítida, la diferencia entre un ejército burgués y un “ejército proletario”. Éste último es un anti-ejército pues no sólo se le contrapone en su carácter interno, sino que emerge y se desarrolla para la destrucción de todos los ejércitos.

7. Contra Denikin. Primera alianza con los bolcheviques (marzo de 1919-julio de 1919)

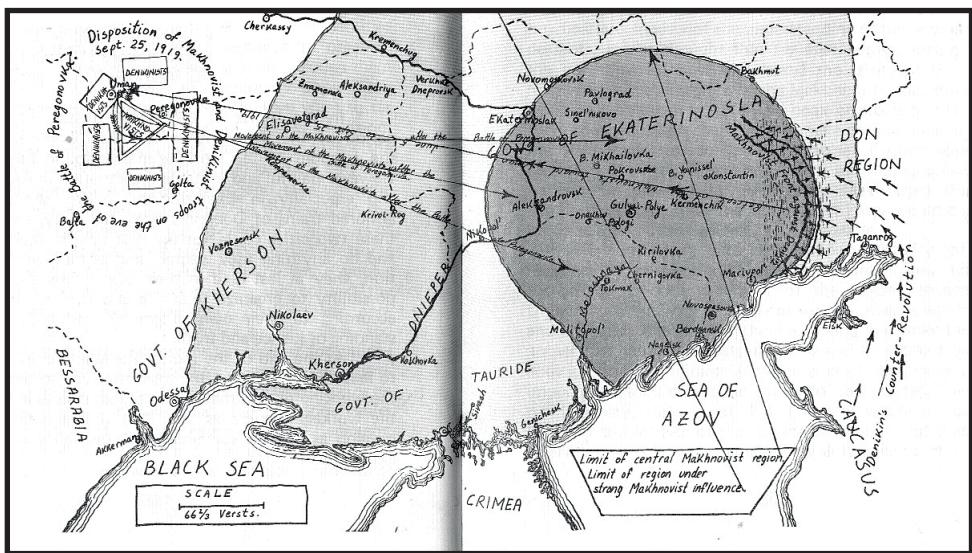
Mientras en Ucrania el proletariado lograba reagruparse, a través del Ejército Insurreccional, unificando los distintos grupos aislados y derrotando en plena descomposición a los restos de las tropas austroalemanas, el poder bolchevique se veía amenazado por todos los frentes. Por un lado, el “cordón sanitario” impuesto por las tropas aliadas; por otro, las fuerzas blancas, equipadas y organizadas por franceses, estadounidenses y británicos, que amenazaban con invadir desde el este (las tropas de Kolchak en Siberia), desde el norte (las de Miller en Arkhangel'sk), desde el sur (las de Denikin en el mar Negro, el mar de Azov y Crimea), y desde el oeste (las de Polonia, Rumania y Checoslovaquia). Además, en el norte de Ucrania, los restos del ejército de Petliura continuaban hostigando a los bolcheviques.

Insurgente estableció su primera alianza con el Ejército Rojo, a través de Dybenko y Antonov-Ovseenko (comandante del frente ucraniano del Ejército Rojo).

Esta primera alianza —considerada estrictamente militar— estuvo marcada, en esos momentos, por una dificultad esencial: la incapacidad de identificar plenamente al Ejército Rojo como enemigo de la revolución, dado que éste cumplía la función de reconstrucción del Estado en Rusia y de desarrollo del Capital. En aquellos momentos, pese a lo que significó Brest-Litovsk y lo que estaba sucediendo en Rusia, la imagen del poder bolchevique seguía asociándose con fuerza a la revolución, lo que influyó fuertemente en las decisiones de los insurgentes en Ucrania. **El mito de los bolcheviques y su “Estado revolucionario” pesaba enormemente sobre la conciencia del proletariado**, sofocando los impulsos a la ruptura que habían comenzado a resonar en el segundo congreso regional de Gulai-Polé. Los bolcheviques, con Lenin a la cabeza, no podían en modo alguno representar para ellos una contrarrevolución

en curso. El peso —¡porque se trataba realmente de un peso!— de los recuerdos de octubre de 1917 y la imagen de los bolcheviques como vanguardia revolucionaria constituyeron, en los hechos, una fuerza material contra la revolución.

Por eso, tras la victoria sobre las fuerzas austro-alemanas, los insurgentes permitieron que el Ejército Rojo ocupara las ciudades de Kiev y Járkov. Consideraban



Fue en este contexto que el ejército blanco de Denikin decidió adentrarse en Ucrania, con la esperanza de avanzar rápidamente hacia el norte aprovechando que los bolcheviques estaban enfrascados en combates contra los nacionalistas de Petliura. Su sorpresa fue enorme cuando chocó con el Ejército Insurreccional. Tras una serie de batallas en las que las tropas blancas, pese a su superioridad en número y equipamiento, fueron rechazadas hasta el mar de Azov, el Ejército Insurgente logró organizar un frente de combate de más de 100 kilómetros.

Ante la nueva amenaza que representaban simultáneamente los ejércitos blancos de Denikin y la reorganización de los petliuristas, el Soviet Militar

que las contradicciones con los bolcheviques podían aplazarse en nombre de la unidad contra la reacción monárquica de los ejércitos blancos. Existía la ilusión de poder “corregir” el rumbo del poder soviético, lo que reflejaba una falta de claridad política respecto a la naturaleza del gobierno ruso que tuvo graves consecuencias.

En el plano internacional, mientras el volcán proletario seguía desparramando lava por Europa, pese a que la lucha contra “su propia” burguesía contenía el más fuerte internacionalismo, la paz de Brest-Litovsk había representado un poderoso golpe contra la revolución mundial y un paso adelante de la contrarrevolución en Rusia, su antiguo epicentro.

Evidentemente esto tuvo un peso directo en el desarrollo de los acontecimientos en Ucrania, que en lugar de recibir desde Moscú la fuerza pujante de la revolución, recibió su negación: la política de reconstrucción del Estado. Esta encrucijada consolidó uno de los límites más importantes del movimiento insurreccional: la identificación entre la defensa de los “territorios libres” y la defensa de la revolución misma.

Aun así, entre algunos militantes y destacamentos revolucionarios se mantuvo una comprensión más clara: no podía haber alianza posible con quienes habían dado pruebas de actuar contra la revolución mediante la paz de Brest-Litovsk, la represión contra los socialrevolucionarios de izquierda, los anarquistas, la Guardia Negra y de toda iniciativa revolucionaria. Era la negación misma de la guerra revolucionaria asumida por el proletariado armado, la estrangulación de la energía revolucionaria por su integración dentro de un Ejército “Rojo” fundado sobre los mismos principios que cualquier ejército burgués: conscripción obligatoria, jerarquía, disciplina como única cohesión y supervisión por exoficiales del ejército zarista.

70 Sin fuerza social suficiente para imponerse contra la alianza, esos militantes optaron por pasar con sus armas a la clandestinidad y organizar el terrorismo revolucionario contra blancos y rojos por igual, defendiendo así el proceso revolucionario. El grupo en torno a María Nikiforova fue el caso más conocido: decenas de militantes organizados en pequeños destacamentos que ejecutaron ataques contra blancos y bolcheviques, como el atentado del 25 de septiembre de 1919 contra una reunión del Comité del Partido Bolchevique en Moscú, donde murieron 12 destacados militantes del partido y resultaron heridos otros cincuenta y cinco.

A pesar de esas resistencias, la alianza se impuso en el movimiento insurreccional, transformándose en un frente interclasista en el que el impulso revolucionario tendía a diluirse bajo la defensa de intereses nacionales. El Ejército Insurreccional fue incorporado oficialmente al Ejército Rojo, aunque los insurgentes se aseguraron por lo menos de conservar su organización, mando y disciplina propia. Como veremos, esta alianza no tardó en resquebrajarse y el Ejército Insurreccional recuperar su autonomía.

Para Moscú, en total coherencia con su política, la alianza significaba la lealtad del Ejército Revolucionario Insurgente al poder del Estado soviético, y

como comprobaremos, el aplastamiento de cualquier foco revolucionario que pretendiera proseguir la revolución social. Sin embargo, muy pronto comprobaron que no sólo el Ejército Insurgente no se sometería, sino que el poder bolchevique era rechazado masivamente en las diversas localidades y ciudades insurrectas.

Para la insurrección esta alianza significaba la disolución del movimiento revolucionario y su sumisión a la defensa armada del Estado capitalista ruso, lo que marca un retroceso, o si se quiere una ruptura insuficiente con la política burguesa de los bolcheviques. Al no lograr materializar una ruptura intransigente, el proletariado en Ucrania quedó atrapado en los flancos de un ejército burgués combatiendo a un “enemigo común”, cayendo así en la trampa que pronto se cerraría sobre él. Solo cuando el movimiento rompió con los bolcheviques y denunció su carácter contrarrevolucionario volvió a afirmarse con fuerza; fuera de ese camino lo único que encontró fue aislamiento, dispersión y masacre.

Como decíamos, esta primera alianza comenzó a resquebrajarse rápidamente. El “comunismo de guerra” impuesto por los bolcheviques agudizó las contradicciones de clase. Los proletarios rechazaron las requisas en los campos y dispersaron las comisiones extraordinarias encargadas de “luchar contra el sabotaje y la contrarrevolución” (checas), que en los hechos estaban dirigidas contra ellos, evidenciando la oposición irreconciliable entre sus intereses y los del Estado soviético. La nueva autoridad bolchevique, creada tras los acuerdos del Ejército Insurreccional, dejó así de ser reconocida y se pasó a la confrontación abierta. A la cabeza de la misma se encontraron los militantes que habían abandonado el frente tras la alianza.

La prensa bolchevique inició una campaña de difamación contra el movimiento proletario: el Ejército Insurreccional fue tachado de “anarco-bandidos”, de “defensores de los kulaks”. Se bloqueó la región, estableciendo puntos de control donde desaparecían numerosos revolucionarios, se saboteó el suministro de armas negándose a enviar ametralladoras y cañones, se trató de disolver la brigada Majno, se ilegalizó el Soviet Militar Revolucionario y se intentó asesinar a Majno en sucesivas ocasiones. Como todos estos sabotajes se consideraron insuficiente, Trotsky destituyó a Antonov-Ovseenko del mando local del Ejército Rojo en junio de 1919, sospechando

que simpatizaba con los insurgentes por denunciar esas maniobras.

Cuando Kaménev insta por un telegrama a Majno a tomar partido contra las tropas armadas de Grigoriev —que se habían rebelado contra los bolcheviques— éste ya quiere distanciarse de la política soviética y le responde:

«*Mis tropas y yo permaneceremos firmemente leales a la Revolución de los obreros y campesinos, pero no a las instituciones violentas, personificadas por vuestros comisarios y checas que tiranizan a la población trabajadora [...] que no son más que instrumentos de coacción y violencia al servicio de establecer una dictadura de partido, y que extiende su violencia contra las asociaciones anarquistas y la prensa anarquista, [ellas] encontrarán en nosotros enérgicos oponentes*»⁹.

Con la llegada de Trotsky a Ucrania, la represión bolchevique se intensificó. Antonov-Ovseenko fue depuesto y destacados militantes revolucionarios fueron fusilados acusados de “conspirar contra el Estado”. El Ejército Insurreccional, desarmado y diezmado por la represión bolchevique, fue arrollado por las tropas blancas que ocuparon sucesivamente Mariúpol y la misma Gulai-Pole, bastión del movimiento.

Frente a este nuevo terror que se abatió contra ellos impulsado por el mismo marco del acuerdo con los bolcheviques, el Ejército Insurreccional denunció a las fuerzas del Estado “Rojo”, pero manteniendo ciertas ilusiones sobre la “honradez” de los bolcheviques. Es así como Majno, creyendo ingenuamente que el odio bolchevique se dirigía sólo contra su persona, renunció a su mando y cedió el control del Ejército Insurreccional a los bolcheviques, convencido de que los hechos demostrarían la combatividad de los proletarios en Ucrania y su adhesión a la revolución frente a las calumnias de Trotsky:

«*En un artículo titulado “La Majnóvschina” [en la revista “En el camino”, nº55], Trotsky plantea la pregunta: “¿Contra quién se levantan los insurgentes majnovistas?”. Y se ocupa a lo largo de su artículo de demostrar cómo la Majnóvschina no sería en realidad más que un frente de batalla contra el poder de los soviets. No dice nada del frente efectivo contra los blancos que se extienden a lo largo de una zona de*

*más de cien kilómetros, donde los insurgentes han sufrido, y siguen sufriendo, innumerables pérdidas en los últimos seis meses. La orden n.º 1824 me declara conspirador y organizador de una rebelión tipo Grigoriev (...) Esta actitud hostil de las autoridades centrales contra el movimiento insurreccional, que actualmente se está volviendo agresiva, conduce ineluctablemente a la creación de un frente interno a ambos lados del cual estarán las masas trabajadoras que tienen fe en la Revolución (...) La manera más segura de impedir que las autoridades cometan este crimen consiste, en mi opinión, en que yo abandone el puesto que ocupo*¹⁰.

ANTONOV-OVSEENKO

Antonov-Ovseenko había denunciado las medidas punitivas previstas contra Majno por lo que fue depuesto el 15 de junio por Trotsky. A finales de abril de 1919, Antonov-Ovseenko escribió a la redacción del Izvestia de Járkov:

«*En su número del 5 de abril, publicó un artículo titulado ‘Abajo la Majnóvschina’. Este artículo está lleno de falsedades y contiene un tono abiertamente provocador. Tales ataques perjudican nuestra lucha contra la contrarrevolución. En esta lucha, Majno y su brigada han demostrado y demuestran un extraordinario valor revolucionario, no merecen los insultos de los funcionarios, sino el reconocimiento fraternal de todos los revolucionarios obreros y campesinos*».

Ya como agente decidido del Estado ruso, Antonov-Ovseenko no mantendría esta actitud hacia los revolucionarios cuando se convirtió en uno de los principales responsables de la represión estalinista de 1936 en España.

Majno, acompañado de otros dirigentes históricos (Schus, Marchenko, Karetnik...), abandonaron el frente, manifestando su intención de aplastar la retaguardia de los blancos. Trotsky, por su parte, a pesar de la presión de los ejércitos blancos, puso precio a la cabeza de Majno, prefiriendo la caída de Ucrania en manos de Denikin antes que ver al movi-

9 Telegrama de Nector Makno a Kamanev documentado por Archinov en *Historia del movimiento majnovista*,

10 Carta de Majno a Trotsky y al Estado Mayor del 14º Ejército, 9 de junio de 1919.

miento insurreccional adquirir una fuerza que podría volverse contra los bolcheviques. Muchos dirigentes del Ejército Insurreccional, como Mijailov-Pavlenko, Oserov y Burbyga, fueron ejecutados en emboscadas tendidas a traición por los bolcheviques, y el propio Majno escapó por los pelos de una de ellas, viéndose obligado a pasar a la clandestinidad, instalándose a las afueras de Alexandrovsk.

SOBRE TROTSKY

Más estalinista que Stalin en aquella época, Trotsky pretendía “restablecer el orden en la cuenca del Donetsk” con puño de hierro en nombre del Estado soviético. En el contexto de la prohibición que impuso a la celebración del Congreso Regional de campesinos y obreros en Gulai-Pole, acontecimiento que fue el pretexto elegido para iniciar la represión de los partidarios del Ejército Insurreccional, Trotsky proclamó:

«Ordeno (...) arrestar a todos los traidores que abandonen voluntariamente sus unidades para unirse a Majno y llevarlos ante el Tribunal Revolucionario como desertores (...). Proclamo que el orden sea restablecido con puño de hierro. Los enemigos del Ejército Rojo obrero y campesino, los especuladores, los kulaks, los alborotadores, los secuaces de Majno o de Grigoriev serán eliminados sin piedad por las seguras y firmes unidades regulares. ¡Viva el orden revolucionario, la disciplina y la lucha contra los enemigos del pueblo!»

El resultado de la alianza fue inequívoco: la desestructuración y el debilitamiento del movimiento revolucionario, preludio de su tentativa de aniquilación total. La ofensiva de los ejércitos blancos y la desorganización de las fuerzas revolucionarias inducida por Trotsky condujeron a la debacle del Ejército Rojo en julio de 1919, que ordenó su evacuación hacia Moscú, abandonando a su suerte a los proletarios en Ucrania.

El ejército de Grigoriev, que se había aliado momentáneamente a los bolcheviques, decidió volverse de nuevo contra ellos en el preciso momento en que

Trotsky propone a este líder burgués... ¡mostrar su internacionalismo hacia los proletarios en Hungría partiendo a combatir contra el Ejército rumano que intentaba aplastarlos! Grigoriev, en cambio, propuso a Majno y sus compañeros unirse a él para enfrentarse a los bolcheviques. Pero, a pesar de todos los crímenes y tretas que habían sufrido, el Ejército Insurreccional mantiene con orgullo la bandera de la Revolución Social, negándose a pactar con aquella fracción burguesa.

Sin embargo, sabiendo que Grigoriev tenía una cierta fuerza de encuadramiento en ciertos sectores del movimiento proletario, Majno y sus compañeros deciden actuar con cautela. Fingieron aceptar su propuesta y asistieron armados al mitin de unión celebrado el 27 de julio de 1919 en Sentovoa donde asistieron más de veinte mil personas. Para sorpresa de Grigoriev, Alexéi Chubenko, uno de los dirigentes del Ejército Insurreccional, intervino en el mitin denunciando el carácter contrarrevolucionario de Grigoriev y de su movimiento, llamando a todos los que le seguían a romper con él, concluyendo con una proclama: “¡La lucha contra los bolcheviques sólo será verdaderamente revolucionaria si se libra en nombre de la Revolución Social!”. Hay una gran conmoción entre los asistentes, pero de desenlace inmediato: Grigoriev y su Estado Mayor son ejecutados. Es el fin de ese movimiento nacionalista.

8. El Ejército Insurreccional victorioso. Terror revolucionario y tentativas de organización social. (agosto-diciembre de 1919).

El divorcio con los bolcheviques parecía total y definitivo. A los dirigentes bolcheviques que volvieron a solicitar a Majno combatir juntos bajo el mando de oficiales rojos, este respondió:

«Habéis engañado a Ucrania (¡sic!) y, lo que es más grave, habéis fusilado a mis camaradas en Gulai-Pole; vuestras unidades se pasarán de todos modos a mi lado, y entonces procederé con todos vosotros, los responsables, del mismo modo que procedisteis con mis camaradas»¹¹.

El momento era totalmente caótico. Las fuerzas blancas de Denikin obtenían una victoria tras otra. En esa delicada situación, Majno y sus compañeros

hicieron un llamado a todos los combatientes para que abandonaran las filas del Ejército Rojo y se reorganizara el Ejército Insurgente. La desbandada fue general: unidades enteras desertaron. Si bien algunos se dispersaron por el campo, una gran parte se unió a ellos. Miles de soldados del Ejército bolchevique, descontentos con las “tácticas” de su “Napo” León Trotsky, se incorporaron a los batallones insurgentes. Este fue el caso, por ejemplo, de varios batallones bolcheviques de Crimea, algunos dirigidos por antiguos mandos del Ejército Insurreccional, como Kalachnikov, Dermendji y Budanov.

Otros importantes destacamentos del Ejército Rojo, procedentes de Novo Bug, destituyeron a sus jefes y partieron en busca del disperso y desorganizado Ejército Insurreccional. La unión de estas tropas tendrá lugar unos meses más tarde, en agosto de 1919, en Dobrovelychivka. Fue precisamente en este distrito, ubicado cerca de Odesa, donde convergieron en masa los combatientes dispersos del Ejército Revolucionario Insurgente. Sólo entonces fue posible su reestructuración, alcanzando unos 20.000 combatientes, organizados en cuatro brigadas de infantería y caballería, una división de artillería y un regimiento de ametralladoras.

Aunque no cabe duda de que la creciente identificación entre la revolución y el territorio ucraniano constituía un límite del propio movimiento —que implicaba un encierro que frenaba el desarrollo de la revolución—, en ese momento se delimitó con mayor claridad a los enemigos. El proletariado dio entonces un nuevo salto de calidad: **el Ejército Revolucionario Insurgente gira sus armas también contra los bolcheviques.**

Como vimos, la fracción blanca de la burguesía se había reinstalado en Ucrania con la ayuda de Denikin, aprovechando la debacle del Ejército Rojo y la desorganización del Ejército Insurreccional, obligando a recular al movimiento. En consecuencia, la represión contra el proletariado, con su estela de saqueos, masacres y violaciones, se intensificó. El Ejército Insurreccional se vio forzado a retroceder. Con él, huía una masa de hombres, mujeres y niños de la persecución implacable de los ejércitos blancos. Era una gigantesca caravana humana de unas ciento veinte mil personas, que se extendía a lo largo

de casi 40 kilómetros y resistió durante meses los ataques de las diversas fracciones de la burguesía a lo largo de más de 600 kilómetros.

Tras meses de fuga, la batalla de Perekovka —cerca de Umán— librada los días 25 y 26 de septiembre de 1919, supone un serio revés para los blancos. Sorprendidos por una ofensiva inesperada, sufrieron una derrota decisiva que permitió al Ejército Revolucionario Insurgente revertir las tornas en apenas diez días: batió a la retaguardia de Denikin y, al mismo tiempo, liberó a Moscú del creciente dominio de los ejércitos blancos. De hecho, el propio Lenin llegó a pensar entonces que, ante la inminente llegada de Denikin a Moscú, todo estaba perdido, llegando incluso a solicitar asilo en Finlandia, que le fue concedido.

Denikin, al subestimar al Ejército Insurreccional, había lanzado el grueso de sus tropas contra Moscú. Aislado de sus bases de retaguardia, de sus comunicaciones y de sus suministros, su ejército sufrió una derrota aplastante, que debe considerarse como el verdadero punto de partida de la capitulación del Ejército Blanco en Rusia, contrariamente a la leyenda que atribuye esa victoria al Ejército Rojo gracias a la “ciencia militar” de Trotsky¹².

En las ciudades, los proletarios, junto con los destacamentos insurreccionales, desataron su ira destruyendo todos los vestigios y símbolos de la opresión: cárceles, comisarías, puestos policiales y de gendarmería fueron volados con dinamita; los delatores, jueces, oficiales y burgueses fueron fusilados. Por dondequiera que pasaba el Ejército Insurreccional, las fuerzas organizadas de la contrarrevolución eran derrotadas y los proletarios fundaban nuevos soviets para reorganizar la vida social. De esta forma, en el otoño de 1919, **el Ejército Insurreccional aniquiló la contrarrevolución de Denikin**, aplicando un auténtico terror revolucionario que barrió al ejército blanco y a toda resistencia burguesa organizada en Ucrania.

Los llamados “territorios libres de Ucrania” alcanzaron en este momento su máxima extensión, abarcando todo el sudeste del país: desde el río Don hasta el Dniéster, y desde Ekaterinoslav hasta el mar de Azov.

12 Si el Ejército Rojo obtuvo victorias gracias a la llamada “ciencia militar” de Trotsky, esta ciencia burguesa encontró sus fundamentos en el terror blanco (pintado de rojo, y ampliamente descrito en su famoso libro: “Terrorismo y comunismo”) que impuso a las tropas y que parece haber resumido bien, al afirmar que, si “avanzar conducía a una muerte posible, ¡retroceder conducía a una muerte segura!”

«Propietarios terratenientes, grandes agricultores, kulaks, gendarmes, curas, alcaldes, oficiales disfrazados, todos eran barridos en el camino victorioso de los majnovistas. Las prisiones, los puestos de policía y los comisariados, en una palabra, todos los símbolos de la servidumbre popular, eran destruidos. Todos aquellos de quienes se sabía que eran enemigos activos de los campesinos y obreros fueron aniquilados. En especial, los fuertes propietarios territoriales y los grandes agricultores explotadores del pueblo, los kulaks, perecieron en gran número».

Archinov, *Historia del Movimiento Majnovista*. 1921

Pero el movimiento, arrastrado por los acontecimientos, se vería nuevamente constreñido por los mismos límites que los meses anteriores. Encerrados en el oriente de Ucrania, sin decidirse a generalizar la lucha más allá de esos confines ni a ponerse abiertamente a la cabeza de la **lucha abierta contra el Estado “pintado de rojo”**, y además tremadamente diezmados por el gigantesco esfuerzo de guerra realizado y una devastadora epidemia de tifus que afectó a casi el 70% de sus combatientes (el mismo Majno cayó gravemente enfermo y permaneció en coma durante 10 días), marchaban directamente hacia el desastre.

En las grandes ciudades, durante el corto período entre octubre a diciembre de 1919 en que el Ejército Insurreccional fue dueño de Alexandrovsk y, sobre todo, Ekaterinoslav, la **ideología antiautoritaria se manifestó con todas sus contradicciones**. Olvidando los métodos firmes con los que, de la forma más autoritaria, habían dirigido la guerra de clases contra los diferentes ejércitos burgueses, el Ejército Insurreccional decretó —democrática y antiautoritariamente— la plena libertad de prensa y de asociación, así como la posibilidad de reorganizarse para todos los “socialistas” que intentaban estrangular la revolución por todos los medios:

«1) Todos los partidos, organizaciones y corrientes políticas socialistas tienen derecho a propagar libremente sus ideas, teorías, puntos

de vista y opiniones, tanto oralmente como por escrito. No se admitirán restricciones a la libertad de los socialistas de prensa y de expresión, ni serán perseguidos por ello».¹³

Sin embargo, percibiendo —de forma limitada— el absurdo que encerraba el hecho de ejercer el terror revolucionario en el campo de batalla, pero no en el terreno económico, social y político, los propios dirigentes del Ejército Insurreccional “prohibieron a todos los partidos imponer cualquier autoridad política contra las masas trabajadoras”, llegando incluso a fusilar a quienes quebrantaban esta norma¹⁴. Pero tales decisiones no fueron más que medidas puntuales que nunca se convertían en una práctica coherente, lo que dejó manos libres a la contrarrevolución “roja”.

A partir de ese momento, el Ejército Rojo, aprovechando todas las debilidades de la insurrección, se restablece en la región, proponiendo de inmediato al Ejército Insurreccional “compartir el poder”. Se trataba de ceder al Ejército “rojo” el monopolio de la violencia, mientras la administración y la dirección de las ciudades quedaba en manos del Ejército Insurreccional. Sin embargo, teniendo presente la experiencia reciente, los insurgentes rechazaron categóricamente tal desarme. Pero, en lugar de asumir una posición de fuerza y asumir las tareas esenciales de la dictadura del proletariado mediante medidas inmediatas contra el poder bolchevique, los dirigentes del Ejército Insurreccional, se empantanaron en la ideología antiautoritaria y antisustitucionista, permitiendo así que, desde enero de 1920, los bolcheviques dispusieran del tiempo necesario para reconquistar las regiones insurgentes de Ucrania e imponer su programa.

9. Regreso de la represión “roja” y guerra revolucionaria contra los bolcheviques (enero-septiembre 1920).

El 8 de enero, los bolcheviques, a través del Consejo Revolucionario Militar del XIV Cuerpo del Ejército Rojo, emitieron una orden para que el Ejército Insurreccional acudiera al frente polaco a combatir bajo su dirección. Se trataba, una vez más, de utilizar el

13 Consejo Militar Revolucionario de las Guerrillas Majnovistas, Ekaterinoslav, 5 de noviembre de 1919.

14 Ese mismo mes de noviembre de 1919, Crimea Polonsky, comandante del 3er regimiento del Ejército Insurreccional, fue ejecutado junto con otros miembros acusados de pertenecer a una “organización autoritaria”.

frente para exterminar a los sectores más combativos y recuperar el terreno perdido. De hecho, los propios documentos del Ejército rojo atestiguan que su objetivo era el desarme de las regiones insurgentes y la liquidación del Ejército Insurreccional.

Aunque el proletariado comprendió perfectamente de qué se trataba y rechazó la llamada al frente, volvió a hacerse las mismas ilusiones anteriores, al concebir esa alianza como la última posibilidad de impedir el regreso de Denikin y deshacerse definitivamente de él. El movimiento se mostró incapaz de mantener su ruptura con los bolcheviques y volvió a verlos como un mal menor para defender “sus territorios liberados”. Como si estos no fueran la personificación del Estado burgués que retoma en sus manos la reorganización del Capital, permitieron al Ejército rojo moverse libremente, dejando a proletarios aislados y vulnerables ante la represión bolchevique.

Largas discusiones habían conducido al Ejército Insurreccional a esta política criminal. Revolución y contrarrevolución chocaron al interior de este organismo proletario, como señalamos al principio de este texto. En efecto, una parte consideraba necesario continuar la guerra revolucionaria y preconizaba la generalización del movimiento, desarrollando las luchas libradas contra Denikin. Describían el estado de ánimo revolucionario no sólo de la región, sino en todo el proletariado en Rusia, dispuesto a realizar lo que denominaba la “Tercera Revolución Social”.

TERCERA REVOLUCIÓN SOCIAL

Hablar de “tercera revolución social” es, evidentemente, un absurdo si se considera —y así lo consideramos— que sólo hay **una revolución social comunista**, en la medida en que no habrá más que una única transición del capitalismo al comunismo, es decir, de la dictadura mundial de la burguesía a la comunidad humana: la dictadura del proletariado.

Sin embargo, en el contexto de la reconstrucción del Estado en Rusia en torno a los mismos bolcheviques que habían participado en la insurrección de octubre de 1917, la afirmación de la necesidad de una “tercera revolución social” concentraba la crítica proletaria a los límites de febrero y octubre, y denunciaba al gobierno soviético como un gobierno burgués.

Efectivamente, durante la guerra contra Denikin masas de proletarios se habían unido espontáneamente al Ejército Insurreccional, percibiendo en él la dirección de una fuerza dispuesta a superar las dificultades y los golpes asentados a la revolución por las diversas fuerzas sociales burguesas. Algunos destacamentos del Ejército Rojo llegaron incluso desde Rusia Central para unirse bajo la bandera negra del Ejército Insurreccional: fue el caso de numerosas tropas bolcheviques procedentes del gobierno de Orel y comandadas por Ogarkov, por ejemplo.

Pero, más allá de los proletarios en la región, muchas otras fuerzas organizadas de la revolución se incorporaron al Ejército Revolucionario Insurgente. Además de antiguos bolcheviques, socialrevolucionarios de izquierda se unieron a los anarco-comunistas, como Víctor Popov, el antiguo marino del Mar Negro que había encabezado el levantamiento de los socialrevolucionarios de izquierda contra los bolcheviques en julio de 1918.

Sin embargo, estas fuerzas favorables a la generalización de la guerra revolucionaria —que clamaban desde el corazón de Moscú por desarrollarse y llevar hasta allí la confrontación— fueron frenadas, como ya había ocurrido en Brest-Litovsk. Las tentativas de ir hasta el final fueron débiles y cedieron ante un contexto que apresaba a los proletarios en la ideología antiautoritaria, personificada por charlatanes como Volin, quien preconizaba la construcción positiva de comunas federadas “anarquistas”, invitando a los revolucionarios a retirarse a las regiones “liberadas” en torno a Gulai-Pole, su bastión. Esa orientación significó, de hecho, el abandono de amplios sectores del proletariado a la represión y al terror ejercidos por los agentes del Estado bolchevique.

La ideología socialdemócrata, en su versión antiautoritaria, facilitó la campaña represiva a la que se entregaron los bolcheviques durante nueve meses. El Ejército Rojo no tardó en ocupar los “territorios liberados” para restablecer la autoridad del Capital. Las prisiones fueron reconstruidas y abarrotadas, la policía y la Checa comenzaron a arrestar y fusilar a los revolucionarios, así como a todos aquellos que pudieran formar parte del movimiento insurreccional, acusados de “traidores al pueblo ucraniano”.

Este es **el comienzo de la “guerra civil” entre los bolcheviques y el movimiento insurreccional, en la que el movimiento social del proletariado asumió decididamente una guerra revolucionaria contra el Ejército rojo**, contra “su propia” burguesía que

ahora se materializa bajo esta nueva forma. Para evitar la confraternización entre el Ejército Rojo y el Ejército Insurreccional, los bolcheviques enviaron soldados estonios, letones y chinos para participar en la represión —lo que no impidió algunas deserciones y confraternizaciones—. Fue una auténtica masacre. Según las estimaciones más bajas, sólo en 1920 hubo alrededor de 200.000 muertos, además de otros tantos deportados a Siberia.

Ese año, marcado por el denominado “comunismo de guerra”, intensificó el odio contra los bolcheviques. El ganado y las cosechas fueron requisados, provocando una hambruna en el que era conocido como el “granero de Europa”. Pese a todo, el Ejército Rojo siguió sufriendo reveses a manos de proletarios armados que, determinados por la defensa de sus condiciones de vida, rompieron, una vez más, con todas las ideologías que los masacraban y emprendieron una despiadada guerra de guerrillas contra quienes pretendían perpetuar su condición de explotados.

El Ejército Insurreccional creó entonces la **Comisión contra la Actividad Anti-majnovista**, concebida esencialmente como un órgano de centralización de la violencia revolucionaria destinado a perseguir y eliminar las checas, a los comisarios bolcheviques y a sus fuerzas de requisas de alimentos, aunque también llevó a cabo acciones contra oficiales blancos y fuerzas remanentes de Petliura, en especial contra los responsables de pogromos. Nazarí Zuichenko, Halyna Kuzmenko y Vasylivsky asumieron su dirección.

Durante varios meses, la confrontación fue feroz y despiadada por ambas partes. No obstante, los métodos de combate diferían profundamente. El Ejército Rojo procedió como cualquier ejército burgués de ocupación: ejecutó de forma masiva e indiscriminadamente en los pueblos, sabiendo que constituía la base principal del movimiento insurreccional. Los militantes anarco-comunistas capturados eran fusilados inmediatamente —independientemente del rango en el Ejército Revolucionario Insurgente— o arrojados a las cárceles, donde sufrían torturas y chantajes para obligarlos a renegar del movimiento, obtener información e incluso servir de infiltrados.

Desde el lado insurreccional, la guerra revolucionaria y proletaria seguía siendo el medio fundamental de combate contra los ejércitos enemigos, como ya lo había sido durante la ocupación austroale-

mana. Los líderes bolcheviques y demás oficiales “rojos” eran ejecutados sin piedad, mientras que a los soldados se les ofrecía la posibilidad de unirse al Ejército Insurreccional o regresar a sus hogares desarmados. También abogaron por la derrota del ejército enemigo mediante panfletos y materiales de propaganda derrotista en los que, ahora sí, definían con claridad al Estado bolchevique:

«¡Hermanos soldados rojos! (...)

Os envían de nuevo a luchar contra nosotros, los ‘insurgentes majnovistas’, en nombre de un supuesto poder ‘obrero-campesino’, ¡que os trae cadenas y esclavitud una vez más! Las riquezas y gozos van a esta banda de burócratas-parásitos que os chupan la sangre [...] ¿Seguiréis derramando vuestra sangre por la burguesía recién nacida y por los comisarios creados por ella, que os envían como ganado al matadero? ¿Aún no habéis comprendido que nosotros, los “insurgentes majnovistas”, luchamos por la completa emancipación económica y política de los trabajadores, por una vida libre, sin estos comisarios ni otros agentes de la represión? (...)

Para evitar el derramamiento de sangre fraternal, enviadnos delegados para negociar, pero si no os es posible y los comisarios os obligan a combatirnos de todos modos, arrojad vuestras armas y venid a nuestro encuentro fraternal. ¡Abajo la guerra fraterna entre trabajadores! ¡Viva la paz y la unión fraternal de los trabajadores de todos los países y naciones!»¹⁵

Los llamamientos de los revolucionarios tuvieron a veces resultados espectaculares en los soldados del Ejército Rojo. He aquí un extracto del manifiesto redactado por los soldados del regimiento 522 del Ejército Rojo cuando decidieron desertar y unirse al Ejército Revolucionario Insurgente:

«Nosotros, soldados rojos del regimiento 522, nos pasamos al bando de los insurgentes majnovistas el 25 de junio de 1920, sin disparar un tiro y con todo nuestro equipo y armamento. Los comunistas nos acosaron y atribuyeron nuestro paso al bando de los insurgentes majnovistas a la cólera y a la tendencia al bandolaje. Todo era una cobarde mentira de los comisarios que nos habían estado utilizando como carne de cañón. Durante nuestros dos años de servicio

15 *Abajo el combate fraterno*, panfleto de los insurgentes majnovistas, mayo de 1920.

en el Ejército Rojo, llegamos a la conclusión de que todo el régimen social de nuestras vidas descansa únicamente en la dominación de los comisarios y que, en última instancia, nos conducirá a una esclavitud hasta ahora nunca vista en la historia [...]»¹⁶.

Ante el creciente derrotismo de los soldados del Ejército Rojo, y para responder a los métodos revolucionarios del Ejército Insurreccional, los generales bolcheviques crearon comisiones especialmente encargadas de recuperar a los soldados liberados por los insurgentes y reincorporarlos a otras unidades.

A pesar de su debilidad, la resistencia del Ejército Insurreccional se mantuvo firme durante la primera mitad de 1920, al punto de que parecía que los bolcheviques iban a capitular. Pero una nueva amenaza se cernía en el horizonte, dando un nuevo giro a los acontecimientos: los ejércitos blancos se habían reorganizado en Crimea bajo la autoridad del general Wrangel.



10. La nueva ofensiva blanca, la segunda alianza con los bolcheviques y la derrota (julio de 1920-agosto de 1921).

Wrangel asumió el mando del Ejército Blanco, y sus éxitos —reforzados por la extrema debilidad del Ejército Rojo, derrotado por el ejército de Pilsudski frente a Varsovia— permitieron concentrar sus tropas en esa zona de Ucrania.

Diezmado por la represión bolchevique, agotado tras años de guerra y resistencia a las sucesivas ofensivas blancas, e incluso aislado por las calumnias difundidas por los bolcheviques sobre una supuesta alianza de Majno con Wrangel¹⁷, el Ejército Insurreccional

comenzó a resquebrajarse durante el verano de 1920 ante la presión de la ofensiva de Wrangel, a la que se unieron desde el norte el ejército polaco y los nacionalistas ucranianos de Petliura.

En esta situación, algunos sectores del Ejército Insurreccional comenzaron a plantear la necesidad de volver a acercarse a los bolcheviques, lo que demuestra la impresionante fuerza que tiene la defensa a toda costa de los “territorios liberados de Ucrania”. Hasta el punto de considerar la alianza con un ejército que, durante los meses anteriores, había desatado una brutal práctica de terror con más de 200.000 víctimas, que continuaba persiguiendo implacablemente a los revolucionarios con torturas, prisiones y ejecuciones. Un ejército al que habían combatido decididamente los últimos meses. Ese mismo ejército, cuyo objetivo era abatir la revolución empleando todos los medios del terror blanco, era visto ahora como ¡un mal menor!

Sin embargo, como no podía ser de otra manera, tras la terrible represión sufrida, la resistencia a esta nueva alianza fue mucho más firme. Los proletarios habían aprendido por experiencia propia que el terror bolchevique no tenía nada que envidiar al terror blanco. El cuartel general insurreccional (el Soviet Militar) se dividió entre quienes representaban las necesidades del proletariado y quienes se plegaban a la defensa de los “territorios liberados” a toda costa. Y no fue Majno ni una gran parte de los militantes que siempre habían estado a la vanguardia del movimiento insurreccional quienes se pusieron del lado de las necesidades materiales del proletariado. Fueron otros militantes, otros combatientes —en su mayoría anónimos, pero integrantes también de la dirección del Ejército Insurreccional, especialmente los miembros de la Comisión contra la actividad Majnovista, que abandonaron en masa el Ejército Insurreccional— los que se opusieron a cualquier acuerdo con los bolcheviques, reivindicando la guerra revolucionaria contra todos y recordando que fue precisamente sobre esa guerra revolucionaria que el movimiento había surgido y se había desarrollado.

Delegaciones de varias unidades del Ejército Rojo acudieron a Járkov dispuestas a desertar y organizar la “tercera revolución”. Propusieron continuar la lucha contra los blancos y, a la vez, atacar a las fuerzas bolcheviques, algo que contenía en potencia

16 “Soldados rojos del regimiento 522, ahora Majnovistas.”

17 Wrangel, comprobando la extraordinaria fuerza del Ejército Insurreccional, capaz de poner contra las cuerdas a los bolcheviques, envió varios emisarios con propuestas para aliarse con el Ejército Insurreccional. Todos fueron fusilados.

un nuevo impulso a la lucha proletaria en Rusia. De hecho, en Rusia se había formado desde finales de 1919 fuertes guerrillas —aunque dispersas entre sí— formadas por desertores del Ejército rojo, militantes de los socialrevolucionarios de izquierdas y masas proletarias que resistían las requisas en los bosques, siendo todos amalgamados con los blancos por el poder bolchevique. Pero los militantes del Nabat, con Volin a la cabeza, pusieron todo su empeño en cortar esta perspectiva. Alegando que debían ser las masas quienes tenían que decidir a través de sus “sovietes libres” y que todo lo demás sería una dictadura, consiguieron clausurar esa tentativa. ¡Miseria de la democracia y del antiautoritarismo!

NABAT

La Confederación de Organizaciones Anarquistas Nabat era un auténtico saco de gatos. Bajo la fórmula de agrupar las distintas corrientes del “anarquismo”, en su seno convivían grupos y militantes anarquistas (como Aahron Baron o el propio Archinov) junto a toda clase de teoristas, fraseólogos y charlatanes ideológicos del antiautoritarismo. De ahí la línea contradictoria de las diversas manifestaciones de esa organización. Fue la aplicación práctica del “anarquismo de síntesis”, que luego, en el exilio, Volin y Sébastien Faure teorizaron en oposición a la delimitación clasista defendida por el *Grupo de Anarquistas Rusos en el extranjero*.

En este momento decisivo, se convocó una asamblea general de insurgentes en la que, tras una acalorada y larga discusión, se arrancó una mayoría a favor del acuerdo con los bolcheviques. Frente a la ruptura revolucionaria, se impuso la democracia que forjó una nueva criminal alianza con el Ejército rojo.

Recordemos lo que años después decía un antiguo marine del Mar Negro en el periódico *Dielo Trouda*

«En el momento de la celebración del tratado entre Majno y el poder bolchevique, en octubre de 1920, el estado de ánimo de los

marineros era hostil a los comisarios de la Checa. El nombre de Majno era muy popular. Si hubiera habido un vínculo organizativo con Kronstadt, las tripulaciones de los barcos se habrían organizado unánimemente. La Checa no tenía ninguna influencia sobre nosotros (...) Llevábamos mucho tiempo planeando volar el edificio que la albergaba cerca de un parque [en Mariupol, donde tenía su base la flota del Mar Negro]. Por lo tanto, el éxito era posible, pero no sólo no existía ningún vínculo con Kronstadt, sino que nadie oyó hablar de ninguna tentativa de Majno, y nos mantuvimos reacios a actuar. [...] Así, debido a la ausencia de organización, se desperdiciaron las mejores posibilidades revolucionarias».

En octubre de 1920 se firmó un nuevo acuerdo político y militar con el Ejército Rojo¹⁸. ¿Cómo fue posible esta alianza teniendo tan reciente el terror bolchevique? ¿Cómo fue posible que militantes que escribían en el órgano central del Soviet Militar Revolucionario, Put'k Svobode, afirmaran que “objetivamente, los contrarrevolucionarios bolcheviques-comunistas son aún peores que Wrangel”, y aun así aceptaran dicho acuerdo? ¿Cómo justificar frases como “si esta vez el deseo del Partido Comunista de ponerse de acuerdo con nosotros es realmente sincero, en interés de la revolución estaremos de acuerdo con él, en caso de que se nos den garantías serias”? Y continúan: “recordamos y subrayamos que no debemos confundir, ni malintencionadamente ni por incomprendión, el contacto militar resultante del peligro inminente de la revolución con una especie de transición, de ‘ fusión’ y de reconocimiento del poder soviético, lo que no puede ser y no será”.

El acuerdo se impuso en nombre de la misma lógica del “mal menor” que había motivado la primera alianza: mejor un pacto con el Estado soviético que la muerte a manos de los blancos. Esto volvió a mostrar, una vez más, los límites de los sectores más combativos del proletariado sometidos a la democracia y el antiautoritarismo. La decisión de colaborar nuevamente con sus enemigos equivalía a un verdadero suicidio que pisoteaba las lecciones provenientes de la experiencia reciente. Pero, ante todo, reflejaba el factor determinante ya señalado:

18 El punto 2 de este acuerdo estipulaba que “el Ejército Revolucionario Insurgente (majnovista) de Ucrania, al cruzar el territorio de los soviets, al encontrarse en el frente, o al cruzar los frentes, no aceptará en sus filas destacamentos del Ejército Rojo, ni a desertores del mismo.” Como se ve, los bolcheviques tenían enormes dificultades para luchar contra las múltiples deserciones y concentraciones de su ejército entorno al Ejército Insurreccional.

la identificación de la revolución con los “territorios liberados” y su defensa como prioridad absoluta. Desesperados por el avance de los blancos, esa defensa volvió a adoptar la forma de una alianza interclasista con el Ejército Rojo.

La derrota del movimiento se selló en ese momento: fue destruido moral y físicamente en poco tiempo. En el marco de esta alianza, los bolcheviques, sin conceder descanso a los insurgentes, los enviaban continuamente al frente, primero para eliminarlos mientras combatían a los blancos, y, después, para mantenerlos controlados, pues en la retaguardia podían difundir su propaganda subversiva dentro del Ejército Rojo¹⁹.

El Ejército Insurreccional fue diezmados progresivamente, entre otras razones porque sus unidades, formadas por revolucionarios reconocidos por su combatividad, no se amilanaban ante las pérdidas. Los generales bolcheviques de cuatro estrellas lo sabían. Así, por ejemplo, los enviaron a un enfrentamiento abierto de diez kilómetros a través del istmo de Crimea, considerado inexpugnable. Salieron victoriosos, pero al precio de un gigantesco coste en vidas humanas. Los blancos fueron derrotados, pero el proletariado quedó destrozado.

Tras la victoria sobre los blancos, los sectores militantes se relajaron ingenuamente. Vasilevsky, uno de los dirigentes que se había opuesto a la alianza con los bolcheviques (aunque finalmente también la aceptó!), lo vio claro: “El acuerdo ha terminado. Apuesto todo a que en una semana los bolcheviques nos aplastarán”. No se equivocó. Él mismo cayó abatido por el Ejército Rojo.

El Estado ruso percibió que había llegado el momento propicio para eliminar a los principales dirigentes del movimiento insurreccional. A mediados de noviembre de 1920, atacó por sorpresa el cuartel general y las tropas insurgentes en Crimea. Al mismo tiempo capturó a los militantes de Járkov, atacó a los “anarco-comunistas” de Gulai-Pole y destruyó sus organizaciones en toda Ucrania.

Poco después, liberado de la presión de los ejércitos de Wrangel expulsados de Rusia, el Ejército Rojo pudo concentrarse en derrotar definitivamente al movimiento proletario y destruir lo que quedaba del Ejército Insurreccional. La resistencia proletaria

fue extraordinaria, como atestigua que un ejército infinitamente superior en número necesitó seis meses para aplastarlos.

Aun así, la situación era delicada para los bolcheviques a comienzos de 1921. En Petrogrado estallaron grandes huelgas y en Kronstadt el proletariado se sublevó. Durante ese período, numerosos ejércitos de proletarios organizados intentaron oponerse en toda Rusia a la reconstrucción del Estado capitalista por los bolcheviques. En Tambov se levantó una insurrección dirigida por el socialrevolucionario de izquierda Antonov, que llegó a centralizar 50.000 guerrilleros. En Siberia occidental se sublevaron 60.000 proletarios. En Carelia, Asia Central y el Cáucaso, los nuevos amos del Kremlin tuvieron que rendir cuentas. Esta “pequeña guerra civil”, como la llamaron los historiadores soviéticos, se cobró cerca de 200.000 vidas.

Durante esa misma época, la propaganda revolucionaria derrotista del Ejército Insurreccional seguía encontrando eco. El 9 de febrero de 1921, la 1^a Brigada de la 4^a División de Caballería “roja” se unió a un destacamento del Ejército Insurreccional cerca de Pavlograd.

Fue en este período, cuando la situación ya era desesperada, cuando la gestión y defensa de los “territorios liberados” se volvió imposible y se dejó de identificar la revolución con su mera defensa, que surgieron intentos serios de generalizar la revolución. Brova y Maslakov partieron hacia la región del Don y del Kubán; Parkhomenko comandó un destacamento hacia Vorónezh, en Rusia; un tercer grupo de mil insurgentes se dirigió hacia Járkov bajo el mando de Ivaniuk; y Majno marchó hacia la orilla derecha del Dniéper. ¡Pero ya era demasiado tarde! El proletariado fue aplastado en todos los lugares donde se había levantado, y comenzó entonces —como cada vez que la revolución es derrotada— un período de terror blanco en toda Rusia, especialmente en la región insurgente de Ucrania. Los revolucionarios asumieron esa cuestión central de la revolución cuando la misma estaba perdida.

El Ejército Rojo recorrió sistemáticamente todos los pueblos y ciudades de la región, exterminando a cualquier sospechoso de simpatizar con el movimiento insurreccional. Aislados de cualquier foco revolu-

19 Encontramos aquí ya un antípode de lo que sucederá en el 36-37 en España (y posteriormente en el mundo), cuando los republicanos transformen la guerra civil revolucionaria en guerra imperialista. Allí también, el ejército de la República convirtió a los proletarios revolucionarios en carne de cañón, con el pretexto de una alianza contra el “enemigo principal”, en este caso la fracción Franco. Ver nuestro trabajo *Revolución y contrarrevolución en la región española en Revolución 2*.

cionario, en el verano de 1921 los últimos núcleos agrupados en torno a Majno fueron acorralados y obligados a huir a Rumanía, donde se dispersaron definitivamente. Los pocos destacamentos revolucionarios y guerrilleros que decidieron dar su último aliento en suelo Ucraniano —como el organizado en torno a Belash—, fueron aniquilados.

11. Los límites del movimiento insurreccional.

Volvamos de regreso al momento culminante del movimiento insurreccional. Como vimos, la insurrección proletaria en Ucrania, cuya fuerza armada se consolidó en torno al Ejército Insurreccional, expulsó definitivamente a las tropas austroalemanas y a su aliado ucraniano Skoropadsky. Tampoco Petliura tardó mucho en ver cómo su base social se desmoronaba en cuanto comenzó a gobernar. Así, hacia enero de 1919, los distintos ejércitos de la burguesía habían sido rechazados y derrotados. La burguesía se lanzó a la retirada y el proletariado se adueñó de gran parte del territorio durante numerosos meses. ¿Qué hizo el proletariado en esos territorios? ¿Cómo organizó la vida social? Es precisamente en los denominados “territorios liberados”²⁰, donde el movimiento insurreccional manifestó sus principales límites y contradicciones, incapaz de romper el vínculo que lo unía al Capital, expresando una falta de ruptura programática con la socialdemocracia.

Esta falta de ruptura debe entenderse objetivamente como resultado de la imposibilidad general de materializar la dictadura del proletariado como el esfuerzo inmediato y local por abolir el valor y el intercambio, bases sobre las que se desarrolla el capital. En efecto, la dictadura social del proletariado sólo puede afirmarse como un proceso unitario, que contiene inherentemente una dimensión internacional. Toda tentativa de materializar ese proceso como algo inmediato, estático y local destruye su propio contenido, pues abandona un aspecto esencial: la abolición de unidades productivas aisladas, base sobre la que se materializa el valor y se desarrolla el capital. De ahí que la revolución será mundial o

no será. Esa afirmación histórica, como todas las posiciones invariables del programa comunista, constituye una determinación emanada de la naturaleza misma del proletariado, es un atributo de ese ser y no algo exterior, aunque evidentemente lo exprese teóricamente como descubrimiento de su propia realidad mundial.

Los bastiones o territorios en manos del proletariado insurgente no son sino momentos del desarrollo de una misma lucha internacional por la revolución mundial. Son la expresión del movimiento social por la dictadura del proletariado. Sin extensión, el capital reimponer su dictadura pues la misma viene determinada internacionalmente. Toda escisión de esos momentos o episodios respecto de la totalidad del proceso y de su desarrollo internacional, que convierte ilusoriamente esos bastiones en espacios libres del capitalismo o en parcelas de comunismo, constituye un espejismo sobre el que se reproducen las relaciones de valor.

Por supuesto que esos bastiones de la lucha del proletariado tienen que servir inmediatamente a las necesidades humanas, oponiéndose a la explotación y a las exigencias de valorización, lo que implica la aplicación de medidas inmediatas en ese sentido. Pero justamente esta cuestión está necesariamente vinculada a la lucha internacional e internacionalista que subsume esos espacios y esas medidas.

La explotación capitalista reside en una relación social articulada a escala mundial y sólo puede destruirse en ese nivel. Los bastiones proletarios son centros de lucha contra el capital, lugares desde donde el proletariado genera energía para la revolución mundial. Esa energía sólo puede emplearse en la lucha internacional; de lo contrario, queda neutralizada, reabsorbida, tal como expusimos anteriormente al abordar la paz de Brest-Litovsk.

Atrapados por el desarrollo de los acontecimientos en los “territorios libres”, sin ninguna tentativa seria de organizarse con otras regiones insurreccionales fuera de Ucrania —¡salvo cuando todo estaba perdido!—, y cercados por el enemigo —los restos del ejército de Petliura en el oeste, el “Ejército rojo” al este y los ejércitos blancos al sur—, el proletariado en Ucrania se vio empujado a encerrarse en los “territorios libres” e identificarlos con la revolución.

²⁰ Estos territorios, que se ampliarán y reducirán en base al desarrollo de la confrontación, llegaron a abarcar a una región poblada por siete millones de habitantes que formaba una suerte de círculo de 280 por 250 kilómetros. La extremidad sur de esta zona llegaba al mar de Azov, incluyendo el puerto de Berdiansk. Su centro era Gulai-Pole, localidad que tenía entre veinte y treinta mil habitantes.

Aparece como un objetivo central la defensa y la aplicación de medidas localistas para la “transformación social”: un terreno fértil para la germinación de alianzas interclasistas, como las materializadas con el Ejército Rojo, que dinamitaron el proceso de desarrollo de la autonomía de clase.

La causa fundamental de este aislamiento, en pleno auge de procesos insurreccionales en diversas regiones de Europa, reside en un **límite general del periodo: el proceso de constitución del proletariado en clase adquiere una dimensión internacional determinada por organizaciones nacionales**. De ahí las dificultades del proletariado de romper con el cerco nacional y expresar la lucha contra “su propia” burguesía como momento de la lucha contra la burguesía mundial. Pero no estamos hablando de un problema de formas organizativas, ni insinuando la posibilidad de que el proletariado se organice sin niveles territoriales, sino que estamos señalando la escisión del contenido unitario, la fragmentación nacional del proletariado inducida por la propia reproducción capitalista que impulsa una práctica determinada por esa fragmentación. La fuerza unitaria del proletariado mundial, expresada inicialmente mediante el derrotismo revolucionario que carcomía los ejércitos y quebraba las naciones al luchar contra “su” propia burguesía, que asumía su contenido mundial bajo una “forma nacional”, tuvo su contratendencia en ese límite. Encerrado en la prisión nacional, la tentativa de transformación social, la dictadura del proletariado, se desvanece ante la imposibilidad de destruir la realidad internacional que determina las relaciones sociales locales.

Si así se expresó objetivamente la falta de ruptura con la socialdemocracia en esa oleada de luchas, la misma se portó en la conciencia de diversas formas. En Ucrania, es por medio de la ideología antiautoritaria, que contiene todos los elementos propios de la fragmentación de esa lucha internacional y de la reproducción de las instancias necesarias para la producción de valor. El rechazo a la centralización que está en la esencia de esa ideología, responde a la desintegración del proletariado como sujeto, su descuartizamiento en pequeñas unidades autónomas que recrean luego una socialización exterior bajo la relación entre federaciones. Esa relación no puede adquirir otra forma que la del intercambio de mercancías, independientemente de cómo opere y se le llame.

Partiendo de todas las divisiones y atomizaciones que desarrolla el capital, el federalismo organiza sobre las mismas el cuerpo descuartizado del proletariado para fijarlas y darles toda la autonomía posible y luego socializarlas bajo el intercambio. La autonomía productiva de cada federación o comuna reproduce el carácter privado e independiente del trabajo y requiere que el gasto fisiológico que éste implica —trabajo abstracto— se materialice como valor en el producto para manifestar su carácter social, adquiriendo así la forma de mercancía y reproduciendo el circuito del movimiento del capital.

El federalismo se presenta como una forma de organizar el ser social capitalista. No es que conduzca a la reproducción de las relaciones sociales capitalistas, sino que ella misma es una de las formas de realizar esa reproducción abarcando los diversos ámbitos de la vida: político, económico, social, “militar”, etc.

Majno y sus compañeros tuvieron la fuerza de romper con el antiautoritarismo en aspectos esenciales de la insurrección, impulsando la centralización de los distintos destacamentos guerrilleros y combatiendo en los hechos el federalismo que dispersaba su fuerza en decenas de destacamentos autónomos que luchaban y decidían por su cuenta basándose en las necesidades de su círculo local. Asumieron explícitamente la tendencia del movimiento a formalizar una dirección y una disciplina unitaria determinada por su contenido, y denunciaron a quienes hacían apología de la autonomía de cada destacamento o incluso de cada combatiente. Esos militantes actuaron como vanguardia revolucionaria al materializar la tendencia y necesidad vital del proletariado insurgente en Ucrania de actuar unitariamente y de asumir los intereses generales del combate por encima de los particularismos localistas. Bajo la unificación de los destacamentos guerrilleros, el proletariado piensa como lo que es: un sujeto unitario que se enfrenta a un enemigo con múltiples ropajes.

Sin embargo, estos militantes, por los límites generales ya expuestos, permanecieron prisioneros del antiautoritarismo en el ámbito de la producción. Se sometieron a los intereses localistas de los “territorios liberados”, descolgándose de las necesidades generales del movimiento que les determinaba a atacar la relación social capitalista.

En efecto, una vez derrotada localmente la burguesía, el proletariado tenía el poder en sus manos y asumía el control despótico de los medios de pro-

ducción —en el campo y en las ciudades, donde la burguesía había sido expropiada—. Pero, en lugar de continuar la generalización geográfica de la lucha, se replegó sobre “su bastión”. **Incapacitado para producir una dirección que prosiguiera el desarrollo de la lucha internacional**, el proletariado quedó acorralado en un programa de gestión del mundo mercantil que abanderaron los dirigentes del Ejército Insurreccional: plena autonomía de cada unidad productiva, federación de las mismas y, como consecuencia inevitable, intercambio entre ellas. Es el **gestionismo que revitaliza las relaciones de valor**²¹.

El proletariado en los “territorios liberados”, actuando por su cuenta y al margen de las demás fuerzas comunistas del mundo, quedó apresado en la ideología socialdemócrata del antiautoritarismo que frenará las tentativas de transformación social. En lugar de actuar para la destrucción del trabajo asalariado, fuente misma del Capital, los dirigentes del Ejército Insurreccional, apelando a los “principios antiautoritarios”, promovieron su gestión mediante “comunas campesinas”, llamadas: “Comunas del Trabajo” (sic!), “Comunas Libres” o incluso “Comuna Rosa Luxemburgo”.

En estos territorios donde el orden gubernamental había desaparecido y la desorganización del Capital alcanzaba su apogeo, el Ejército Insurreccional encabezó su gestión democrática. Peor aún, con el pretexto ideológico de no querer imponer autoridad alguna en esta cuestión, defendieron la organización federada de Comunas agrícolas libres y la autogestión de fábricas y talleres, proponiendo a los proletarios del campo y la ciudad basar sus relaciones en el trueque, en el intercambio mutuo de los productos respectivos del trabajo. Baste decir que **estos “consejos” ejercían de hecho la autoridad** y, por supuesto, **tenían fuerza de ley**, dada la influencia que conservaban basada en la confianza depositada en ellos por su papel en la victoria sobre los ejércitos austroalemanes.

Este esbozo de organización social federada no se presentó, evidentemente, como continuación de la lucha inmediata que los proletarios libraban en la práctica contra el trabajo y por la satisfacción inmediata de sus necesidades humanas —lucha

contra el valor, decisiones basadas en sus necesidades materiales, extensión de la revolución mundial, etc. Esta lucha se expresó en el terreno productivo contra el gestionismo mediante:

- la preocupación por asegurar la satisfacción de las necesidades vitales y de la lucha del proletariado;
- el rechazo a toda requisa gubernamental basada en una economía de guerra imperialista;
- la crítica a la separación ciudad-campo mantenida por los bolcheviques para dividir el movimiento revolucionario;
- y fragmentos de críticas al dinero y a los salarios, ciertamente insuficientes.

Los militantes revolucionarios asumieron y comprendieron perfectamente la importancia de oponerse a la fuerza militar de la burguesía mediante la autoridad, la fuerza y el terror; pero en cuanto defendieron la gestión localista y federalista de los “territorios libres” se encontraron frente al programa burgués bajo la forma de intercambio y a la organización del Estado como dictadura del valor. Aquí la economía capitalista recuperó todos sus derechos y bloqueó la transformación social. La dirección revolucionaria que esos militantes habían ejercido en el combate contra las distintas fracciones de la burguesía se diluyó cuando tuvieron que enfrentarse a la cuestión de la producción dentro de un “bastión”.

Las diversas “regiones liberadas” de Ucrania, escindidas en localidades, creían tomar libremente en sus manos su destino y decidir la cantidad de tiempo que querían trabajar, así como la forma de gestionar e intercambiar el producto de su trabajo. ¡Como si los proletarios, por su cuenta u organizados en comuna, pudieran decidir libremente frente a la ley del valor! Creían poder decidir por sí mismos las cantidades intercambiables entre los diferentes productos, y engañarse a sí mismos con la ilusión de que los precios habían desaparecido. Sin embargo, el intercambio no hacía más que expresar que el trabajo de cada comuna era privado e independiente respecto a las demás y que, por tanto, su producto estaba obligado a asumir la forma de valor para participar en la producción y el consumo social. Es la base de la producción mercantil generalizada, de la comunidad del dinero y el ecosistema sobre

21 Para una crítica en profundidad de esta concepción, remitimos al lector a la excelente crítica de Marx al proudhonismo en “Miseria de la filosofía”, así como en “Los grundrisse” cuando destruye la ilusión de los bonos-horarios. También remitimos a la primera sección de “El Capital”, a nuestra crítica del gestionismo en el nº2 de Revolución, y a la desarrollada por nuestros compañeros de Cuadernos de Negociación en el nº12 de su publicación.

el que se articula la explotación capitalista. Sólo el contexto excepcional de guerra revolucionaria que cortocircuitaba el circuito internacional de la acumulación de capital y el escaso tiempo que duraron esas experiencias impidieron que las contradicciones estallaran violentamente, aunque no evitaron que comenzaran a manifestarse los primeros antagonismos.

La monstruosidad con la que todo esto culminó fue, en última instancia, el camuflaje de las bases mismas del trabajo asalariado, la explotación y el capital, fuerzas que permanecían ocultas tras vagas ideologías pseudocomunistas. Las propuestas antiautoritarias de Volin rimaban aquí con los decretos “socialistas” que Lenin promulgaba en ese mismo periodo. Mientras el bolchevique creía abolir el dinero decretando la abolición del efectivo, el antiauthoritario pensaba alcanzar el comunismo mediante la imposición del trueque. Pero no eran más que modificaciones coyunturales en la forma de valor.

Y si militantes como Archinov fueron realmente capaces de revelar —aunque de manera confusa²²— las trampas de la economía bolchevique...

«Se trata de una simple sustitución del capitalismo privado por el capitalismo de Estado. La nacionalización comunista de la industria representa un nuevo tipo de relaciones de producción, en la que la esclavitud y el sometimiento económico de la clase obrera se concentran en una sola mano: el Estado. Esto no mejora en absoluto la situación de la clase obrera. El trabajo obligatorio (para los obreros, por supuesto) y su militarización: éste es el espíritu mismo de la fábrica nacional. Pongamos un ejemplo. En agosto de 1918, los obreros de la vieja fábrica Prokhoroff de Moscú se agitaron y amenazaron con sublevarse contra la insuficiencia de los salarios y el régimen policial establecido en la fábrica. Organizaron varias reuniones en las propias fábricas, expulsaron al comité de fábrica (que no era más que una célula del partido) y tomaron parte de lo que

habían producido como salario. Los miembros de la administración central del sindicato de trabajadores del textil, después de que la masa obrera se negara a tratar con ellos, declararon: ‘La conducta de los obreros de la fábrica textil de Prokhoroff arroja una sombra sobre el prestigio del poder soviético; cualquier acción ulterior de estos obreros difamaría a las autoridades soviéticas a los ojos de los obreros de otras empresas; esto es inadmisible; en consecuencia, habría que cerrar la fábrica y despedir a los obreros; debe crearse una comisión que pueda establecer un régimen firme en la fábrica; después habrá que reclutar nuevos cuadros obreros’».

...por otra parte, se mostraron bastante incapaces de hacer algo más que una lamentable apología de los límites del Ejército Insurreccional:

«La libertad de los campesinos y de los obreros, decían los majnovistas, les pertenece a ellos mismos y no puede tolerar restricción alguna (...) En cuanto a los majnovistas, sólo pueden ayudarles con uno u otro consejo u opinión y poner a su disposición las fuerzas intelectuales o militares necesarias, pero no quieren bajo ningún concepto prescribir nada (...) Volin, admirado por los campesinos, expresó sus pensamientos y aspiraciones: la idea de Soviets libres, que trabajen de acuerdo con los deseos de la población trabajadora, las relaciones entre campesinos y obreros urbanos, basadas en el intercambio mutuo de los respectivos productos del trabajo, la idea de una organización de la vida igualitaria y libertaria...».²³

Como puede observarse con especial claridad en el último párrafo de esta cita, bastaría con sustituir Volin por Lenin, y “libertario” por “socialista”, y obtendríamos la misma apología democrático-burguesa de los soviets! Es evidente el tortuoso camino de todo este gestionismo, que se extiende desde las utopías comunitarias (igualitarias, socialistas, libertarias o antiauthoritarias), pasando por el federalismo orgulloso, el desarrollo de la socialdemocracia al

22 Decimos “confusa”, porque la gestión del Estado por los bolcheviques no modificó en absoluto la naturaleza profunda de las relaciones de producción, tal como lo presenta Archinov; se limitó a perpetuar bajo otra forma la explotación del proletariado por la burguesía. Del mismo modo, el capitalismo bajo la política bolchevique continuó con sus mismas características esenciales. Calificar la gestión estalinista como “capitalista de Estado” es, aparte del confuso pleonasmico que encierra la expresión, abrir la puerta a las separaciones izquierdistas que intentan justificar tal o cual detalle diferente, para llevarnos a un apoyo crítico en base a matices pseudoobjetivos de “los” capitalismos.

23 Archinov en “Historia del Movimiento Majnovista”, 1921. Como veremos, en el exilio en París, Archinov, Majno y otros militantes exiliados provenientes de Rusia profundaron sus críticas y acabaron oponiéndose violentamente a Volin.

estilo alemán –con sus partidos nacionales que promueven el desarrollo nacional de las fuerzas productivas (Lassalle)— y su ideal del “Estado socialista”, hasta desembocar en la defensa del “bastión de la revolución en Rusia”, luego en el “socialismo en un solo país” y, finalmente, en las “luchas de liberación nacional”.

Así, cuando en 1920 Majno tuvo que definir las “aspiraciones de la majnóvschina”, afirmó:

«*El movimiento insurreccional majnovista aspira a crear, a partir del campesinado revolucionario, una fuerza real y organizada, capaz de luchar contra la contrarrevolución y defender la independencia de una región libre*».²⁴

La idea socialdemócrata del socialismo en una sola región —que más tarde se convirtió en la “teoría del socialismo en un solo país” de Stalin y Bujarin— estaba también contenida en el gestionismo y localismo defendidos por Majno. Esto lo llevó, en ciertos momentos, a plantear incluso una alianza con los nacionalistas ucranianos de Petliura, frente a lo cual importantes dirigentes del Ejército Insurreccional, como su histórico compañero Schus, amenazaron con romper con él, obligándolo a recular. Lo más grave es que un dirigente revolucionario como Majno permaneció prisionero de una perspectiva nacional “estalinista” enfrentándose al “estalinismo”, y ello en plena oleada revolucionaria mundial, en un momento en el que —de Berlín a la Patagonia, de Bombay a Ciudad de México, de Budapest a Toronto— ¡el proletariado clamaba por la revolución mundial unitaria!

Si las últimas “patrias del socialismo” dejaron de ser populares hace años, toda esta ideología —en sus variantes nacionales, comunalistas y locales— se ha exiliado en nuevos islotes, reivindicando, cuando conviene, ser una “red”, un conjunto de “rizomas”, un “archipiélago” o una evanescente “constelación de luchas”, según las últimas ocurrencias de los filósofos de moda. Nos encontramos así con los “municipios libres” de Chiapas, cuya mistificación reproduce los peores tópicos reformistas del “neozapatismo”; con las esquivas, sutiles y muy de moda “zonas temporalmente autónomas”; o con el confederalismo democrático del Kurdistán, que explota hasta la saciedad la imagen de la mujer armada como propaganda. **El Manifiesto del Partido Comunista condensó en una fórmula célebre el**

antagonismo total de la lucha revolucionaria con todas estas falsificaciones e ilusiones provincianas: “*El proletariado no tiene patria!*”

La acción central del proletariado insurrecto en el terreno productivo es atacar directamente el ciclo de valorización y orientar la producción en función de las necesidades de la vida y de la lucha, lo que implica el desmantelamiento del trabajo privado e independiente y la organización centralizada y planificada de la producción directamente social. Se trata de una práctica en contraposición radical al modo de producción capitalista emanada de las propias determinaciones del proletariado que ataca la base misma de la producción de valor, de la mercancía, del intercambio, de la explotación y de la ganancia, apropiándose de la actividad productiva y su producto hasta la supresión del salario, planteando inherentemente la agudización del enfrentamiento internacional contra la tasa de ganancia —y, por ende, la asunción de la dimensión internacional de la lucha—, así como una drástica reducción de la cantidad de trabajo (en extensión e intensidad), mediante la liquidación inmediata de todo lo que no sirve a los seres humanos.

La supresión de todas las funciones inútiles y la liquidación de las industrias que no producen nada con vistas a las necesidades de los proletarios, implica la desaparición de una gran cantidad de trabajos, siendo todas estas medidas necesarias e inevitables para atacar el fundamento de la esclavitud asalariada. Como consecuencia de tales medidas —¡completamente insuficientes, pero que marcan el camino—, un número creciente de proletarios se libera también de tareas productivas y pueden dedicarse con mayor energía a la extensión mundial de la revolución social.

Por el contrario, la ideología federalista del antiautoritarismo sólo permitió una cosa: el aislamiento y la dislocación del movimiento revolucionario, su dispersión en *espejitos* gestionistas locales que reproducían el trabajo privado e independiente y la propiedad privada de los medios de producción, independientemente de la forma jurídica que presenten. Se mantuvo la separación entre ciudad y campo, entre “obreros” y “campesinos”, entre intelectuales y trabajadores manuales, empujando a cada una de estas categorías del Capital a ignorarse mutuamente y a concebir la revolución social como la gestión

fragmentaria y federal de su pequeña miseria. La ideología federalista y regionalista de los sectores que habían sido la vanguardia armada se convirtió así en la forma de mantener la reproducción capitalista en pleno torbellino insurreccional.

En resumen, la insurrección encontró su propio límite en la falta de generalización de la guerra revolucionaria y en su confinamiento en los “territorios liberados”. Este límite portó su conciencia en el gestionismo, consolidado por los mismos militantes anarco-comunistas. Pese a la enorme fuerza que demostró el movimiento al percibir y criticar, con las armas en la mano, la negativa a generalizar la guerra revolucionaria con los acuerdos de Brest-Litovsk —denunciándolos como una paz contra la revolución en marcha—, y pese a la ruptura que expresaron con ciertos aspectos del antiauthoritarismo al ejercer como polo de centralización del movimiento insurreccional frente al federalismo inicial de los destacamentos armados, permanecieron sometidos a él en el plano del metabolismo social, sin poder asumir que la generalización de la revolución implicaba también la lucha igualmente despótica y violenta contra la producción de valor y la autonomía de cada unidad productiva.

Estos límites no pueden, ni por un momento, servir de argumento para negar este episodio insurreccional del proletariado. Es precisamente sobre esta base programática — la crítica del valor — que hoy podemos evaluar y criticar cualquier movimiento o ciclo de luchas de cierta magnitud, pero teniendo en cuenta, por supuesto, el nivel general de reapropiación del programa comunista y revolucionario en un período determinado. Por lo tanto, en todos estos aspectos vitales, resulta esencial situar la insurrección en Ucrania y el papel de su vanguardia organizada dentro del marco de la gran ola revolucionaria que culminó en 1917-1923, con sus fuerzas generales y sus debilidades.

12. El exilio

Majno intentó llegar a la parte polaca de Ucrania para reorganizar el enfrentamiento, pero fue reconocido y detenido. Absuelto de los cargos, vuelve a la carga y de nuevo es arrestado. Sin embargo,

gracias a la acción de compañeros locales, consigue evadirse y huir a París. Otros militantes consiguieron llegar a Rusia e infiltrarse en la Checa para organizar un “puente” a través de la frontera con Rumanía.

Majno permaneció en París hasta su muerte en 1934, con la salud desgastada por los años de cautiverio en las cárceles zaristas y por sus innumerables heridas durante el proceso insurreccional²⁵. De la “Ciudad de la Luz” sólo conoció los hospitales de caridad y la pobreza salarial, la vigilancia policial, las calumnias y las perfidias estalinistas. Allí se enfrentó también a la angustiosa inconsistencia de los círculos antiauthoritarios.

Pero encontró en Archinov, y en la energía de otros tantos compañeros de lucha con quienes multiplicó los contactos internacionales, la llama para continuar en la guerra de clases. Reagrupados en París en 1925, estos militantes emprendieron un proceso de balance de la derrota de la oleada de luchas 1917-23. Las discusiones en torno a las lecciones que debían extraerse, así como las perspectivas a trazar, cristalizaron en la “Plataforma Organizativa”. Este documento fue publicado en París en octubre de 1926 en el periódico “Diélo Trouda”, y posteriormente difundido en numerosos países e idiomas por diversos grupos militantes. Estaba firmado por el Grupo de Anarquistas Rusos en el Extranjero (GARE), del que fueron sus principales animadores.

85

LA PLATAFORMA

La *Plataforma Organizativa de la Unión General de Anarquistas* —cuyo título fue tergiversado por Volin al traducirla como “Plataforma Organizacional de los Comunistas Libertarios” (imaginemos el resto del contenido)— es hoy conocida como “Plataforma de Archinov”. Cuánta energía invirtió la pequeña comunidad antiauthoritaria internacional para denigrar el enfoque colectivo que le dio origen y reducirlo a una iniciativa individual. De este modo, salvaron la figura de Majno para explotar su imagen simpática de “Robin Hood”, rechazando en la Plataforma —y en su “autor”— el carácter “autoritario” aprendido en las lecciones del movimiento insurreccional en Ucrania.

25 Habiendo encabezado personalmente y a caballo más de doscientos asaltos contra los distintos ejércitos burgueses, cruzó la frontera rumana con los huesos de un pie completamente destrozados, el muslo, el apéndice, la barbilla y la mejilla atravesados por diversas balas recibidas durante las últimas semanas de combate.

Como lo demuestran las controversias que siguieron a su publicación, la Plataforma catalizó importantes rupturas con el programa socialdemócrata del antiautoritarismo, al tiempo que suscitó una protesta generalizada entre sus partidarios. Entre quienes se oponían a la delimitación clasista que la plataforma intentaba establecer destacaban Volin y la pluma pedante de Sébastien Faure. Frente a la ruptura de clase dentro de la “familia anarquista” que emanaba de las lecciones aprendidas en el fragor de la lucha, ambos defendieron el “anarquismo de síntesis”, una obra maestra del eclecticismo destinada a evitar la explosión de las contradicciones de clase, difuminando la frontera entre revolución y contrarrevolución bajo una misma bandera negra que pretendía reunir corrientes “no contradictorias, sino más bien complementarias”.

La respuesta del GARE fue contundente:

«Toda una categoría de individuos que se autodenominan anarquistas no tiene nada en común con los anarquistas. Reagrupar a esta gente (¿y sobre qué base?) en ‘una familia’ y llamar a este reagrupamiento ‘organización anarquista’ sería no sólo insensato, sino absolutamente perjudicial [...] No es una mezcla universal sino, por el contrario, una selección de fuerzas anarquistas sanas y su organización en un partido anarco-comunista lo que resulta indispensable para el movimiento [...] Para limpiar el movimiento, es necesario librarse de estas tendencias y desviaciones; pero esta limpieza es en gran medida impedida precisamente por los individualistas, fracos o disfrazados, que forman parte del movimiento. Los autores de la ‘Respuesta a la Plataforma’ pertenecen sin duda alguna a esta última categoría».

Así fue cómo estos militantes se unieron a otros compañeros exiliados en Francia, intentando crear una oposición internacional que rompiera con ese “entorno familiar anarquista”. Con este fin, organizaron un encuentro internacional en marzo de 1927, precedido de una reunión preliminar un mes antes. El contenido de la ruptura y los esfuerzos de clarificación programática que pretendían realizar estos compañeros —en el mismo momento en que el movimiento comunista se derrumbaba en casi todo el mundo— fueron incuestionables. Archinov insistió en la necesidad de “tratar de organizar las fuerzas revolucionarias que trabajan en la vanguardia obrera... creando un movimiento homogéneo basa-

do en el principio de la responsabilidad colectiva y actuando en el seno de organizaciones nacionales e internacionales”. Era necesario, decía, “hacer una selección de fuerzas” dejando de reconocer al anarcosindicalismo y al individualismo como corrientes vinculadas al movimiento. Militantes en Francia (Odéon, Dauphin-Meunier, etc.), España (Carbó, Fernández, etc.), Italia (Ugo Fedeli, que presidió la reunión preliminar), Polonia (Ranko), China (Cen), y otros países acordaron organizar una Unión Internacional basada en la ruptura con el democratismo “anarquista”. “Nuestro objetivo es reunir a todos los militantes de nuestra tendencia y luchar contra la Unión Sagrada Anarquista” declaró Ranko. El encuentro internacional fue escenario de acaloradas discusiones entre sus participantes, hasta que la llegada de la policía interrumpió el encuentro cuando se trazaba una primera decantación.

La discusión entre “plataformistas” y “anti-plataformistas” polarizó durante este tiempo a todo tipo de organizaciones que se reivindicaban del anarquismo, provocando numerosas escisiones, más o menos claras. Impulsados por el encuentro, los organizadores asumieron cierta continuidad con la propuesta, pero poco tiempo después, completamente agotados por la represión internacional, el declive de las luchas proletarias, sus propias debilidades y los insultos provenientes de los defensores del antiautoritarismo, la iniciativa se perdió en la larga noche de la contrarrevolución.

Por supuesto, los charlatanes ideológicos del “anarquismo de sofá” denunciaron este proyecto desde el principio, llegando incluso a calificar tanto a la “Plataforma” como a uno de sus autores, Archinov, de bolchevique. Los antiautoritarios literarios —Volin, Sébastien Faure, Nettlau...— desempeñaron el mismo papel difamatorio hacia los militantes revolucionarios “anarco-comunistas” que sus hermanos “enemigos” estalinistas ejercieron contra lo que llamaron “izquierdas comunistas”. Todo ello llevó a Majno y Archinov a romper con todos estos demócratas disfrazados de anarquistas.

Entre los aspectos más relevantes de la plataforma, aunque en ocasiones aparezca con una terminología confusa, nos encontramos con:

- Una definición del anarquismo como movimiento del proletariado surgido de la lucha de clases, en oposición a toda interpretación idealista, utopista o aclasista. *“El anarquismo no deriva de las reflexiones abstractas de algún*

- *intelectual o filósofo, sino de la lucha directa de los trabajadores en contra del capitalismo”*
- Una ruptura con el “anarquismo de síntesis”, reivindicando la unidad programática: “*la idea de crear una organización con la receta de la “síntesis” [...] sólo sería un ensamblaje mecánico de individualidades en la que cada cual tiene una diferente concepción de todas las cuestiones respecto al movimiento anarquista, un ensamblaje que llevaría inevitablemente a la desintegración en el encuentro con la realidad.*
- Lucha de clases como vehículo para alcanzar el objetivo del proletariado, es decir, la abolición de la explotación, de la propiedad privada, del Estado, de la esclavitud asalariada y de todas las clases sociales.
- Crítica de la democracia: “*la democracia no es más que uno de los aspectos de la dictadura burguesa, velada tras fórmulas engañosas de libertades políticas y de garantías democráticas ficticias.*”
- Papel teórico-práctico de las minorías de vanguardia como órgano creado por la clase: “*Esta fuerza conductora teórica, sólo puede ser expresada por una colectividad especialmente creada por las masas para este propósito. Los elementos anarquistas organizados constituyen exactamente esta colectividad. [...] Debe manifestar su iniciativa y desplegar una total participación en todos los dominios de la Revolución Social: en la orientación y carácter general de la Revolución; en la guerra civil y en la defensa de la revolución; en las tareas positivas de la revolución, en la nueva producción, consumo, la cuestión agraria, etc.*”
- Centralización de los destacamentos armados en pleno proceso insurreccional: “*la acción de los partisanos, no deben ser comprendidos en el estrecho sentido del término, esto es, una lucha de destacamentos obreros y campesinos en contra del enemigo local, sin coordinación a un plan general de operación y cada cual, actuando según su propia responsabilidad a su propio riesgo. [...] Deben ser guiadas por una estrategia revolucionaria común.*”
- Unidad programática y táctica que: “*remueve los desastrosos efectos de muchas tácticas en oposición unas con otras, concentra todas las fuerzas del movimiento, les da una dirección común llevando al objetivo fijado.*”

- Responsabilidad militante colectiva: “*La práctica de actuar bajo la única responsabilidad individual debe ser decisivamente condenada y rechazada en las filas del movimiento anarquista.*”

Sin embargo, como en todo documento histórico del partido proletario, en la *Plataforma* no sólo encontramos aspectos positivos, sino también debilidades. Lo primero que llama la atención es que, pese a su crítica a la “familia anarquista”, estos compañeros no realizaron ningún esfuerzo por estructurarse junto a otras minorías revolucionarias, como algunas de las que han sido definidas como “izquierdas comunistas”. Actuaron de forma totalmente “familiar” al asociarlas al leninismo, creyendo que la delimitación clasista debía hacerse únicamente al interior de la “familia anarquista”, depurando de su interior a los individualistas e ideólogos. Esto impidió tanto una retroalimentación de la experiencia como la reapropiación de una perspectiva más clara de reagrupamiento sobre bases revolucionarias.

Otro aspecto sorprendente es la persistencia de algunas de las debilidades que condujeron al movimiento insurreccional a la derrota, lo que evidencia una reapropiación incompleta de las lecciones pasadas. En este sentido, resulta especialmente llamativa la reivindicación del federalismo como forma de organización de la sociedad comunista. A pesar de que en la *Plataforma* se plantea una perspectiva unitaria contraria a ese federalismo —“consideramos toda la producción como un único taller de productores, perteneciente por completo a todos los obreros y a ninguno en particular”; “una producción unificada en la cual los medios y los productos pertenezcan a todos”— y aunque no se haga una apología explícita de la autonomía de los diferentes órganos administrativos y productivos (lo que podría hacer pensar en un simple problema terminológico), cuando el texto aborda la cuestión fundamental de la tierra, que en Ucrania vertebró el movimiento proletario, se oscurece la cuestión.

Se repite el mismo problema que en la insurrección en Ucrania. Por mucho que se afirme que “*la tierra pertenece a todos los trabajadores y a ninguno en particular [...] no podrá ser comprada ni vendida, ni arrendada: no podrá, entonces, servir como medio de explotación del trabajo ajeno.*”, acto seguido se añade “*Serán los campesinos revolucionarios quienes establezcan los términos definitivos sobre la explotación y utilización de la tierra. No es posible ninguna*

clase de presión externa sobre esta cuestión.” Con ello, el carácter unitario de la producción se rompe, el fragmento adquiere autonomía y decide por sí mismo “debido a ciertas circunstancias históricas”, según se dice. Y se cierra el círculo: “*la cuestión acerca de las formas de su utilización y de los métodos de su explotación (comunal o familiar) no encontrará inmediatamente una solución completa y definitiva, como en el caso del sector industrial. Inicialmente ambos métodos serán probablemente usados.*”

Sin embargo, no podemos dejar de subrayar cómo las fuertes discusiones que se desarrollaron condujeron a los compañeros a clarificar esa cuestión y delimitar mejor el terreno:

«*Las ramas particulares de la producción están inseparablemente interconectadas y no pueden producir ni existir como entidades separadas. La unidad de esa maquinaria está determinada por factores técnicos. Pero sólo una producción unificada y coordinada es capaz de existir en esta fábrica mastodóntica: la producción realizada de acuerdo a un esquema general prescrito por las organizaciones productoras de obreros y campesinos, un plan diseñado a la luz de las necesidades de la sociedad como un todo: los productos de esa fábrica pertenecen a toda la sociedad laboriosa. Tal producción es genuinamente socialista.*

*Es de lamentar que los autores de la “Respuesta” omitan explicar cómo ellos visualizan la producción descentralizada. Pero deberíamos suponer que están hablando de muchas producciones independientes, de industrias aisladas, de asociaciones separadas y quizás incluso fábricas separadas, produciendo y disponiendo de sus productos según les parezca adecuado. Los autores de la “Respuesta” declaran que la producción descentralizada operará según principios federalistas. Pero, ya que las unidades federadas no serán nada más que pequeñas empresas privadas (es decir, la fuerza laboral unida de una única planta, compañía o industria), la producción no será, en absoluto, socialista: será aún capitalista, en la medida en que se basa en la parcelación de la propiedad, lo que no tardará en provocar competencia y antagonismos».*²⁶

Pese a los límites que contenía la *Plataforma*, pese a cierta terminología confusa, y algunas odas al trabajo libre y su sujeto que reproducen concepciones clásicas del obrerismo, el contenido global y la fuerza de estructuración internacional e internacionalista que implicó este balance —con sus numerosos contactos, discusiones y estructuraciones entre militantes de diferentes partes del mundo— resulta innegable, especialmente el cristalizado en torno a la Librería Internacional de París. Por consiguiente, **el esfuerzo articulado en torno a la Plataforma, más allá de su formalización como documento teórico, expresó una tentativa de centralización revolucionaria internacional**, no sólo fuera y contra del democratismo antiauthoritario, sino también fuera y contra de la Internacional contrarrevolucionaria bolchevique y la socialdemocracia en su conjunto.

Con la contrarrevolución en pleno apogeo, y completamente asqueado de sus antiguos compañeros antiauthoritarios, Archinov tuvo la mala idea de regresar a Rusia en 1933. Aquello le valió una doble difamación a modo de epitafio: los antiauthoritarios se apresuraron a tacharlo de bolchevique, mientras la camarilla estalinista lo fusiló en 1937 “por haber querido restaurar el anarquismo en Rusia”. Majno, por su parte, conservó hasta el fin de sus días las lecciones aprendidas en el fragor de la lucha de clases, transmitiéndolas e influyendo profundamente en algunas nuevas generaciones de militantes revolucionarios, como Ascaso, Durutti y Jover, provenientes de España.

13. A modo de conclusión

Durante esta oleada revolucionaria mundial, que abarca, más o menos, desde 1916 hasta principios de la década de 1920, los centros de lucha se desplazaron con frecuencia, coexistiendo a veces en lugares diferentes. Aunque suele reconocerse que en 1917 el foco revolucionario principal se extendió por el Imperio ruso y que sus brasas más ardientes consumieron Moscú y San Petersburgo, existieron otros centros de revolución, a menudo negados, ocultados, olvidados o desfigurados deliberadamente por la contrarrevolución.

Incluso cuando el movimiento revolucionario es reconocido y exaltado, ello sólo se hace en la

26 El Grupo de Anarquistas Rusos en el Extranjero en “Respuesta a los confusionistas en el anarquismo”, agosto de 1927.

medida en que se extirpan, falsifican y neutralizan sus aspectos subversivos. Al imponer su ideología, la burguesía sólo reconoce la revolución proletaria en Rusia —no puede ocultarla por su impacto universal!—, pero la distorsiona completamente, estableciendo un vínculo directo y formal entre el movimiento comunista y el Estado capitalista teñido de rojo por los bolcheviques.

Por otra parte, los burgueses recurren incluso a la falsificación más escandalosa para ocultar los movimientos más explosivos, convirtiendo la guerra de clases en un conflicto particular por el “poder”; las insurrecciones proletarias y las tentativas de destruir el Estado se transforman en “golpes de Estado” al acentuar unilateralmente ciertos hechos aislados del complejo y contradictorio movimiento social. Uno de los métodos para vaciar de contenido un movimiento revolucionario consiste en hacer aparecer estos episodios de clase como actos de individuos “geniales” o “bárbaros”: **la historia muestra a los hombres para ocultar mejor el antagonismo entre revolución y contrarrevolución.**

La insurrección en Ucrania no es una excepción. Reducida al individuo Majno, ha sido desvirtuada tanto por los bolcheviques —que calificaron a los proletarios en lucha contra su poder de banda de “anarco-bandidos contrarrevolucionarios”, incluso “antisemitas”²⁷— como por los apologistas antiautoritarios de Majno, que lo erigieron en “salvador de la revolución social”. El antiautoritarismo saluda hoy a Majno mucho mejor que ayer en su exilio, donde lo tildaba de “anarco-bolchevique”, como recordábamos anteriormente.

Por encima de Majno, ese genial y perspicaz estratega, se revela una situación mucho más compleja y contradictoria. Independientemente de quienes lo personificaron, se afirmó un movimiento auténticamente proletario, con sus fuerzas y sus debilidades. El mito de Majno, reforzado por los relatos de sus hazañas armadas, oculta la determinación y el contenido social del movimiento. Es evidente que este militante tuvo un papel fundamental en el proceso insurreccional y fue el dirigente central del Ejército Insurreccional. No obstante, nos parece un error denominar al movimiento como majnovschina o hablar de majnovistas, pues contiene una concesión a todos los que reducen ese gigantesco movimiento proletario a la figura de Majno. Entendemos, eso sí,

que él y sus compañeros aceptaran el uso de esos términos cuando advirtieron que servía de elemento de centralización.

Como en toda situación insurreccional, y en este caso en el corazón de un candente contexto revolucionario internacional, los proletarios en lucha se enfrentaron a las distintas facciones burguesas que tenían enfrente y a sus esbirros: los propietarios con su administración y su policía; los ejércitos blancos; el ejército austroalemán; los ejércitos nacionalistas ucranianos; y el partido bolchevique con sus comisarios, su Checa y el Ejército Rojo. Contra todas estas fracciones y organismos armados de la contrarrevolución —pero, como vimos, de manera totalmente insuficiente en lo relativo al partido bolchevique—, el movimiento impuso dictatorialmente necesidades revolucionarias: acción directa; terror rojo (violencia de clase); reappropriación y expropiación; derrotismo revolucionario; estructuración en un ejército insurreccional; intentos de centralización organizativa y homogeneización del programa revolucionario; y esfuerzos para la extensión de la lucha. En ese terreno hubo una clara conciencia de los objetivos y de las tareas que determinan la dirección del movimiento.

Como ya señalamos, los límites del movimiento se expresaron en la falta de ruptura con la socialdemocracia. Y queremos insistir una vez más que, cuando hablamos de límites, hay que entenderlo en el sentido más amplio y en sus diferentes vertientes: límites puestos a determinados actos (inconsistencias), límites programáticos, límites históricos (correlación global de fuerzas y grado general de reappropriación del programa comunista), límites geográficos (encierro y aislamiento)... La contradicción entre la fuerza de la lucha revolucionaria en Ucrania y su aislamiento no debe entenderse como un mero hecho objetivo: el nivel de aislamiento de cualquier movimiento revolucionario resulta tanto de la correlación de fuerzas (y en particular, de la paz social en los países cuyo ejército está llamado a desempeñar el papel de gendarme internacional contra los movimientos revolucionarios en todo el mundo) como de la capacidad desplegada por el proletariado en lucha para romper su aislamiento, vincularse con sus hermanos de clase en lucha en otras partes del mundo y asumirse como un mismo movimiento.

27 Remitimos al lector a la excelente obra del honorable ciudadano de la Academia Francesa, el Sr. Joseph Kessel, quien en aquella época encontró la expresión de su trauma en el leninismo más vulgar escribiendo el famoso “Majno y su judía”.

Como vimos, el movimiento insurreccional intentó unificar los diversos levantamientos proletarios (particularmente en Kronstadt, Kiev, Moscú y al otro lado de los Urales), pero lo hizo demasiado tarde, en 1921, en vísperas de la derrota.

El movimiento en Ucrania nos recuerda que, fuera de la intransigencia revolucionaria (en defensa de la autonomía de clase) y de su extensión, no hay perspectivas de revolución. En su debacle, la burguesía se ve obligada a esperar al proletariado en el punto de inflexión, vigilando el fracaso, la inconsistencia y el aislamiento suficientes para recuperar la ventaja y organizar la represión. No hay que olvidar que, habiendo sido barridos los partidos burgueses formales, la contrarrevolución se expresó a través de la ideología socialdemócrata; esto puede rastrearse en toda una serie de elementos, pero los más determinantes fueron el antiautoritarismo, su federalismo y gestionismo. Lo hemos visto a través de varios rasgos: fetichismo hacia determinadas formas organizativas, la resignación bajo el pretexto del antidirigismo, las alianzas con el enemigo “rojo” que descomponían el derrotismo revolucionario, el regionalismo y el intercambio mercantil. Tantos sepultureros de nuestras luchas.

90 El antiautoritarismo transmite una concepción antimaterialista de las relaciones capitalistas reduciéndolas al dominio entre individuos o al poder en sí mismo, lo que atrapa al proletariado en falsas polarizaciones: contra el papel de dirección de las minorías comunistas, contra la dictadura contra el capital, contra la centralización del movimiento, etc. Estas fuerzas del enemigo se vieron amplificadas por el hecho de que el partido bolchevique precisamente instauró, a su vez, la sangrienta dictadura del valor en nombre de la “dictadura del proletariado” y del “Estado proletario”, un hecho histórico sin precedentes.

Una de las fortalezas del movimiento organizado en torno al Ejército Revolucionario Insurgente residió precisamente en que su práctica revolucionaria superaba frecuentemente los límites ideológicos que portaba, como consecuencia de las fuertes determinaciones del propio movimiento:

- Su antiautoritarismo por principio se vio continuamente contradicho por una práctica que esbozó momentos esenciales de la dictadura proletaria, con el objetivo de instaurar el terror rojo contra las expresiones del capital,

organizar expropiaciones y reorganizar la producción social.

- Del mismo modo, su federalismo y antiorganización quedan efectivamente desmentidos: su ejército es una prueba flagrante de ello. No sólo estaba altamente organizado y disciplinado, sino que se subordinaba al Soviet Militar Revolucionario, órgano central que emergía de los diversos congresos regionales. También aquí se advierte un embrión del poder proletario.

Pero, una vez más, **la práctica revolucionaria resulta decisiva en la medida en que se confronta** y supera las contradicciones contenidas en las consignas y banderas. Cuando surge la necesidad de ir más lejos en la afirmación del proyecto comunista real, y no se superan —por motivos ya expuestos a lo largo del texto— algunas de las banderas que reproducen las relaciones sociales capitalistas, estas banderas **se afirman violentamente como una fuerza material que, apoderándose de las masas, se transforma en un límite objetivo que frena físicamente el desarrollo de nuestro movimiento.**

Dicho lo cual, el movimiento insurreccional en Ucrania representó uno de los grandes episodios de centralización de la lucha de los proletarios contra la burguesía. Frente a los medios técnicos, la coordinación y disciplina militar de los ejércitos burgueses, el movimiento insurreccional opuso —como en tantos otros lugares— una práctica clasista que dirigió las armas contra sus explotadores y verdugos, totalmente desenmascarados, organizando un ejército revolucionario surgido de la comunidad de lucha, con notable disciplina militante y centralización orgánica, y con gran movilidad gracias a su base social. Fue el derrotismo revolucionario el que confrontó al ejército burgués —así como a toda la sociedad burguesa— con sus propias contradicciones. En contraste, ese ejército se asienta en el alistamiento forzoso y la obediencia (las formas más comunes de coerción van desde la privación de subsistencia hasta la prisión o la pena de muerte por insubordinación), en la sangre y el barro como reverso inevitable de las ilusiones patrióticas. La contradicción de clases socavó cualquier cohesión interclasista, cualquier unión de intereses antagónicos.

Esta práctica clasista pudo compensar la falta de armas y de rigor militar. En un ejército que llegó a contar con cien mil combatientes, apenas treinta mil estaban armados; el resto, en ocasiones, intervenía con garrotes y horcas. En el mismo momento en el

que los Guardias Rojos eran disueltos en Rusia por la represión bolchevique y progresivamente desorganizados y desarmados para ser reemplazados por el Ejército Rojo —reestructurado gracias a los antiguos cuadros del ejército zarista y bajo la dirección del “camarada” Trotski—, la constitución del Ejército Revolucionario Insurreccional retumbó como una negación mordaz y viva de las afirmaciones de los dirigentes bolcheviques sobre la supuesta imposibilidad de organizar un ejército proletario sin recurrir al contenido, los métodos y los oficiales burgueses.

La movilización forzosa bajo pena de muerte y la reinstauración de la disciplina burguesa disfrazada de “revolucionaria” para la ocasión, forjaron las bases burguesas para la fundación del Ejército Rojo, justo en el mismo momento en que jóvenes militantes revolucionarios, sin experiencia militar alguna,

organizaban un ejército de proletarios provenientes de las ciudades y del campo que, **sin jerarquía ni oficiales burgueses y con su propia disciplina de clase, iban a infringirles una derrota tras otra a los innumerables ejércitos “rojos” o blancos a los que se iba a enfrentar.** Su práctica revolucionaria descomponía sistemáticamente a los ejércitos con los que se enfrentaban. Sólo cuando abandonaron esa práctica, cuando se plegaron a la disciplina del Ejército rojo, sucumbieron.

Esta es una de las lecciones más hermosas y valiosas que el proletariado en armas de este período nos legó sobre la necesidad de destruir el ejército burgués de arriba a abajo, sus reglas, sus métodos, su contenido, su disciplina y sus jefes, en el curso de la revolución.

Los explotados de todas las nacionalidades, sean rusos, polacos, letones, armenios, judíos o alemanes, deben unirse en una gran comunidad de obreros y campesinos para, con un poderoso ataque, asentar el golpe definitivo contra la clase de los capitalistas, los imperialistas y sus servidores, liberándose de una vez por todas de las cadenas de la esclavitud económica y espiritual.

¡Abajo el capital y el poder!
¡Abajo los prejuicios religiosos y el odio nacional!
¡Viva la Revolución Social!

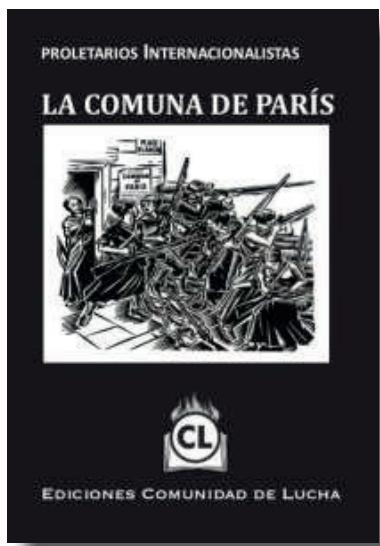
Actas del 2º congreso regional de los soviets,
Gulai-Pole - febrero de 1919.

La revolución social está ganando impulso y adquiriendo un carácter más agudo. La burguesía del mundo entero tiembla ante el terrible espectro de su propia muerte. Decir la verdad sobre el momento actual es decir toda la verdad de que nos enfrentamos al enemigo del mundo entero, al que debemos aplastar en nombre del triunfo de la Revolución y la Libertad. Vuestra poderosa voz rebelde debe protestar en voz alta en el momento actual contra cualquier tregua con la burguesía. Vuestra tarea como revolucionarios e insurgentes es exigir que la guerra continúe hasta el final victorioso contra la burguesía y el imperialismo mundial.

Barón (Dirigente del Ejército insurreccional).
Intervención en 2º congreso regional de los soviets,
Gulai-Pole - febrero de 1919

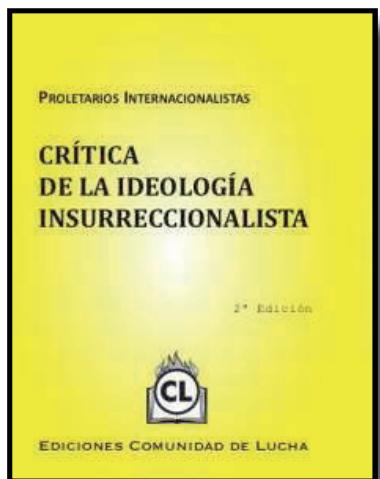
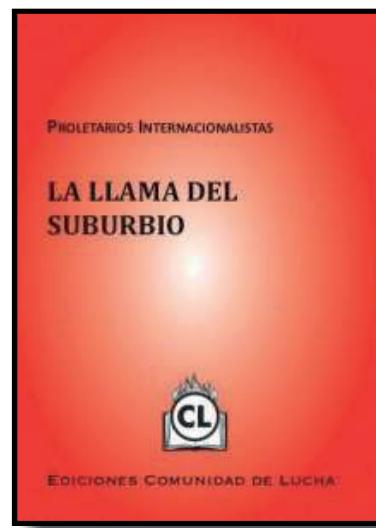


NUESTROS LIBROS



En la imponente confrontación de clases que se dio en Francia en 1870-1871 y que tuvo en París su centro de gravitación, nos encontramos en su desarrollo con todo un conjunto de enseñanzas indispensables respecto a la revolución y a la contrarrevolución. El proletariado se tuvo que enfrentar a todos y cada uno de esos elementos de la contrarrevolución que hoy siguen en pleno auge: guerra imperialista, repolarización en campos burgueses, cambios formales en el Estado (imperio por república), recambios en el gobierno, parlamentarismo «revolucionario», nacionalismo, comunismo... Se comprende que organizar en fuerza material las lecciones de ese combate captando tanto las posiciones de fuerza que llevaron al proletariado a hacer temblar la dominación de la burguesía, como de las ideologías, las debilidades, y los errores que finalmente le condujeron a la derrota, es una cuestión fundamental para el triunfo de la revolución social.

La chusma del suburbio, terminología que la burguesía francesa siempre empleó contra el proletariado en lucha, desempolvó en otoño de 2005 el «traje» de la guerra social que había pasado a formar parte de las reliquias guardadas en el fondo del baúl de la nación francesa. Fue una revuelta en toda regla que amenazó mediante tintes insurreccionales con romper la paz social en toda Francia. A lo largo de este libro hacemos frente al desprecio y a las falsos defensores del mundo de la mercancía, sino también de muchos que pretenden combatirlo. Al mismo tiempo subrayamos la fuerza y debilidades que se materializaron, extraemos lecciones y difundimos material desconocido en castellano proveniente de la revuelta con el único objetivo de reappropriarnos de nuestra propia experiencia y trazar directrices para las futuras luchas que ya se abren paso.



El término insurreccionalista hace referencia, en toda su acepción histórica, al partidario de la insurrección. En este sentido, nosotros somos, sin duda alguna, insurreccionalistas, como lo es en última instancia el proletariado cuando se hace fuerte como clase, cuando se constituye en fuerza para negar el capitalismo. Sin embargo, en los últimos años se ha extendido una moda particular de autodenominarse insurreccionalista como individuo o grupo, y que hace referencia a una ideología surgida en las últimas décadas. A lo largo del presente libro hemos tratado de poner de relieve cómo las posiciones fundamentales de la ideología insurreccionalista, lejos de defender la práctica insurreccional del proletariado, es un obstáculo en el proceso de reconstrucción del movimiento revolucionario.

Más materiales en nuestra web

El fantasma del derrotismo revolucionario emerge contra la carnicería imperialista cuando los proletarios, en lugar de alistarse en defensa de la nación —de un bando imperialista contra otro—, comienzan a cuestionar el sacrificio nacional y a organizarse para defender sus necesidades materiales. No hablamos de un ideal, de un deber moral que todo proletario en guerra tendría que asumir, hablamos de una praxis real de contraposición a la guerra derivada de la experiencia diaria de quien, privado de necesidades elementales como alimentos, agua, electricidad, salud, etc., reconoce que sólo es carne de cañón de intereses ajenos a los suyos.